

1

Colonización y Descolonización en Ruanda: del Reino Tutsi a la República Hutu

por Silvia A. Perazzo



Colección
COLONIZACIÓN &
INDEPENDENCIA EN **AFRICA**



Programa de
Estudios Africanos
CEA | FCS | UNC



Programa de Investigación sobre
África y su Diáspora en América Latina
AFRYDAL

**Colonización y Descolonización
en Ruanda: del Reino Tutsi
a la República Hutu**

Perazzo, Silvia A.

Colonización y descolonización en Ruanda : del Reino Tutsi a la República Hutu / Silvia A. Perazzo. - 1a ed - Córdoba: UNC. FCS. CEA. Programa de Estudios Africanos; Córdoba: CONICET-UNC. Programa de Investigación sobre África y su Diáspora en América Latina, 2023.

204 p.; 21 x 14 cm. - (Colonización e independencia en África / Buffa, Diego; Becerra, María José; 1)

ISBN 978-987-766-060-9

1. Colonización. 2. Descolonización. I. Título.
CDD 325.3

Colección COLONIZACIÓN E INDEPENDENCIA EN ÁFRICA

Esta Colección pretende revisar un período que consideramos central en la Historia que moldeó a las sociedades africanas contemporáneas, estimulando desde este espacio una relectura de los procesos coloniales e independentistas a través de investigaciones, en algunos casos localizadas y otras de carácter transversal. Para ello, fueron convocados investigadores e investigadoras especialistas que nos brindan una mirada de carácter crítica, multifacética y pluricausal, alejada de estereotipos y generalizaciones abusivas. La edición de esta Colección, que está a cargo del Programa de Estudios Africanos | CEA | FCS | UNC y del Programa de Investigación sobre África y su Diáspora en América Latina | AFRYDAL – CIECS (CONICET-UNC), tiene como principal objetivo seguir contribuyendo en la conformación de una masa crítica de literatura académica acerca de la Historia Contemporánea africana, orientada a un ámbito educativo, huérfano de estos materiales, en lengua española.

Directores de la Colección
COLONIZACIÓN & INDEPENDENCIA EN ÁFRICA |
Diego Buffa & María José Becerra

Ilustración de tapa: Pablo Monzón ©

Revisora: Astrid Eliana Espinosa

© Silvia A. Perazzo, 2023

ISBN: 978-987-766-060-9

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Silvia A. Perazzo

Colonización y Descolonización en Ruanda: del Reino Tutsi a la República Hutu

Mapas: Rocío Lezaola



Programa de
Estudios Africanos
CEA FCS | UNC |

C I E C S

C O N I C E T
U N C

Programa de Investigación sobre
África y su Diáspora en América Latina
AFRYDAL

Silvia A. Perazzo

Historiadora -Africanista

Es Magíster en Historia y doctoranda por la Universidad Nacional de Córdoba. Docente titular de grado y posgrado en diversas universidades de Argentina (UNLAM, USAL y el Instituto Superior del Profesorado Dr. Joaquín V. González). Ha sido profesora invitada en diversas universidades de Latinoamérica (Universidad de la República (Uruguay), Universidad del Externado (Colombia), Universidad de las Américas, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Universidad Autónoma de México). Su área de especialización es la Historia de África Contemporánea, especialmente siglos XIX, XX y XXI, en temáticas políticas y de conflictos armados. Además de su desempeño en actividades académicas, ha participado también de diversos foros internacionales (Civil20, en Saudi Arabia, 2020 y Argentina, 2018; UNGA Conference 2019 Estados Unidos; 67th United Nations DPI NGO, 2018; Foro de participación ciudadana de UNASUR, Quito, 2017; Istanbul Summit, 2014 y 2015). Es Presidente de la Asociación para las Naciones Unidas de la República Argentina (ANU-AR), coordinadora del Comité de Asuntos Africanos del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), investigadora del Programa de Estudios Africanos de la Universidad Nacional de Córdoba, Coordinadora de la Comisión de Cultura de Paz y Ciudadanía del Consejo Consultivo para la Sociedad Civil de la Cancillería Argentina y miembro de la Red Latinoamericana de Estudios Africanos. Es autora de diversas publicaciones sobre las temáticas de su especialidad.

Índice

Introducción	11
---------------------------	----

Capítulo I

Ruanda precolonial	15
Ruanda Antigua	19
El Reino Ngyginia	26
Los hutu y los tutsi en el Reino Nyiginia	35
El reinado de Rwabugiri	40

Capítulo II

De Alemania a Bélgica	45
La administración alemana: el poder a la monarquía.	50
El Reino durante la administración alemana	52
Los misioneros cristianos	59
Los hutu y los tutsi durante la ocupación alemana	61
La Primera Guerra Mundial: el principio del fin de la administración alemana	63

Capítulo III

La administración belga	69
Del <i>mwami</i> a los tutsi	74
Los hutu y los tutsi bajo los belgas	81
La hipótesis camítica y la profundización del clivaje hutu-tutsi	87
Cristianismo y educación	92

Capítulo IV

Hacia la revolución hutu	99
Los cambios en la administración: los belgas y el <i>mwami</i>	102
De los tutsi a los hutu	106
La violencia	127

Capítulo V

Revolución e independencia	153
Los refugiados tutsi y la diáspora	161
Camino a la República	163
Hacia la independencia	175

Epílogo	183
---------------	-----

Glosario de términos	191
----------------------------	-----

Bibliografía	193
--------------------	-----

Fuentes	197
---------------	-----



Mapa 1.
Regiones de Ruanda desde la independencia hasta su
reestructuración post genocidio

Introducción

Ruanda, el país de las Mil Colinas, es un pequeño estado de África Central situado entre las cuencas de los ríos Congo y Nilo, de tan solo 26.338 km². Por su ubicación, también pertenece a la región de los Grandes Lagos. Su límite norte es una cadena de volcanes que alcanza más de 4000 metros de altura; en cambio, toda su región central desciende en altitud hacia el sur presentando una interminable cadena de colinas. En el oeste, el Lago Kivu constituye su límite con el Congo y determina una zona selvática húmeda. El este, por su parte, presenta un paisaje de sabana, pastizales, humedales y praderas menos irrigado por las lluvias que el de sus vecinos Uganda y Tanzania. A diferencia del Congo o de Zimbabue, Ruanda no posee recursos naturales.

Desde los inicios de su historia, lo que hoy conocemos por Ruanda fue una región densamente poblada, receptora de migraciones y asentamientos que determinaron la formación de decenas de pequeñas formaciones políticas que pueden catalogarse como micro monarquías. Sus habitantes pertenecían a dos complejos culturales diferentes – el de la Cuenca del Río Congo y el de la Región de los Grandes Lagos – y predominantemente hablaban kinyarwanda, lengua bantú perteneciente a la familia de kiswahili.

Conocida especialmente a partir del genocidio, la historia de Ruanda se vio muchas veces reducida a estudios que focalizaban en la confrontación hutu/tutsi como si éstos fueran ejes ancestrales e inmutables de la historia del país, simplificando las explicaciones y, por ende, quitándole riqueza a su pasado y su gente. Este trabajo pretende dar cuenta de los procesos de coloni-

zación y descolonización en Ruanda analizando dichos procesos en sí mismos e incluyendo el estudio de las trayectorias identitarias hutu y tutsi durante esas etapas de la historia ruandesa. En este sentido, sostenemos que las formaciones identitarias no son estáticas ni permanecen incólumes a través del tiempo; son esencialmente dinámicas y como tales se van transformando durante los sucesivos procesos históricos. Tal como sostienen Chabal y Daloz (2001), es un error intentar identificar «la» noción africana de identidad; no hay una identidad fija e inmutable en el continente africano – como tampoco la hay en Europa – sino que las identidades africanas deben analizarse considerando sus cambios a lo largo del tiempo y según el modo en que son instrumentalizadas políticamente. Por otra parte, también debe entenderse que la identidad fue reconstruida durante la colonización según las «fluctuaciones de la interacción entre el gobierno colonial y el espacio africano» (p.85).

Considerando ello, intentaremos analizar la gestación de dichas identidades, su devenir, sus relaciones y sus transformaciones hasta llegar a convertirse en «absolutos», es decir, en excluyentes y supremacistas, al compás de los procesos de colonización e independencia.

Para empezar a desandar el camino de las identidades, es necesario abordar su origen. En este aspecto, no puede dejar de mencionarse la dificultad que presentan los estudios precoloniales en Ruanda. Como gran parte del continente, al tratarse se sociedades ágrafas es imprescindible recurrir a la tradición oral y a quienes trabajan desde este ámbito para reconstruir la historia. A las dificultades que ello supone – sobre todo para los historiadores que aun confiamos en demasía en las fuentes escritas –, se suma que los estudios de Ruanda se han visto distorsionados tanto por las versiones europeas estigmatizantes como por el impacto que provocó el genocidio sobre los análisis de la historia del país. Intentando superar ambos escollos, en esta investigación seguimos los trabajos de Jan Vansina por su rigurosa metodología

en el análisis de la tradición oral, por sus estudios lingüísticos, sus trabajos en el terreno, el manejo exhaustivo de las tradiciones orales de toda la región interlacustre y en diversas regiones del continente africano. Al estudio de Ruanda Precolonial, dedicaremos entonces el primer capítulo de este texto.

La colonización alemana y la llegada de los belgas ocuparán las dos secciones siguientes para cuya reconstrucción nos hemos basado en la literatura académica especializada y en fuentes europeas. El proceso de descolonización e independencia estará dividido en dos capítulos: uno que da cuenta de la revolución hutu y su gestación, y otra que analiza la obtención de la independencia. Para el análisis de ambos capítulos utilizamos fuentes escritas ruandesas y europeas – especialmente comparando sus versiones en inglés y francés – cuya obtención se vio facilitada por la apertura de archivos recientemente realizada por el gobierno francés.

Para Vansina, el nombre Ruanda literalmente significa «la superficie ocupada por un enjambre o una dispersión [poblacional]», y se utilizaba para señalar la superficie ocupada por un determinado pueblo o para señalar el territorio de un pueblo que obedecía a un determinado soberano (2004, p.35). Para Rusagara, el término Ruanda deriva del vocablo *Ku-aanda*, que significa «expansión». Comparando ambas acepciones, el significado es similar.

La Historia de Ruanda es la Historia de sus Reyes, dirá Vansina... Pues bien, para casi todos sus reyes la expansión fue la principal ambición de sus mandatos. A partir de allí, iniciamos nuestro viaje al país de las Mil Colinas.



Lago Kivu



Kigali actual, y las mil colinas

Capítulo I

Ruanda precolonial

Cuentan los relatos orales que Kigwa descendió desde lo alto luego de ser expulsado del cielo por su padre. Al llegar a la tierra, bajó en el reino de Mubari, territorio que denominó Ruanda. Allí fue recibido por la familia real con la que se vinculó al casarse con Nyiragukangaga, la hija —o quizás la nieta— del rey. De esa unión, nació Gihanga. Al crecer, Gihanga recorrió la región junto con sus primos y se fue casando con las hijas de los reyes de las diversas regiones que visitaba. Con el paso del tiempo, organizó su sucesión distribuyendo entre sus hijos el territorio adquirido por sus uniones dinásticas¹. Es también Gihanga, quien introduce en el país el fuego, el trabajo del hierro, algunos cultivos, y el tambor dinástico de la monarquía².

Ahora bien, ¿a quién representa Gihanga? ¿Cuál es el origen de esta narrativa? Aparentemente, esta leyenda fue elaborada por linajes tutsi durante los primeros tiempos del Reino Nyiginya, reino antecesor de la actual Ruanda. Mediante este relato se «explicaba» y legitimaba el monopolio del poder de estos linajes que detentaban el poder político. Como tantos otros mitos fundacionales, se entroncaba a la monarquía con un origen celestial, que legitimaba y a la vez prestigiaba el poder.

Para algunos historiadores locales alineados con las concepciones tutsi³, esta leyenda, al margen de su alegoría, encarna la

¹ Esta narración sigue el poema *Ibirali*, recopilado por Alexis Kagame.

² Esto último, sin embargo, es negado por Kagame, quien entendía que había habido precursores (Kagame, 1972, p.39).

³ Es el caso de Nkaka y de Mulinda de la Universidad Nacional de Ruanda.

concepción de la unidad ruandesa, y la formación de un país unificado por lazos matrimoniales y no por la fuerza. Gihanga es entonces considerado como el fundador de Ruanda y quien dotó al reino de sus límites territoriales, más allá de que sus viajes y uniones matrimoniales delimitaban un territorio mucho más extenso que el actual del estado. Para otros, esta narrativa es el relato mítico que coloca en manos de los tutsi la fundación del reino y los elementos esenciales de la monarquía, a la vez que los vincula a un grupo foráneo que llega a la región y se impone sobre las poblaciones autóctonas, aunque se relacionara con ellas (Newbury, 2001, pp.276-277).

Como el relato de Kigwa y de Gihanga, hay decenas de estas leyendas dentro de la tradición oral ruandesa, muchas de las cuales tienen versiones iguales o similares en otros estados de la región. Otro relato sostiene que Gihanga, preocupado por su sucesión entregó un cuenco de leche a sus hijos Gahutu, Gatutsi y Gatwa y se alejó. Al regresar, Gatwa se había devorado la leche, Gahutu la había derramado mientras dormía y solo Gatutsi la había preservado. Imana –dios – encargó entonces el gobierno a Gatutsi.

Así como de la tradición que focaliza en Gihanga surge la concepción de la unidad ruandesa, de la historia de Gatutsi desciende, en cambio, la división entre las distintas identidades del país, la desigualdad entre ellos, la justificación del poder de los tutsi y la división de actividades dentro de la vida económica ruandesa. En diversas etapas de la historia del país, quienes detentaban el poder utilizaron uno u otro relato para sostener su posición y objetivos políticos o para encarnar lo contrario a estas tradiciones.

A partir de Gihanga, se suceden una serie de reyes legendarios o imaginarios que son difíciles de corroborar históricamente. Para algunos historiadores, la lista de reyes reconocidos comienza con Ruganzu Bwimba, para otros con Ruganzu Ndori, fundador del Reino Nyiginya.

Al igual que en gran parte del territorio africano, la tradición oral en Ruanda es sumamente vasta y forma parte de la esencia de sus habitantes y de su historia. De ella puede deducirse que la Historia del Reino es la Historia de sus Reyes (Vansina, 2004, p.10), debido a la centralidad de la monarquía en la vida política y cotidiana de sus habitantes.

La tradición oral ruandesa puede ser dividida en un *corpus* oficial transmitido y controlado por la corte y un *corpus* popular. El *corpus* oficial, incluye un gran número de tradiciones variadas entre las que figuran los poemas reales –*Ibisingo*–, las listas dinásticas y los ritos religiosos vinculados a la monarquía –*Inzira z'ubwiru*–. También forman parte de él los comentarios esotéricos secretos a cargo de funcionarios reales, llamados *intekerezo*.

Los poemas reales surgieron a partir de la institución de los poetas de la corte –*Intebe* y '*Abasizi*– por la reina madre Nyiraruganzu II Myirarumaga, quien fuera también la primera poetisa real. Esta institución, que funcionó hasta 1959, podría ser considerada similar a la de los *griots* en otras culturas africanas. Los ritos vinculados a la monarquía eran celosamente guardados por los *abiiru* a través de generaciones.

Pero dentro de la tradición oral, ocupan un lugar privilegiado los *Ibitekerezo*, que son los cuentos o narraciones históricas, más vinculados a un *corpus popular*, transmitidos oralmente por narradores «profesionales»; son largos y complejos, se transmiten en el lenguaje de la corte y tratan sobre los tiempos primitivos de la historia de Ruanda⁴. Estos cuentos también incluyen una larga colección de relatos orales que no pertenecen exclusivamente a la corte. La gente conocía y repetía entusiastamente varios *Ibitekerezo*. Muchas de estas narraciones históricas tienen una gran calidad literaria, complejidad y sofisticación y eran los favoritos de los narradores y de su público; también existían otros

⁴ Aquellos que versan sobre etapas más contemporáneas de la historia de Ruanda, es decir del siglo XVIII y XIX son propiamente otro tipo de relatos orales llamados *amakuru*. Son relatos mucho más breves que los *Ibitekerezo* (Vansina, 2004).

relatos más cortos sobre cuestiones milagrosas que involucraban a Ndori –el fundador del reino Ngyginia– que eran tan populares que toda la población conocía al menos alguno de ellos. Los principales protagonistas de estas narraciones eran los reyes, pero también, las reinas, los príncipes adivinos o las milicias. Sus temas principales incluían las intrigas palaciegas, las uniones matrimoniales por cuestiones políticas, los duelos de magia, los episodios vinculados a una extraordinaria adivinación, las guerras. Esta amplia gama de narraciones también incluye aquellos relatos locales contados por la gente común en entornos más hogareños y en un lenguaje más sencillo⁵; y algo importante de señalar, es que la transmisión de los *Ibiteekerezo* no estaba regulada por la corte (Vansina, 2000, pp.378- 381).

Esta riquísima tradición oral, no fue recopilada sino hasta el siglo XX. En tiempos de la colonización, los concedores de las tradiciones dinásticas no quisieron difundir su contenido a los europeos que buscaban su sistematización en producciones escritas. Con el correr de las primeras décadas del siglo XX, surgieron los primeros recopiladores, quienes volcaron por escrito la tradición oral vinculada especialmente a la corte –y específicamente con la corte de Musinga– a partir de información directa de expertos calificados. Es decir, que la reconstrucción de la historia del reino precolonial fue tomando forma paso por paso como resultado de un diálogo entre historiógrafos e historiadores orales (Vansina, 2004, pp.7-9)⁶.

⁵ Muchos de estos relatos locales, focalizaban en la cuestión de los asentamientos, los cambios en los derechos sobre las tierras y el ganado, la introducción de un nuevo cultivo.

⁶ El que más éxito tuvo con su recopilación fue Alexis Kagame, un estudiante local del prestigioso Colegio de Astrida, cuyos textos provocaron verdadero furor a mediados del siglo XX tanto en Ruanda como en el exterior. Para él los ritos litúrgicos de la corte, los poemas dinásticos y las listas reales eran los relatos más importantes del cuerpo de fuentes oficiales. Algunos de ellos son alegóricos, como la liturgia del reino y los poemas. Kagame consideraba que los relatos de una u otra forma se habían mantenido inalterables a lo largo del tiempo. Sin embargo, se

Los historiadores tienen opiniones divididas sobre la utilización de estas fuentes. Sin embargo, algunos de los más prominentes representantes de la historia de Ruanda –como Jan Vansina a quien seguimos en estos aspectos– consideran que un uso cuidadoso de la tradición oral, con comparaciones entre sus compiladores y compilaciones, sumado al contraste con quienes trabajan la historia oral puede utilizarse para reconstruir la historia del Reino Nyiginya, el reino que encontraron los europeos cuando llegaron al territorio ruandés.

Ruanda Antigua

Los primeros establecimientos de la edad de hierro pueden rastrearse en la región entre el 700 a. de C. y el 700 d. de C. Los primitivos habitantes de lo que hoy consideramos Ruanda, parecen haber sido los twa, habitantes autóctonos de la región dedicados a la caza y recolección, la cestería y la cerámica. Sostiene Vansina (2004) que el término twa era un etnónimo aplicado precisamente a aquellas poblaciones que vivían en los bosques, dedicados a la recolección y a la cerámica y que solían tener conflicto con los agricultores por el avance sobre los bosques que significaban las tareas agrícolas. Evitaban el contacto y buscaban no mezclarse con ellos por temor a contaminarse socialmente. Más allá de ello, los contactos e intercambios comerciales deben haber sido frecuentes teniendo en cuenta la mutua necesidad de productos por ambos sectores (p. 36).

Los agricultores, eran pueblos bantúes asentados en la región de los Grandes Lagos a partir de diversas oleadas migrato-

ha demostrado que han sufrido variaciones - supresiones, interpolaciones o sustituciones -, a lo que se suma el hecho que fueron recopilados por escrito mucho tiempo después de haber surgido. También hay que considerar que estaban monitoreados por la corte. Todo ello hace que deban ser examinarlos cuidadosamente al ser utilizados (Vansina, 2004, p. 6).

rias. Para los siglos VI y VII de la era cristiana, los restos arqueológicos confirman que la región central de Ruanda estaba ya densamente poblada, con habitantes distribuidos en todas sus colinas (Vansina, 2004, p.16). Con diferencias regionales, se dedicaban a la agricultura y a la cría de ganado, roturaban la tierra, cultivaban el sorgo, trabajaban el hierro y se dedicaban al trabajo artesanal. Precisamente entre los twa y los agricultores bantúes se fueron formando diversos complejos culturales en el actual territorio ruandés, que hablaban lenguas bantúes del grupo *kinyarwanda-kirundi* y *Giha*.

A lo largo del tiempo, estas sociedades fueron predominantemente bantúes y se organizaron en reinos de poca extensión territorial, a partir de los linajes y clanes más fuertes, cuya máxima autoridad se identificaba como el *mwami* (rey). Estos diversos reinos se unían entre sí por matrimonios reales o alianzas más o menos ocasionales, y se desintegraban por conquistas militares. En el actual territorio ruandés, podíamos encontrar más de veinte unidades políticas, caracterizadas por monarquías donde los ritos religiosos jugaban un papel fundamental –entre ellos el rito de hacer llover– con sucesiones matrilineales donde el heredero solía ser el hijo de la hermana del rey (Newbuy, 2001, p.291). Esta situación ya es claramente perceptible hacia el siglo XV.

De entre estos reinos que se encontraban en el actual territorio ruandés, pueden destacarse los estados formados por los clanes *singa*, *zigaba* y *gesera*, reconocidos en la tradición oral como «los que estaban allí antes que nadie o los primeros propietarios de la tierra en Ruanda» (Kagame, cit. por Ogot, 1984, p.536).

Los linajes *rengé* del clan *singa* formaron un reino basado en una monarquía con fuertes rituales religiosos que ocupaba toda la región central y occidental de la actual Ruanda y cuyo nombre se desconoce; de los *singa*, los posteriores linajes *tutsi* parecen haber tomado la figura del tambor sagrado y los códigos rituales que rodeaban a la monarquía. *Mubari*, el reino donde descendió *Kigwa*, estaba formado por los linajes del clan *zigaba*. El clan

tutsi Nyiginya parece haber obtenido de Mubari la colina de Gasabo para establecerse con su propio jefe a cambio de respetar la autoridad de los zigaba (Ogot, 1984, p.537). Posteriormente será conquistado por el clan Nyiginya e incorporado a este reino. Gisaka, fue un poderoso estado formado por el clan gesera ubicado al sudeste de la región que hoy es Ruanda, que se mantuvo independiente hasta entrado el siglo XIX⁷ (Véase mapa 2).

Es decir, que antes de la llegada de otros pueblos más apegados a las prácticas pastoriles —como los hima en Uganda y los tutsi en Ruanda— ya existían en la región unidades políticas más o menos complejas, cuyos reyes estaban asociados a ritos religiosos. También hay que subrayar que no eran «reinos hutu», pues esta categoría no existía. No había un clan hutu, ni un linaje hutu, ni un pueblo hutu. Hutu no era sinónimo de una categoría social como puede reconocerse en el siglo XIX ni una identidad nacional como en el siglo XX, sino que en la región convivían diversos pueblos con entidades culturales diferenciadas, relacionadas entre sí, y en continua interacción.

Luego de un período de sequías se produce en la región de los Grandes Lagos la irrupción de pueblos provenientes del noroeste, en general pueblos nilóticos, como los bachwezi, los lúo —entre ellos los massai— los hima y los tutsi entre otros, que cambiaron la configuración poblacional y política de toda la región interlacustre. Según Vansina, la población bantú se había mantenido relativamente estable, sin grandes movimientos poblacionales, desde su instalación en la región; cuando se provocaban crisis climáticas, los desplazamientos parecían ser solo temporales. Tenían un alto índice de natalidad y de crecimiento poblacional, pero «de tanto en tanto, una gran hambruna producía una heca-

⁷ Además de los mencionados reinos, Vansina sostiene la existencia de otros reinos extremadamente pequeños, algunos de los cuales ocupaban solo una o dos colinas. En ellos se extendió el culto a Ryangombe, desde la región de Gitara en Bunyoro, cuyos ritos igualaban a todos frente a la superioridad del ser sobrenatural (Vansina, 2004, p.39).

tombe» (Vansina, 2004, p.22). Este panorama de estabilidad poblacional permite imaginar el impacto regional producido por las migraciones de nuevos pueblos durante los siglos XVII y XVIII y quizás también un poco antes. Debe agregarse que ya Ruanda poseía una población numerosa en un territorio relativamente pequeño donde la tierra también comenzaba a resultar escasa.

Si bien las comunidades bantúes tenían ganado, el aumento natural de los rebaños se produjo más rápido que el crecimiento poblacional por lo que puede decirse que fueron las incursiones mucho más responsables de la multiplicación de los rebaños, que su crecimiento natural (Vansina, 2004, p.23). Es decir, el incremento del ganado está asociado a la presencia de nuevos habitantes que tenían en el pastoreo su forma de vida.

A estos nuevos grupos que llegaban a lo que hoy es Ruanda se los menciona genéricamente como tutsi, quiénes poco a poco se fueron imponiendo a los complejos poblacionales locales formando monarquías más fuertes, en tanto estaban mejor estructuradas institucional y militarmente. Sin embargo, la llegada de los tutsi es uno de los enigmas de la historia de Ruanda sobre el que no hay explicaciones contundentes: su origen es aún un misterio y su establecimiento en la región suscita teorías distintas y controversias que incluyen desde las migraciones pacíficas hasta la conquista violenta, pasando por una combinación de ambas explicaciones. De la manera que fuera, su presencia ya es perceptible en el siglo XVII.

Según Vansina, el término tutsi es un etnónimo sin ninguna identificación territorial aplicable a una élite de tenedores de ganado. Las tareas agrícolas y ganaderas estaban completamente interrelacionadas en la región de Ruanda central antes de la llegada de los tutsi, de modo que es posible que los que únicamente eran tenedores de ganado, cualquier haya sido su origen, se llamaran así mismos Tutsi. Luego, el prestigio de ser Tutsi fue creciendo de la mano del crecimiento político del Reino Nyiginya, fundado por ellos. Posteriormente, hacia finales del siglo XIX, la

élite dirigente etiquetó a todos los poseedores de ganado como «Tutsi» en implícita oposición a quienes eran agricultores. La endogamia de los twa y de las élites tutsi puede verificarse durante largo tiempo en la historia de Ruanda precolonial, lo cual también redundó en las tres diferentes identidades biológicas que pueden reconocerse en el país hasta el día de hoy (2004, p.37).

Con mucha ligereza se ha sostenido que los hutu se dedicaban a la agricultura y los tutsi a la cría de ganado, pero en realidad, esta división del trabajo no se verifica en tiempos anteriores al Reino Nyiginya, ni hasta bien entrado el siglo XIX donde también es dudosa su generalización. Como ya hemos señalado, tampoco existía la identificación de hutu al comienzo de la monarquía tutsi.

Desde épocas anteriores a la unificación territorial llevada a cabo por los tutsi, la unidad básica de la sociedad era el *inzu* (la casa), que incluía tres generaciones: los abuelos, sus hijos casados y sus nietos; vivían en la misma casa o muy cerca unos de otros. Cuando se incrementaba el número de miembros, por ejemplo, por el casamiento de los nietos, se formaba un nuevo *inzu*. Sobre la base de antepasados comunes, sus integrantes también se consideraban parte de un *umuryango* (linaje), cuyos integrantes vivían en el mismo barrio o en la misma colina. Cuando el *umuryango* superaba las veinte o treinta familias se formaba un nuevo linaje, sobre la base del nombre de su fundador⁸. Existían además unidades más amplias llamadas *ubwoko* (clan), que eran en realidad una alianza entre linajes, aunque los nombres de muchos de ellos no se remitían a un antepasado común⁹. En cada región hay varios clanes que se dicen ser «autóctonos», es decir los que estu-

⁸ Los linajes se caracterizaban por un nombre colectivo, por el respeto a uno o dos amuletos (*taboos*) y por ciertas tradiciones relativas a sus orígenes, pero no poseían unidad territorial. (Webster, et al., 2000, pp.809-810).

⁹ En algunos casos, la palabra clan podía también designar a otras agrupaciones humanas como todos aquellos vinculados a la realeza, la fracción de un clan o inclusive categorías sociales como hutu, tutsi o twa (Vansina, 2004, p.33).

vieron siempre allí o fueron encontrados allí. Pero el clan no permanece inmutable a lo largo de la historia de Ruanda lo mismo que sus funciones e importancia; más allá de las cuestiones dudosas que giran en torno ellos, los clanes estaban vinculados a la arena política (Vansina, 2004, pp.30-34).

Los clanes constituyeron un común denominador de las sociedades interlacustres. A diferencia de otros reinos de la región, en Ruanda estaban bastante estructurados. Para algunos historiadores eran veinte (Vansina, Chrétien) para otros dieciocho (Webster et al, D'Hertefeld); también se sostiene que entre sus miembros se encontraban tanto hutus, como tutsis y twa¹⁰. Ogot (1984), en cambio sostiene que por lo menos 9 de los clanes en Ruanda eran tutsi y tenían un origen pastoril; a estos clanes se les adjudica el haber elaborado la leyenda de Gihanga que hacía descender a todos los tutsi de este héroe mítico (p.538)¹¹. La identidad de cada clan frecuentemente se encontraba asociada al ejercicio de determinados deberes políticos o religiosos de larga data, por lo cual el pertenecer a un determinado clan definía el status social del individuo (Webster et al, 2000, p.810).

De todas formas y como sucede en todas las sociedades, los clanes no permanecieron inalterables a lo largo de su historia, sino que su composición, sus funciones sociales y su estructura fueron cambiando a lo largo de los siglos. Con el paso del tiempo, también puede observarse la manipulación por las élites de la estructura clánica y de sus mitos fundacionales al compás de sus intereses: en tanto éstos justificaban la estructura del poder y

¹⁰ Los cinco más grandes agrupaban a más de la mitad de la población total. Los bahutu constituían entre el 85 y el 90 por ciento de cada clan, con excepción del clan Banyiginya en el que el 40 por ciento era tutsi. Una proporción similar de tutsis podía encontrarse en siete clanes más pequeños (Chrétien, J.P, 2002, p.91).

¹¹ En el mismo sentido, Chrétien (2003) sostiene que en el siglo XIX los tutsi que detentaban el poder político en Ruanda fusionaron a su propia narrativa mítica, aquella relativa a los reinos de los zigaba, los singa y los gesera integrándolos en un único relato que se apropiaba de sus clanes, ritos religiosos y conquistadores.

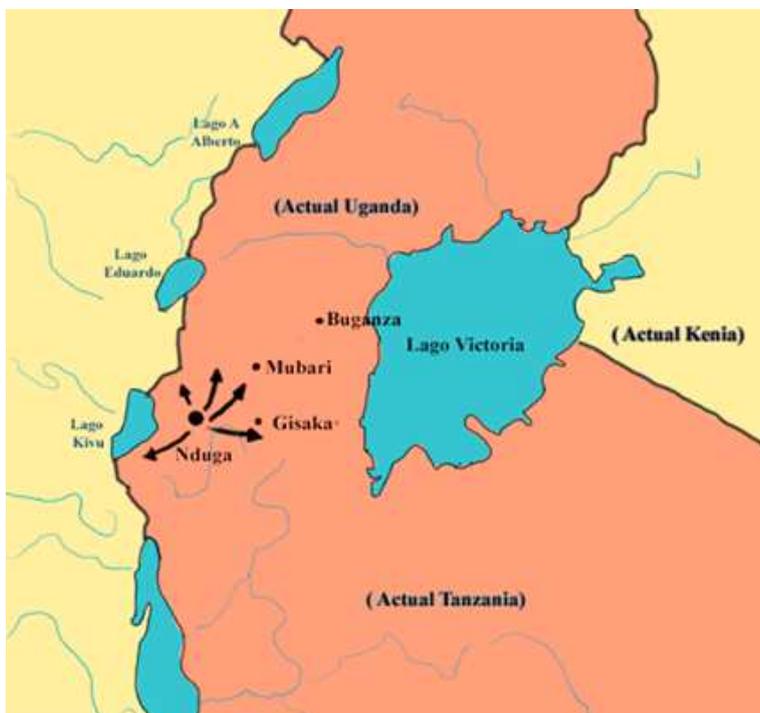
legitimaban a quiénes lo ejercían, fueron alterados, modificados y acomodados a las necesidades políticas del momento.

A partir de la llegada de los tutsi, el poder comenzó a concentrarse en los tenedores de ganado quienes por un lado se vinculaban con el rey a partir de los linajes (casamientos, servicios a la corte, etc.) y por otro, eran los «señores» o jefes de los territorios donde se habían asentado. Cada uno de estos jefes, disponía de una fuerza militar que le permitía hacer valer su derecho a la tierra e imponerle trabajos y contribuciones forzosas a los agricultores que se encontraban asentados con anterioridad a su llegada. Estas jefaturas que conformaban el reino enviaban a sus hijos a educarse a la corte y a formar parte del ejército real a la vez que pagaban un tributo anual; también enviaban mano de obra a la corte y contribuían con tropas cuando les era requerido (Vansina, 2004, pp.39-43). Esta situación parece corresponder a la región de Nduga, en el centro de Ruanda, durante los reinados anteriores a la fundación del reino Nyiginya.¹² Ruganzu Ndori, perteneciente precisamente al clan nyiginia, que en términos generales se considera tutsi, dio origen a este reino luego de conquistar la región central de Nduga, en un acontecimiento que puede datarse a mediados del siglo XVII¹³. Es este reino el antecesor de la actual Ruanda.

¹² Si se siguen los relatos orales de corte legendario, el proceso de expansión - *Ku-aanda* - se inició anteriormente con el *mwami* Ruganzu Bwimba, el primero que se menciona en la tradición oral. A él le siguieron Cyrima Rugwe, Kigeri Mukobanya, Mibambwe Sekarongoro, Yuhi Gahima y Ndahiro Cyamatatare. Para Vansina se trata de reyes «puramente imaginarios».

Los relatos señalan que, a lo largo de un siglo, estos reyes llevaron a cabo un proceso de expansión hacia el oeste desde Gasabo - *rwanda wa gasabo* - en el reino de Gisera antes mencionado, y fueron incorporando varias regiones del reino de los singa, entre ellas Nduga, en el centro de Ruanda. La guerra civil y la invasión de nuevos pueblos del oeste diezmaron este reino primigenio que terminó ocupado por ellos. Ruganzu Ndori, hijo del rey vencido Cyamatatare que había muerto en combate contra los invasores, regresó a su tierra para recuperar su herencia, conquistó la región y formó el Reino Ngyiginya.

¹³ Vansina llega a esta conclusión luego de un estudio minucioso que reconstruye la



Mapa 2.
Expansión desde Nduga del reino Nyginya

El Reino Nyginya

Ndori inició un proceso de expansión anexando los pequeños reinos de la región central de Ruanda, aliado con otros jefes y quizás con otros reyes locales, con una mezcla de estrategias que inclu-

historia desde el siglo XIX hacia atrás considerando los eclipses, los restos arqueológicos, los datos fiables de la tradición oral y el método de las generaciones (Vansina, 2004, pp.217-220). Otras reconstrucciones cronológicas menos minuciosas lo ubican en el siglo XVI (Chrétien, 2003) y aquellos que usan la tradición oral tal como la reconstruyó Alexis Kagame, que predominantemente utiliza solo el método de las generaciones, lo llevan al siglo XIV (Rusagara, 2009).

ieron conquistas territoriales, acuerdos de diverso tipo y uniones matrimoniales. Ahora bien, el reino Nyigina adoptó como propios rituales y prácticas de los territorios anexados e incluyó a los clanes reales de los reinos vencidos o aliados dentro de la corte tutsi¹⁴. Como reina Madre¹⁵ eligió a una mujer perteneciente al clan singa. Del linaje kono, eligió a su ritualista principal y uno de sus principales aliados, a la vez que adoptó su culto como propio. Posteriormente, el jefe de los busigi le otorgó su tambor sagrado, el *Kalinga*. Es decir, la configuración territorial y política del reino primigenio de Ruanda, lejos de ser un reino exclusivamente tutsi, es reflejo de una simbiosis entre aquellos que se denominaban tutsi con otros clanes que estaban en la región y dirigían reinos preexistentes. Como señala Newbury (2001) una de las contradicciones del reino Nyigina es el haber reclamado exclusivamente para sí mismo la legitimidad y la autoridad moral de la monarquía impuesta por ellos, cuando había tomado prestado de los reinos anteriores muchos de los elementos que le daban esa legitimidad (2001, p.291).

Estas múltiples alianzas que posibilitaron a Ndori la construcción del reino parecen ser también el origen de la *ubuhake*, institución de servidumbre que luego se replicó entre poseedores de ganado poderosos y quienes no tenían o tenían menos. En su origen parece haber sido una alianza entre Ndori y otros jefes tutsi y entre Ndori y otros líderes locales, a quienes obsequiaba ganado a cambio de apoyo y fidelidad, en un trato que se extendía a su descendencia. Mas tarde, esta institución vincularía a los agricultores y a los twa, con otras características.

¹⁴ De hecho, muchas de las Reinas Madre pertenecerán a clanes de estos pueblos anexados.

¹⁵ Hay que considerar que en Ruanda la monarquía era poligámica; para designar quién sería el heredero de entre los hijos pertenecientes a diversas esposas, el monarca elegía una Reina Madre, que tenía un status superior las demás esposas por haber dado a luz al heredero. Tenían además una enorme influencia política en el reino.

Otro de los cambios que se le atribuyen a Ndori, es la institución del ejército. Creó cuatro regimientos que tuvieron una importancia capital para la conformación del reino, mejor organizados y entrenados que aquellos que tenían los anteriores soberanos locales. Con Ndori se instituye la glorificación de lo militar y de la monarquía, tan perceptible en la tradición oral, tanto aquella vinculada a la corte como aquella de origen más popular¹⁶.

En la tradición oral, Ndori es presentado como un rey guerrero, valiente y conquistador, lo que de una u otra forma corresponde a una visión del pasado y del estado sustentado o anhelado por los tutsi, o al menos la visión de la historia que los tutsi querían mostrar. En este sentido, la adecuación de la tradición oral al país «imaginado» por los tutsi en pos de legitimar su poder pasó por la glorificación de los reyes y del poder militar, todo lo cual también es perceptible en la historiografía tutsi y en el imaginario de sus seguidores. Pero,

Muchos aspectos de las tradiciones de Ruganzu [Ndori] son tanto ideológicas (al reclamar el ejercicio del poder del reino Nyiginia en todas las áreas donde hay poblaciones ruando parlantes) como etiológicas (unificando hechos de varias eras en una sola). En síntesis, el reino de Ruganzu claramente representa un punto de inflexión en la historia dinástica de Ruanda en un tardío siglo XVII o siglo XVIII (Newbury, 2001, p.295).

Como afirma Vansina (2004), parte de las hazañas de Ndori quizás correspondan a sus sucesores y muchas de ellas son ficticias. Hay que considerar, además, que estaba lejos de contar con un poder autocrático: fue reconocido como rey por aliados que antes ocupaban esos territorios y por otros jefes tutsi, pero todos

¹⁶ Es precisamente bajo su reinado cuando la Reina Madre crea la institución de los poetas reales a la que hemos hecho referencia páginas atrás.

ellos ejercían el poder en los territorios a su cargo. Muchas anexiones fueron producto de alianzas y acuerdos con otros pueblos sin contar el rol que jugaron las rencillas internas entre los mismos clanes tutsi.¹⁷

Con Ndori, la capital del reino fue Nyundo en la región de Nduga¹⁸, pero hubo muchas otras con sus sucesores. De hecho, los monarcas se movían con su corte y elegían diversas ciudades para asentarse.

La monarquía estuvo lejos de ser inmutable y de mantener la misma esencia a lo largo de los siglos. Pero su evolución fue aparejando que el rey tuviera un carácter sagrado, en tanto el rey era dios, *imana*, único ser viviente con esa esencia y capaz de recibirla y transmitirla a ciertos objetos. A veces actuaba como mediador o sacerdote, otras veces tenía esencia divina. Su carácter sagrado fue acentuándose con el tiempo al compás de la centralización política (Vansina, 2004, p.83). Así lo retrata un poema dinástico recopilado por Alexis Kagame:

El rey no es un Hombre
Oh, hombres que él ha enriquecido con sus vacas
El Soberano, el Alado, variedad de Leopardo
Es hombre antes de su designación en el trono.
Pero una vez nombrado, se separa de la nobleza ordinaria
Y obtiene una plaza aparte.
El soberano so sabría tener rival
Él es único, el Sin reproche
[...]

¹⁷ Vale la pena señalar que las incursiones que a veces terminaban en conquistas territoriales eran muy destructivas; inicialmente quizás podía tener como objetivo solo incrementar el ganado, pero luego se saqueaba todo lo que tenía valor: mujeres, joyas, perros, chivos, etc. (Vansina, 2004, p.54).

¹⁸ Aunque su extensión es difícil de calcular, el reino de Ndori abarcaba el norte y el sur del río Nyabarongo en una extensión de tan solo 40 kilómetros de este a oeste y 65 de norte a sur, o quizás el 10 % del actual territorio ruandés (Vansina, 2004, p.49).

El rey es dios
Y el domina sobre los hombres [...]
Nadie osaría compararse con él [...] (Kagame, 1951, p.53)

La tradición oral nos muestra una monarquía plagada de rituales que se encontraban contenidos en el código de la monarquía, administrado por los *ubiru*. Estos rituales requerían de una pléyade de servidores que se ocuparan de ellos. En algunos de estos participaba directamente el monarca en otros no. El rey estaba rodeado de adivinos pues la adivinación era clave en la credibilidad del monarca y por ende una herramienta de gobierno. Las ceremonias más importantes eran la de entronización y la ceremonia de los «primeros frutos de la cosecha», que se realizaba anualmente. Entre los rituales, estaban aquellos vinculados al toro dinástico y al fuego de Gihanga. También había otros específicos antes de ir a la guerra.

Los atributos del *mwami* eran varios: el más importante era el tambor dinástico, el *Kalinga*. Cada reino en la región interlacustre poseía uno ya que no había autoridad reconocida sin él; perderlo era sinónimo de conquista y de pérdida del poder. También poseía otros pequeños tambores y el toro dinástico. Ndori además instituyó el culto a Gihanga como héroe fundador y creador del reino. Posteriormente se incorporó el culto a Ryangombe, que procedía de fuera de Ruanda¹⁹.

¹⁹ El culto de Ryangombe o culto de *Kubandwa* es un ritual muy extendido en la región de los Grandes Lagos. *Kubandwa* significa literalmente «ser poseído por uno u otro espíritu en el trascurso de uno u otro ritual». *Kubandwa* es, sin embargo, un término polisémico que puede significar iniciarse en el culto de Ryangombe, ser un adepto, ser poseído por un espíritu del culto de Ryangombe, representar un espíritu del culto de Ryangombe, etc. El culto de Ryangombe comprende una serie de rituales ligados a la concepción sagrada de *Kubandwa*, que busca relacionar adeptos con las divinidades (espíritus de *Imandwa*) a los que se les reconoce un poder superior y de los que depende el destino, la felicidad, la salud de los adeptos y a quienes se debe respeto y devoción, plegarias y ofrendas. (Bizimana y Nkulikiyinka, 2018, p.10).

Vinculada a estos rituales, la monarquía se apegaba asimismo a tradiciones, que según la tradición oral, se cumplieron taxativamente a lo largo de la historia de Ruanda. Los reyes se articulaban en ciclos de 4 generaciones, que por tanto incluía cuatro reyes cada uno: el primer rey del ciclo debía llamarse Mutara o Cyrima; a él le seguían otros tres llamados Kigeri, Mibambwe y Yuhi. A cada uno de estos nombres se le adosaba el nombre particular de cada *mwami*. El primero de cada ciclo debía poner el énfasis en el cuidado del ganado y dedicarse a las cuestiones internas para fortalecer el reino. Los llamados Kigeri y Mibambwe debían dedicarse a la expansión del país ya sea por las armas o por la diplomacia. El último *mwami* del ciclo, Yuhi, debía dedicarse a cuidar el fuego encendido como símbolo de la unidad del pueblo ruandés. Por otra parte, los primeros reyes del ciclo eran los encargados de elegir el clan al que pertenecería la Reina Madre de todos los reyes de ese ciclo (Rusagara, 2009, pp.10-11, Vansina, 2004, pp.92 y ss.).²⁰ Es de destacar que esta tradición focalizaba en la importancia dada por la corte, sus ritualistas y poetas al carácter expansivo de Ruanda. De todas formas, no siempre el ciclo se cumplía taxativamente. Es por ello, que «se agregaron» algunos reyes a la lista sólo para que el ciclo no estuviera incom-

²⁰ Las reinas Madre procedían de los clanes abasinga, abakono, abega, abaha y abagesera, en tanto los reyes eran todos del clan Nyiginya. (Ibidem, p.28) Nótese que casi todos estos clanes se encontraban en la región antes de la formación del reino Nyiginya, lo que da una pauta de la fusión entre los que fundaron el reino y aquellos que detentaban el poder precedentemente. Las anexiones no fueron únicamente por conquista militar como se esfuerza en marcar la tradición oral. Respecto de los «ciclos» y las funciones de cada *mwami*, parece una generalización tomada de algunos soberanos que tuvieron esas características: Kigeri como rey guerrero parece haber sido tomado de Kigery Ndabarasa, Cyrima como reformista dedicado a las cuestiones de índole interno, probablemente tenga que ver con el accionar de Cyrima Rujugira y los *mwami* Yuhi dedicados al ganado y a la unidad ruandesa, quizás provenga de Yuhi Mazimpaka. El ciclo fue aparentemente instituido por Cyrima Rujugira. Se dejaron de lado otros nombres como Ruganzu, Ndahiro y Nsoro por considerarlos como un mal presagio debido a como habían muerto (Vansina, 2004).

pleto, haciendo así que algunos *mwami* fueran meramente ficticios.

Los sucesores de Ndori, intentaron durante el siglo XVIII²¹ aumentar la autoridad real, a costa del poder de los jefes y señores locales, para lo cual se fueron apoderando de su ganado y de sus tierras, a fin de ampliar la base económica y política de la monarquía. De esta forma crecieron las tierras y el ganado real en detrimento de los jefes locales que ya no tenían lo suficiente para atraer nuevos clientes dentro de la *ubuhake*. Por el contrario, esta situación le permitía al rey tener nuevos favoritos y distribuir las manadas y las tierras entre ritualistas de la corte o miembros de los nuevos cuerpos militares que se fueron creando durante este proceso y que, a su vez, favorecieron y se favorecieron de estas prácticas reales.

Este proceso de apropiación de tierras y ganado, y de fortalecimiento del poder real continuó durante el siglo XIX, con la consiguiente concentración de poder y de los medios de producción en la monarquía, la corte y los militares²².

Con Ndori, la corte ciertamente era importante pero mucho menos numerosa y compleja que lo que se refleja a partir del siglo XVIII paralelamente a la centralización del poder real. A medida que la corte se hacía cada vez más rica por la apropiación de tierras y ganado, cada vez más se acercaban jefes y cortesanos para vincularse con ella a la vez que se hacían necesario más personal tanto para las necesidades cotidianas como para las cuestiones políticas. Además del *mwami* y la familia real, por la corte desfilaron poetas dinásticos, ritualistas de diferente índole, adivinos, hacedores de polvos mágicos, exorcistas de calamidades, recaudadores de tributos, artesanos, cazadores, cuidadores del ganado,

²¹ Éstos fueron Mutara Semugesi, Kigeri Nyamuheshera, Mibambwe Sekarongoro, Yuhi Mazimpaka, Karemera Rwaka (no reconocido como rey), Cyrima Rujugira, Yuhi Gahindiro.

²² Para todo este proceso del siglo XVIII, véase Vansina, (2004), cap. 3. Para los cuerpos militares, puede consultarse Rusagara (2009), caps. 1 y 3.

trabajadores forzados que construían o arreglaban infraestructuras, etc. También, la corte era un centro económico donde se recibía y distribuía el ganado en nombre del rey (Vansina, 2004, pp.80-81).

La reina Madre también disfrutaba de un poder similar al del *mwami* que solía utilizar para beneficiar a su propio linaje y a sus propias ambiciones políticas. En casi todas las intrigas palaciegas vinculadas a las sucesiones reales, puede rastrearse el accionar de la reina madre en golpes de estado, asesinatos políticos, espionajes, etc. También fueron víctimas de enemigos políticos y varias de ellas fueron asesinadas.

Dentro del entorno real, los jefes militares y los ritualistas también tuvieron un rol clave y fueron frecuentes las competencias entre sí. También el *mwami* poseía una pléyade de favoritos que lo rodeaban, accedían al clientelismo de la *ubuhake* y a veces a importantes uniones matrimoniales. En síntesis, la corte era un nido de intrigas palaciegas, desconfianzas mutuas y competencias entre sus distintos protagonistas donde se jugaban para ellos las oportunidades y la riqueza.

Como señaláramos anteriormente, numerosos cuerpos militares permanentes se fueron creando a partir del siglo XVIII, adquiriendo una particularidad: se transformaron en hereditarios, es decir, los hijos heredaban la profesión y el regimiento de su padre.²³ Asimismo,

Los ejércitos desarrollaron especializaciones internas. Así, aparecieron diferencias entre guerreros, recolectores, saqueadores de ganado y productores de alimentos. Cada regimiento en pie de guerra generalmente contaba con cuatro compañías de unos cien hombres cada una... Todo ellos eran poseedores de ganado, pero el regimiento del rey, su guardia, podía incluir una compañía de *twa*.

Estas compañías eran asistidas por una sección de saqueadores

²³ De entre ellos, el *Indaru* era uno de los más importantes.

de ganado, cuyo número permanece desconocido, en principio reclutada entre tenedores de ganado. Debían capturar el ganado enemigo mientras se producía la batalla y llevarlo a lugar seguro. Luego venían los recolectores y los sirvientes. Cada combatiente tenía un asistente que le llevaba lanzas y flechas de repuesto. Más aún, los miembros de esta sección del ejército estaban a cargo del aprovisionamiento, hospedaje y porteo; en síntesis, cuidar toda la logística necesaria de un ejército operativo. Reisdorff estima que esta sección era mínimamente dos veces mayor del total de guerreros y saqueadores de ganado, y eran reclutados solamente entre agricultores. Según él, la primera sistemática diferenciación entre hutus y tutsis se desarrolló en este contexto militar, en tanto los combatientes y los saqueadores de ganado eran principalmente tutsi y los sirvientes eran llamados hutu, en el lenguaje ruandés. [...] Cerca de cuatro quintas partes de cada regimiento permanecía en casa. Ellos eran los productores que cultivaban las tierras asignadas al ejército y atendían su ganado. También aseguraban las provisiones necesarias para el contingente armado (Vansina, 2004, pp.74-75).

También es importante señalar que, en tiempos de paz, los comandantes de los regimientos tenían funciones administrativas en diferentes territorios, cobraban impuestos al total de la población a su cargo a cambio de asegurar protección. Muchos de esos comandantes de armas eran hijos o parientes del rey o sus favoritos.

Los contingentes militares pasaron a ser un eje central de la vida del reino teniendo en cuenta que desde Cyrima Rujugira, Ruanda estuvo en constante proceso de expansión territorial mediante guerras con sus vecinos. La glorificación de lo militar tan cara a los tutsi, la importancia que adquirieron los contingentes militares a partir del siglo XVIII por su función y por las tierras y ganado otorgados a cada regimiento por el *mwami* y el hecho que estuvieran integrados solo por tenedores de ganado, es decir en su abrumadora mayoría tutsi, hace creíble el argumento en torno a que una primera diferenciación entre los tutsi y los hutu se hu-

biera producido en el seno de los regimientos. Entendiendo que la profesión militar era hereditaria, pronto se transformó en uno de los aspectos distintivos de los tutsi, además de la posesión del ganado. Así se unieron prestigio y riqueza en un solo sector.

En síntesis, hacia inicios del siglo XVIII, la mayor parte del ganado y la tierra pertenecía a jefes locales que, poseedores de la riqueza, condicionaban y limitaban el poder real. En el siglo XIX, gran parte de los rebaños y de las tierras habían pasado a manos de la corona cuyo usufructo entregaba discrecionalmente a favoritos, ritualistas, militares y cortesanos. Los cuerpos militares proliferaron favoreciendo el proceso y favoreciéndose de él, pasando a ser claves tanto en la expansión territorial de Ruanda como en la articulación de la sociedad ruandesa.

Mas allá de todas las prescripciones del código esotérico de la monarquía y aunque los ritualistas de la corte y los transmisores de la tradición oral se hayan empeñado en desmentirlo, la mayor parte de los monarcas ascendieron sin seguir los rituales de sucesión, y muchos de ellos accedieron en forma violenta como resultado de intrigas de todo tipo, y esto sin contar las sospechas de usurpaciones que luego fueron de alguna forma «legitimadas» por la tradición oral de diversas formas.

Los hutu y los tutsi en el Reino Nyiginia

Ahora bien, mientras el rey centralizaba su poder en detrimento de las jefaturas locales, la sociedad ruandesa iba modificándose acorde a esta situación. La reasignación y redistribución de tierras en base a los deseos de la monarquía repercutió directamente en la disponibilidad de tierras para el cultivo y el ganado.

A su vez, Ruanda experimentó un crecimiento poblacional a partir del siglo XVIII provocado por el crecimiento vegetativo –aparentemente estimulado en el país– y por la inmigración. Este aumento poblacional tuvo lugar pese a las hambrunas, sequías y

epidemias que se hicieron presentes en la región en reiteradas ocasiones. Esta serie de factores combinados provocaron el desarrollo de la producción agrícola orientada principalmente a la producción de alimentos para satisfacer las necesidades de alimentación. De esta forma, se introdujeron nuevos productos agrícolas que modificaron la dieta de los habitantes y que, por un lado, resolvieron el problema de la alimentación en un contexto de crecimiento poblacional y por otro, lo estimularon. La continua presión sobre las tierras sumada a la presión demográfica pronto provocó la escasez de tierras y aumentó la importancia de los jefes locales tutsi que las poseían, regulaban su tenencia y establecían las reglas para el otorgamiento por herencia y matrimonios. A largo plazo, cada vez más agricultores que veían dificultado el acceso a la tierra acordaron con jefes locales o poseedores de tierras tutsi para instalarse en sus propiedades y trabajar la tierra a cambio de proveer alimentos a sus poseedores como pago por poder trabajarlas. Algo similar ocurrió con agricultores que poseían pequeñas parcelas y no les alcanzaba para el pago de las obligaciones a la corte y a los jefes. Estas dificultades de acceso a la tierra también llegaron a los linajes y clanes más aristocráticos vinculados a la corte o que querían vincularse con ella; una forma de ejercer presión para sus aspiraciones de ascenso social era tener cada vez más clientes dentro de la *ubuhake*. Poco a poco, otros servicios como la participación en el ejército, como proveedores o porteadores, empezaron a solicitarse a los agricultores. La escasez de tierras también fue resultado de creación de las reservas –parcelas ricas en pastos– creadas por la corona exclusivamente para el pastoreo hacia mediados del siglo XIX. Estas tierras eran entregadas por el rey a poseedores de ganado, que eran solo tutsi y que de este modo pasaban a ser sus clientes con obligaciones solo hacia él²⁴. A su vez, estos tutsi podían además tener sus clientes, que a

²⁴ Estas reservas se acrecentaron a finales del siglo XIX. Al pasar el tiempo y extenderse estas reservas que eran solo para el rey y sus elegidos, muchos tutsi

la sazón podían ser agricultores o bien otros pastores tutsi menos privilegiados (Vansina, pp.127-131).

Así, de a poco, se fue consolidando el sistema relacional de sujeción que vinculaba a grandes segmentos de la población con los tutsi, transformándolos paulatinamente en un sector cada vez más privilegiado. De todas formas, este sistema no fue homogéneo, no tuvo siempre las mismas características, sino que poseía variaciones regionales, y fue evolucionando a lo largo del tiempo²⁵. Pero sí la *ubuhake* es un símbolo de la escasez de tierras y de la concentración de ellas en tenedores de ganado beneficiados por las políticas de la corte que las necesitaban para hacer pastar sus rebaños. En oposición a ellos, miles de agricultores que podían o no tener ciertas cabezas de ganado, quedaron a merced de los tutsi para poder subsistir. En algunos casos, el trato se sellaba con la entrega de una cabeza de ganado.²⁶

Para administrar este complejo sistema, pronto surgieron los jefes de pasturas y los jefes de tierras. Y también tenían que vivir, para lo cual también impusieron a sus administrados nuevas obligaciones laborales y de tributación. En este proceso, radica el origen de la *uburetwa* que originariamente hacía referencia a las obligaciones de los tutsi para con el rey por las tierras que éste les otorgaba en exclusividad, y que desde finales del siglo XIX

también podían caer en dificultades. Al extenderse las reservas, muchos pastores que poseían mucho ganado, pero no tenían el favor oficial, empezaron a tener dificultades para hacer pastar su rebaño, con lo que poco a poco vieron mermado su ganado, sus ingresos y su fortuna, llegando a caer en la precarización económica.

²⁵ Su significación social y su extensión variaron a lo largo del tiempo y de las regiones del país. En algunas regiones era más una estructura aislada que vinculaba a «amigos», en otras era una relación de explotación imposible de ser incumplida debido a la ley imperante, aunque esta no estuviera escrita (Newbury, 2001, p.304).

²⁶ Esta práctica no se daba en todos los contratos de *ubuhake* ni en todas las regiones de Ruanda. El argumento de su generalización fue usado como explicación de una Ruanda unida a partir de relaciones fraternales y para minimizar las diferencias entre hutus y tutsis provocadas por las instituciones tutsi.

pasó a designar a todas las obligaciones que tenían granjeros y agricultores con sus jefes de pasturas y de tierras. A estos tributos se fueron agregando todo tipo de servicio requeridos por los jefes. El cumplimiento de la *uburetwa* demandaba de los trabajadores dos o tres días laborales de cada semana. Con el tiempo, la *uburetwa* terminó siendo pagada solo por los agricultores (Vansina, 2004, p.131-134).

En síntesis, gran parte de la tierra fue de a poco monopolizada por los tutsi, en forma muy marcada a partir del siglo XVIII. En un contexto de crecimiento demográfico, los que querían trabajar y no poseían tierras se instalaron en las tierras de los tutsi a cambio de proporcionarle alimentos como pago por poder trabajarlas. La *uburetwa* gravó aún más a los agricultores y granjeros exigiéndoles el pago de más impuestos y diversos servicios; de esta forma, terminaron pagando un canon a los tutsi en el marco de la *ubuhake* y otro a los jefes de tierras y pasturas en el marco de la *uburetwa*. Con el tiempo, la *uburetwa* se transformó en sinónimo de trabajo forzado, es decir de aquel trabajo que se hacía para cumplir con las obligaciones para con un señor. A su vez, empezando por la región central, y luego difundiéndose hacia el resto del territorio, también apareció el *ikore*, o impuesto real.

La élite tutsi, solía llamar «hutu» a todos aquellos que de una u otra forma servían o eran criados, término que aplicaba también a los tutsi que tenían la condición de servir. Este vocablo era un término degradante que hacía referencia a la pasividad o aburrimiento de la vida rural.²⁷ El término «hutu» también fue aplicado sin discriminación a todos los extranjeros (Vansina, pp.134-135).

De a poco, la sociedad ruandesa había evolucionado de forma tal que, a mediados del siglo XIX, las élites políticas eran tutsi

²⁷ La primera vez que se aplicó colectivamente fue a un conjunto de criados de Gakondo; poco más tarde se aplicó a los habitantes de Budaha, pues eran sirvientes encargados de proveer provisiones y servicios a la corte. (*Ibidem*)

e integraban el ejército mientras que quienes no lo eran y tenían la función de servir o de ser criados se los consideraba hutu. Ahora bien, el hutu no solo servía, sino que además no pertenecía al ejército. Como señaláramos páginas atrás, en el seno de los regimientos comienza a asomarse la primera institucionalización de ambos grupos. Como los guerreros estaban vinculados a la élite política y procedían de los linajes vinculados a la tenencia de ganado, las élites comenzaron a extender el término «hutu» hacia todos los agricultores por oposición a los ganaderos tutsi, fueran de «origen» tutsi o no. Posteriormente, la institucionalización de los jefes de pasturas y de tierras –todos tutsi y poseedores de ganado– y las instituciones de trabajo forzado que caían pesadamente sobre los agricultores fueron envenenando las relaciones entre ambos grupos. De aquí en adelante, no significarían más categorías sociales sino «absolutos» (Vansina, 2004, pp.135-136).

Podríamos entonces señalar que el término tutsi es un etnónimo que designa a un grupo poblacional que desde el siglo XVII se diferenciaba del resto por su tenencia de ganado mientras que el término hutu, era un vocablo que aludía a una condición social, que al generalizarse designó a los que servían a otros, a los que no estaban en el ejército y a los que no poseían ganado, todo lo cual era sinónimo de un bajo *status* social. Eran los hutu también, los que, en esta sociedad profundamente desigual, más sufrían el pago de impuestos, trabajos forzados y sistemas de servidumbre, que los tutsi pagaban en mucha menor medida a la vez que monopolizaban el poder político, el ejército y las oportunidades económicas.

Esta situación comenzó a delinearse en el siglo XVIII al compás del aumento de poder de la monarquía y se arraigó en el siglo XIX con diferencias entre las diversas regiones del reino. Los sistemas de sujeción personal no fueron uniformes en todo el territorio, sino que tuvieron diversas formas de implementación y diferentes niveles de expoliación. De hecho, las regiones del norte se vieron libres de estos sistemas hasta bien entrado el siglo XX.

Lo mismo podría decirse de los clivajes hutu/tutsi: la división no era igualmente perceptible en las distintas regiones del reino.

Esta estratificación social fue en gran parte producto del accionar estatal en sus diversas formas: en la Ruanda precolonial por las características de la monarquía Nyginya y posteriormente por el accionar de la colonización alemana y belga. Asimismo, hutus y tutsis no pueden ser considerados como categorías estáticas invariables a través del tiempo pues se conformaron y de modificaron a través de él y fueron cambiando de significado al compás de los cambios políticos de Ruanda.

El reinado de Rwabugiri

Tal como hemos señalado, las intrigas palaciegas formaban parte de la vida cotidiana de la corte. Sin embargo, los niveles de violencia crecieron en forma exponencial en el siglo XIX. Al reinado violento del *mwami* Mutara Rwogera (1845-1867), le sucedió el sangriento período de Kigeri Rwabugiri, quien gobernó Ruanda entre 1867 y 1895²⁸.

Rwabugiri tuvo su ritual de coronación en medio de rumores acerca de su origen. Algunos sostienen que era hijo de un amor adultero de Rwogera con la esposa de su hermano Nkoronko; otros plantean que puede haber sido un golpe de estado que fue justificado con una leyenda de amoríos inventada por los ritualistas de la corte.²⁹ Cualquiera haya sido su origen, el nuevo *mwami* y la reina Madre, Murorunkere, desataron matanzas internas y guerras externas que caracterizaron los 30 años en el poder de Rwabugiri (1867-1895).

²⁸ Las cronologías que seguimos pertenecen a los estudios de Vansina (2004)

²⁹ Para Vansina (2004) no hay duda de que era hijo de Nkoronko; para Newbury (2001), las dos posibilidades son probables.

El monarca autorizó al menos catorce guerras dentro y fuera de Ruanda, algunas de ellas conducidas por él mismo. Entre estas se entremezclan meras incursiones para robar ganado, expediciones para reprimir sublevaciones internas de jefes tutsi, jefes militares o cortesanos descontentos con el rey, guerras exteriores para asegurar el pago de los tributos debidos a Ruanda y expediciones punitivas contra vecinos externos y enemigos internos. Como conquista, cabe destacar la incorporación de Gisaka, aquel reino independiente que no había podido ser sometido desde tiempos de Ndori. Las anexiones territoriales fueron, sin embargo, pocas, pero el nivel de violencia interna creció hasta niveles nunca experimentados en la corte y en la elite tutsi. Las venganzas personales del *mwami* y sus favoritos redundaron en asesinatos políticos y ejecuciones de todo tipo, que incluyeron a ritualistas, jefes militares, colaboradores cercanos y matanzas en masa como la del linaje Abajereka.

La reina Madre tenía sus propios partidarios dentro de la corte con quienes intrigaba a favor o en contra de favoritos y enemigos políticos de ella o de su propio clan. También decidió guerras internas –como la de Ndorwa y una de las expediciones a la isla de Ijwi– y asesinatos diversos como las matanzas del linaje Abajereka. Se encargó asimismo de los dos hermanos de Rwabugiri, a quienes dejó ciegos de manera que no pudieran reclamar el trono para ellos. Terminó siendo víctima de una conspiración que había sido planificada por el *mwami* contra su supuesto amante, de quien se decía que estaba embarazada, lo que implicaba un sacrilegio contra el código de la monarquía. Su muerte trajo aparejada el asesinato del ritualista que había señalado la falta de la reina³⁰.

Por otra parte, el carácter autoritario, autocrático, desconfiado y hasta paranoico del *mwami* llevaba a que rápidamente

³⁰ Por el mismo hecho perecieron los responsables de dicha operación y el mismo Nkoronko, tío de *mwami*.

colaboradores, cortesanos, ritualistas y militares cayeran en desgracia con el consiguiente exilio o asesinato³¹. Su desconfianza lo llevó a elegir como jefes, favoritos y asesores a personalidades ajenas a los linajes vinculados tradicionalmente con la monarquía; inclusive reclutó a algunos hutu y twa. Los elegidos competían entre sí por los favores del rey desatando todo tipo de intrigas, algo que era replicado por los linajes y clanes desplazados que buscaban recuperar los favores reales. Las conspiraciones y hasta la guerra civil fueron una constante durante el reinado de Rwabugiri, con la consiguiente violencia que desataba para finalizarlas.

Una serie de catástrofes asolaron el país sobre el final de su reinado. Una sequía terrible en el este de Ruanda, una epidemia de viruela en 1892 y una epizootia que eliminó en algunas zonas a casi el 90 por ciento del ganado (Newbury, 2001, pp.311-312).

A su vez, desde 1870 en adelante las divisiones entre los agricultores hutu y los ganaderos tutsi y el descontento hacia la corona, se esparcieron por todo el país y estallaron en forma de rebeliones en diversas partes del reino. No todas tuvieron las mismas características: algunas fueron rebeliones lideradas por agricultores hutu; otras enfrentaron a la aristocracia tutsi con los nuevos jefes hutu nombrados por Rwabugiri por el hecho de ser hutu, lo cual era considerado un insulto para un tutsi. En las regiones de Gisaka y Ndorwa, la oposición era contra la conquista y vinculaba a hutus y tutsis contra la monarquía. Otras dos enormes rebeliones anti tutsi estallaron en 1892 y 1895 en el sur del país (Vansina, 2005, pp.136-137).

Lo claro es que ya a finales del siglo XIX, eran tajantes las diferencias entre los dos sectores de la sociedad ruandesa, que giraban en torno al sistema expoliativo que significaba la *ubuhake* y el trabajo forzado que significaba la *uburetwa*, agravado por un contexto de sequía y de epidemia. Y también era evidente la resis-

³¹ Solo tuvo dos colaboradores que estuvieron siempre con él y nunca fueron perseguidos.

tencia de ciertas regiones del país a la conquista por parte de la corte ruandesa.

En este contexto, seis años antes de su muerte, el *mwami* eligió a uno de sus hijos Rutalindwa como su sucesor y lo asoció al trono para gobernar con él. La madre del sucesor —quien hubiera debido ser la reina Madre— había sido asesinada en intrigas organizadas por Kanjogera, otra de las esposas de Rwabugiri. Saltando los procedimientos del código de la monarquía, el *mwami* eligió a Kanjogera como reina Madre, aunque no fuera la madre biológica de su sucesor.

Al morir Rwabugiri en 1895, asumió su sucesor. Un año más tarde perdió la vida en un sangriento golpe de estado organizado por la reina Madre en pos de entronizar a su propio hijo, Musinga, quien finalmente asumió en 1897. Ese mismo año, un frente armado anti tutsi hizo estallar rebeliones en la región noroeste del país³², rebeliones que la corte tardó dos años en vencer.

Más allá de sus conquistas, Rwabugiri distó mucho de poder consolidar el territorio y colocarlo bajo un dominio efectivo, tal como lo demostrarán las rebeliones que hubieron de enfrentar sus sucesores en las primeras dos décadas del siglo XX. En general, la corte tenía un control efectivo en el centro que iba desvaneciéndose hacia la periferia, especialmente en el oeste y en el norte. En estas últimas áreas, el *mwami* se conformaba con que el *batware* recolectara el impuesto real y luego dejara rápidamente la zona. No había representantes reales que residieran allí; eran áreas de influencia del *mwami* más que zonas de gobierno real (Des Forges, 2011, p.12)

Sequías, epidemias, hutus contra tutsis, intrigas palaciegas, asesinatos selectivos y masivos. La aristocracia tutsi que había forjado el Reino Nyiginya había caído en luchas intra tutsi que vieron en la violencia política la práctica favorita para encumbrar amigos y eliminar enemigos.

³² Se esparcieron por Bugoyi, Kanage, Beberuka, Rwankeri, Bushiru, Cyingogo, Buhoma, Murera, Bukonya, y Bugarura.

A su vez, las ambiciones de los diferentes *mwami* y de la corte habían agravado la escasez de tierras por la entrega discrecional que se hacía a favoritos y regimientos motivados por el ansia de centralizar el poder y neutralizar enemigos. Los premios y castigos, los reconocimientos o las caídas en desgracia se vinculaban directamente con la entrega o quita de tierras, el otorgamiento o la quita de ganado. La ampliación de los dominios y ganados reales también colaboró con la escasez de la mayor parte de la población. Como consecuencia, la sociedad ruandesa quedó estratificada en hutus y tutsis que lejos pertenecer a «etnias» diferentes como los caracterizaron los europeos, representaban diferentes realidades socioeconómicas, realidades que además presentaban marcadas diferencias regionales.

Las intrigas de la corte colocaban nuevos señores y removían otros; esta situación a veces redundaba en más vínculos de servidumbre, cambio de «señores» o traslado de clientes de un jefe a otro. Con la llegada de los alemanes, esto no solo continuará, sino que se agravará al participar también los europeos de algunas intrigas que encumbrarán a algunos y destituirán a otros.

Vale remarcar también un aspecto que hemos resaltado durante todo el capítulo: el lugar del ganado en Ruanda, éste era símbolo de riqueza, prestigio y alto rango social. Regulaba las relaciones sociales, tenía un lugar destacado en los vínculos socioeconómicos y en las relaciones cotidianas. Mediante el ganado se sellaban compromisos, acuerdos y tratados, se pedían y pagaban favores; era una muestra de buena voluntad, era un regalo que demostraba gratitud o arrepentimiento. En torno a la posesión del ganado, las políticas de la corte, la escasez de tierras, la importancia social del ejército y las instituciones de servidumbre se fueron delimitando las identidades hutu y tutsi que serán en el siglo XX los clivajes en torno a lo que se articulará la vida del reino.

En este contexto, asomaba lo peor. En 1894, la llegada de von Götzen ponía fin a la independencia del país.

Capítulo II

De Alemania a Bélgica

La región de África central, presenció decenas de viajes de exploración durante la segunda mitad del siglo XIX encarados por aventureros, cartógrafos, exploradores y científicos europeos de diversas calañas y nacionalidades. Livingston, Speke, Stanley, Cameron, Baumann, atravesaron el centro del continente buscando conocer su geografía, su toponimia, los pueblos que la habitaban y los estados que los regían. Algunos estaban movidos por intereses científicos, otros buscaban relatar hazañas que se venderían como *best sellers* al público de la Europa positivista que consumía esas historias exóticas, otros exploraban las posibilidades de inversiones, mercados, recursos naturales y estratégicos para informar a diferentes gobiernos. Además de los europeos, traficantes en su mayoría árabes y swahilis recorrían el centro de África buscando marfil y esclavos. Ni unos ni otros, habían pasado por Ruanda, que permanecía amparada por su geografía, pero también por la oposición de los diferentes *mwami* que no permitían el comercio extranjero. En este sentido, Stanley consigna lo que un comerciante árabe le contó sobre Ruanda, en tiempos de Rwabugiri:

¡El pueblo de ese país no es cobarde! ¡Ojalá! Han tomado Kinyakka, Muvuri y han últimamente conquistado Mpororo. Los Waganda midieron sus fuerzas con ellos y fueron obligados a retirarse. Los Wanya-Rwanda [banyarwanda] son un gran pueblo, pero son codiciosos, malignos, traicioneros y absolutamente indignos de confianza. Nunca han permitido a

un árabe comerciar en su territorio, lo que prueba su maldad (Stanley, 1878, pp.454-455).

Más allá de esto, el comercio interregional había crecido muchísimo durante el reinado de Rwabugiri aunque Ruanda no hubiera participado de él, y la corte era consciente de ello.

Luego del reparto de Berlín, África Central quedó dividida entre británicos, alemanes, y Leopoldo II de Bélgica. Pero más allá de lo que se acordó en Berlín, las fronteras de las administraciones terminaron de organizarse a partir de diversos tratados entre europeos que fijaron los territorios que gobernaría cada uno.

En mayo de 1894, una expedición de Gustav Adolf von Götzen, gobernador del África Oriental Alemana, llegó a la corte de Rwabugiri, constituyendo así la primera fuerza europea en pisar el país. Se presentó ante el *mwami* luego de abofetear al jefe del protocolo real que intentaba indicarle los procedimientos para acercarse al rey, a la vez que hacía detonar dos impresionantes cañonazos (Rusagara, 2009, p.58) Pese a la demostración de fuerza, Rwabugiri decidió hacerle una emboscada en su campamento durante la noche que fue fácilmente dispersada por las armas alemanas. «Sentirse fuerte y estando moderadamente equipados con armas, nos hubiera gustado enfrentarnos a un enemigo más serio», sostuvo el gobernador (cit. por Lemarchand, 1970, p.48). Unos años más tarde, en ocasión de una expedición alemana del capitán Bethe en el sur de Ruanda, una crónica belga nos deja este testimonio:

A comienzos de mayo, se llegó a las orillas del lago Luvambuko, habitado por una raza pastoril que poseía enormes rebaños de centenares de cabezas. Esos habitantes tenían pueblos bien fortificados. [...] [el coronel Trotha] tuvo que librar un combate que se renovó los dos días siguientes. Hizo incendiar todos pueblos y mató treinta y seis indígenas. Franqueó un paso hasta Ruanda [...].

[El 16 de mayo]nuevos combates llevaron a la muerte a ochenta y cuatro indígenas. El 18, nuevo combate. En ese momento,

M. Bethe pudo reunirse con un emisario del padre Van der Burght, uno de los Padres Blancos, quien le avisó que una rebelión de los árabes de Ujiji, [...] era inminente. Los Banyarwanda forman, según el explorador, una raza impresionante, guerrera, que tiene la singular costumbre de efectuar saltos de un metro a un metro cincuenta. Parece ser que lo efectúan para evitar ser atravesados por las lanzas y las flechas. El país está cultivado con extremo cuidado; inclusive las partes montañosas están cubiertas de cultivos escalonados en diferentes niveles. La población puede cifrarse en dos millones de almas. La clase dominante está formada por los batutsi, favorables a la ocupación del país por los blancos. [...] Los batutsi forman igualmente la clase preponderante en Urundi (La Belgique colonial, 1899, pp.28-29).

Un año más tarde de la llegada de los alemanes, Rwabugiri murió sorpresivamente. Al asumir Rutalindwa según los deseos de su padre, la reina madre Kanjogera y sus dos hermanos iniciaron una serie de sangrientas intrigas palaciegas para coronar a Musinga, el hijo de Kanjogera. Mientras la corte y los militares se dividían entre los partidarios del rey y aquellos de la reina Madre, un grupo de belgas pertenecientes a la *Force Publique* encabezados por el oficial Georges Sandrart, se instalaba en la región de Kinyaga, al sur del Lago Kivu. El *mwami* mandó a dos de sus mejores regimientos a enfrentarse con los belgas, pero sus lanzas y flechas fueron destrozadas en Shangi por las armas de fuego de los europeos. Con ello, Rutarindwa perdió sus mejores hombres y puso en duda su prestigio frente a los tutsi y a sus oponentes reales. Por su parte los belgas, saquearon la región que quedó desamparada.

Unas semanas después, un oficial alemán procedente de la oficina germana en Bujumbura, notificó a las fuerzas belgas que con su incursión en Kinyaga habían violado el acuerdo germano-congolés de 1884; poco después, éstas se retiraron y el oficial volvió a Bujumbura sin notificar a la corte ruandesa lo que había sucedido.

Más allá del impacto que significó Shangí para todos los ruandeses³³, la corte continuaba con sus intrigas como si no reparara en el peligro europeo. Finalmente, en noviembre o diciembre de 1896, las milicias que respondían a Kanjogera y sus hermanos asaltaron el palacio de Runcagu donde se encontraba el *mwami* junto a su familia. Luego de durísimas refriegas, Kabare, el hermano de la reina madre, proclamó a Musinga como mwami frente a la aclamación de sus tropas. Ante los acontecimientos, muchos defensores de Rutalindwa desertaron. Toda la familia real se suicidó junto con sus seguidores y parientes.³⁴ Alguien prendió fuego a la habitación donde se habían resguardado; junto con los tesoros reales almacenados allí, también se destruyó el *Kalinga*, símbolo del poder real y sin el cual ningún *mwami* podía gobernar. Cuando esto le fue comunicado a Kabare, se dice que este respondió: «Tenemos al rey, podemos fabricar un *Kalinga*» (Des Forges, 2011, p.17).

Tras la muerte de Rutalindwa, Kanjogera y sus hermanos iniciaron sangrientas purgas de todos aquellos que podían reclamar el trono con el mismo derecho que Musinga –aunque no tuvieran intención de hacerlo– y de quiénes sostenían su causa. Entre ellos perecieron los hermanos del *mwami*, sus parientes lejanos, sus defensores y seguidores, sus amigos y militares que le eran fieles, los *ubiru* que no reconocían el ascenso del nuevo *mwami* por no cumplir con el código esotérico de la monarquía. Al margen de proteger el trono de Musinga, el baño de sangre puede considerarse una lucha entre dos de los clanes más poderosos de Ruanda: el clan Nyiginia –que había dado todos los reyes desde Ndori en adelante– y el clan Bega –que había dado las últimas reinas madre y al que pertenecía Kanjogera. Las luchas entre am-

³³ La derrota dio lugar a relatos tales como que Sandrart ni siquiera se había movido de su silla cuando los ruandeses le atacaron, sino que simplemente le había hecho señas a su esposa para que detuviera el asalto (Des Forges, 2011, p.16) El relato narra cuan desigual fue la lucha.

³⁴ Algunas fuentes indican que fueron obligados a quitarse la vida.

bos clanes se verificaron también a nivel de las jefaturas con el consiguiente enfrentamiento entre jefes tutsi que apoyaban a ambos clanes y las consiguientes purgas de los que sostenían al clan Nyiginia.

La violencia política continuó como una práctica general para resolver los desafíos de poder que enfrentaba la corte. Todos aquellos que de una u otra forma pudieran ensombrecer a quienes detentaban el poder ya sea que fueran simpatizantes del rey depuesto, que cuestionaran la legitimidad de Musinga, que suscitaran dudas o resquemores en la corte, que incrementaran su poder en forma alarmante o iniciaran levantamientos, terminaban asesinados juntos con sus parientes, seguidores y allegados³⁵. Estas prácticas fueron la regla general de la política ruandesa mientras duró la influencia de Kanjogera y sus hermanos e inclusive, aunque en menor grado, cuando Musinga se hizo cargo del gobierno. Y esto, pese a la administración alemana.³⁶

Al momento del golpe de Runcagu, el nuevo rey tenía doce o trece años, por lo que, más allá de su entronización como Yuhi Musinga en febrero de 1897, el poder recayó en la reina madre y sus hermanos. Poco tiempo más tarde, la corte firmó el acuerdo de protectorado con los alemanes. Ruanda fue incorporada al África Oriental Alemana, y si bien dependía del gobernador general situado en Tanganika, de sus asuntos se encargaba un residente alemán con sede en Usumbura, Burundi, que administraba conjuntamente ambos reinos.

Hacia 1908, Musinga llegó a la mayoría de edad y se hizo con el poder; su madre y uno de sus tíos continuaron tutelando

³⁵ Esto también incluyó asesinatos por «celos» políticos: Kabare asesinó a amigos de Musinga por temor a que tuvieran mucha influencia cuando éste asumiera efectivamente el poder.

³⁶ Los hermanos de Kanjogera, Kabare y Ruhinankiko, terminaron enfrentándose entre ellos. En un momento, Kabare le pidió autorización a los alemanes para ejecutarlo pero no fue autorizado. El residente alemán le sugirió en cambio que le quitara todas las posesiones y el ganado dejándole solamente una colina. Así fue y perdió toda su influencia política.

informalmente las decisiones del *mwami*. Los asesinatos políticos disminuyeron –de hecho, fueron prohibidos por los alemanes– pero nunca desaparecieron.

La administración alemana: el poder a la monarquía.

Cuando el capitán Ramsay, escoltado por unos trescientos soldados alemanes, se presentó en Nyanza, sede de la corte de Musinga, Kanjogera y sus hermanos, instruyeron a uno de los ritualistas de la corte, para que se hiciera pasar por el *mwami*. Así, fue Mparumugamba quien habló con ellos y firmó el protectorado con los alemanes. No será hasta mucho más tarde que éstos advertirían quien era el verdadero monarca. Lo cierto es que la corte demoró en conceder la audiencia a Ramsay, y éste terminó avanzando por su cuenta hacia la residencia real frente a la falta de respuesta a su pedido. Esto puede haber obedecido a una muestra del orgullo de la corte, a su intención de mostrar fortaleza y a su desconfianza hacia los recién llegados, como ocurrirá en diferentes ocasiones durante el dominio alemán.

Desde el establecimiento del protectorado, la presencia alemana estuvo limitada en extensión e intención. Había solo unos pocos militares desplegados en el terreno³⁷ cuya función era prevenir incursiones belgas o británicas en territorio alemán y así mantener la paz con sus vecinos europeos. La idea de los alemanes era respetar las autoridades constituidas tanto en Ruanda como en Urundi y gobernar a través de ellos; no tenían la intención de inmiscuirse en las cuestiones internas del reino, aunque a veces lo hicieron por pedido de la corte o de los misioneros cristianos (Des Forges, 2011, p.85). Hubo, sin embargo, algunas intervenciones políticas o militares, que se realizaron para evitar escaladas

³⁷ Cada uno de los puestos militares en ambos extremos del Lago Kivu habían tenido solo un oficial europeo – a veces ninguno estaba presente – y un pequeño número de tropas de África del Este. (Des Forges, 2011)

de violencia –incluyendo las venganzas de la corte– o para restablecer el orden en sus colonias. Por otro lado, también buscaban abrir la región al comercio extranjero, cuestión a la que siempre se había opuesto la corte.

Durante mucho tiempo, no hubo un Administrador Residente en Ruanda, sino que Richard Kandt, actuó como representante informal hasta que fue nombrado oficialmente en Kigali en 1912³⁸. Kandt tenía excelentes relaciones con la corte de Musinga. Se había ganado su confianza e inclusive fue él quien advirtió a los alemanes quién era el verdadero *mwami*, varios años después de la instalación del protectorado. Fue mediador en innumerables conflictos entre la corte y los misioneros cristianos, y entre la corte y sus enemigos políticos, en tanto su opinión y consejo era frecuentemente escuchado por la corte. Más allá de esta actitud, cuando fue nombrado oficialmente como Residente en 1907, decidió instalarse en Kigali –hoy capital de Ruanda– y construir su residencia allí, pese a la oposición de la corte.

Musinga reconocía que un centro administrativo en el corazón del reino significaría un control europeo más intenso, alterando así el balance de costos y beneficios de su asociación con los alemanes. Por primera vez en sus relaciones con Kandt, le envió una vaca y un ternero que acostumbraban tradicionalmente a acompañar las peticiones de un *mugararu* [cliente] a su *shebuja* [patrón], pidiéndole al nuevo Residente que no construyera la capital en Kigali. Kandt rechazó el pedido y siguió adelante con sus planes (Des Forges, 2011, pp.85-86)

Los pedidos de trabajo y materiales para construir la ciudad fueron tales que Kandt hizo uso de 32.000 días de labor para

³⁸ Kandt fue un ciudadano alemán que se instaló en Ruanda hacia 1893 fascinado con el reino, la corte y sus habitantes. Era psiquiatra y etnógrafo, pero también un gran escritor y uno de los pocos que aprendió kinyarwanda. Su trabajo *Caput Nili*, es una de las principales fuentes para la reconstrucción histórica de la colonización alemana en Ruanda.

la edificación y otras 28.000 para transporte de madera proveniente de bosques lejanos. Los que trabajaron en la construcción recibieron un salario mínimo y los que portearon los materiales, nada (Des Forges, 2011, p. 86).

Al menos hasta 1914, los alemanes no colocaron nuevos impuestos a los habitantes³⁹ dejando intacto el sistema de trabajos forzados y obligaciones que recaían sobre los hutu y en menor medida sobre los tutsi. Pero sí requirieron servicios y asistencia para las caravanas de comerciantes, para los soldados y para los funcionarios alemanes cuando visitaban la región. Esto significaba proveerles de todos los insumos y provisiones necesarias incluido el alojamiento durante su estadía. En la práctica, significó más servicios y días de trabajo de los hutu hacia los tutsi que eran los encargados de proveerles todo lo necesario a los europeos. Los alemanes trataban con los tutsi, no con los hutu. En algunas ocasiones, como en el caso de Kandt, se pagaba algún salario a los trabajadores, pero en general, éstos eran bajísimos o no eran abonados.

El Reino durante la administración alemana

La presencia alemana modificó la vida del Reino en varios aspectos. En primer lugar, la corte tuvo que aceptar un nivel superior de autoridad por encima de su poder autocrático. Sin embargo, siempre estuvo atenta a ceder la menor cuota de poder posible. Por supuesto, debieron aceptar algunas órdenes que iban contra su voluntad –como la aceptación de misioneros cristianos en el territorio ruandés– pero no fueron títeres de los alemanes, ni meros ejecutores de su voluntad política. Cuando alguna de las órdenes iba en contra de lo que la corte estaba dispuesta a aceptar, incu-

³⁹ En ese año lo hicieron para los habitantes de Kigali, Cyangugu y Gisenyi. Lemarhcand (1971), sostiene que se intentó en 1912.

rrían en dilaciones para ejecutar la medida, o buscaban subterfugios para cumplir o mostrar que cumplían tratando de evitar que la medida menoscabara su poder⁴⁰.

De hecho, la corte mantuvo su desmesurada ambición de acumular poder y riqueza, y sus ansias de lograr una mayor centralización política; continuó con sus intrigas y asesinatos, sus rituales religiosos y políticos, en definitiva, su forma de concebir el reino y de ejercer el poder. Y en base a esto, utilizó a los alemanes para conseguir sus objetivos cuando fallaban sus técnicas para hacer su voluntad o para sofocar rebeliones. Por su parte, los alemanes nunca quisieron enemistarse con la corte ni con Musinga y en general, siempre acudieron en su ayuda y apoyaron al *mwami* en sus contiendas internas.

El poder del *mwami* no era uniforme en todas las regiones del reino. Era incontestable en el centro, pero se iba diluyendo hacia la periferia. De hecho, en los territorios adquiridos durante el reinado de Rwabugiri, el poder de la monarquía era más nominal que real. En Gisaka, en el sudeste de Ruanda, había un gran celo por su independencia con el consecuente rechazo al poder central, al igual que en todo el norte del país. Más aún, en algunas de estas zonas, se mofaban abiertamente del *mwami*.

⁴⁰ Por ejemplo, cuando les fue solicitado que autorizaran la construcción de nuevas misiones religiosas cristianas dilataron la medida e inclusive se negaron hasta que directamente fue decidido por los alemanes. Algo similar pasó cuando los protestantes provenientes de Uganda solicitaron permiso para instalarse en el país. Musinga sabía de los problemas entre católicos y protestantes que habían desembocado en hechos sangrientos en Uganda y no quería que se repitiera lo mismo en Ruanda.

Otro ejemplo de reticencia tuvo que ver con la fundación de colegios alemanes en Ruanda. Al no poder oponerse, les solicitaron a los tutsi que enviaran a sus hijos bastardos en lugar de los legítimos.

De hecho, sostiene des Forges que Musinga y los tutsi «eran totalmente conscientes del desafío que los extranjeros podían causar a su autoridad, pero conocían como sacar ventaja de la confrontación con los europeos» [...] Hacia 1912, Kandt reportaba que los notables [tutsi] reconocían dos jefes, el Residente y el *mwami*. Pero para los notables y para el ruandés común, Musinga siguió siendo la última autoridad» (2011, p.97).

El rechazo al poder central revestía diversas formas: a veces tenía que ver con el no reconocimiento a la soberanía de Musin-ga, otras con el rechazo a pagar el *ikore* –impuesto real– y otras con la resistencia a que se les impusiera el régimen de sometimiento a los tutsi mediante la *ubuhake* y la *uburetwa*. En algunas regiones se combinaban todas estas actitudes. Tal como hemos señalado anteriormente, el régimen de la *ubuhake* estaba firmemente impuesto en algunas regiones de Ruanda –sobre todo en el centro donde se había iniciado– pero no en las regiones periféricas, así como tampoco, en las regiones recientemente anexadas.⁴¹

Frente a este panorama, la corte buscó extender el reconocimiento del *mwami*, imponer el impuesto real en aquellas zonas que estaban libres de él y lograr la aceptación de los tutsi –y en general de aquellos favoritos de la corte– como administradores y beneficiarios de la *uburetwa* en todas las regiones del país. En las regiones hostiles, los tutsi que aspiraban a ser administradores utilizaron la fuerza, el pillaje y alianzas diversas, oportunistas y cambiantes para lograrlo.

La instalación del sistema clientelístico, también buscó imponerse por todos los medios; cuando fallaba el modo tradicional se acudía a la disuasión que podrían ejercer los misioneros cristianos en algunas regiones, pese a la aversión de la corte por ellos. En última instancia se pedía auxilio a las armas alemanas, que siempre sustentaban las ambiciones de los tutsi de tierras, clientes, impuestos o lo que quisieran conseguir. El saqueo y el pillaje solían ser frecuentes en dichas incursiones tutsi apoyadas en los alemanes, lo mismo que diversas demostraciones de fuerza para desalentar rebeliones. Un claro ejemplo de esto puede verse con las revueltas en Gisaka en 1901 y 1902.

⁴¹ También existían en Ruanda regiones donde los tutsi locales habían extendido su poder, con o sin el reconocimiento de la corona, y mantenían una puja con la corte quien pretendía tenerlos bajo un control más férreo; de allí algunas persecuciones contra ellos.

Ahora bien, en tanto había regiones completas que desafiaban el poder de Musinga, fueron frecuentes que estas regiones desafiaran su poder siguiendo a determinados líderes. En este sentido, la corte tutsi hizo frente a levantamientos de distinta índole que buscaban liberarse de la corte Nyiginia. Ya en 1896-97, en las regiones de Gisaka y Nodrwa se registraban movimientos anti corte y anti tutsi, tal como también había sucedido durante el corto reinado de Rotalindwa e inclusive de su padre. Ambas regiones continuaron levantándose periódicamente contra la corte y sus intentos clientelísticos.

Poco después de la firma del protectorado, Kanjogera y sus hermanos enfrentaron una revolución en el sur del país encabezada por Mughigirwa, hijo de Rwabugiri y por tanto hermano del *mwami* que reclamó el trono para su propio hijo. Viéndose superado por las tropas reales se quitó la vida. La represión del *mwami* alcanzó también a dos príncipes hijos de Rwabugiri aunque no estuvieran vinculados con el levantamiento.

En poco tiempo estallaron dos rebeliones en el norte de Ruanda, una región predominantemente hutu recientemente anexada. Dos líderes Mutwewingabo y Sebakara sostuvieron el derecho al trono de Biregeya, hijo de Muserakande, otra de las esposas de Rwabugiri. Para su causa consiguieron el apoyo de los bateke, un importante linaje local considerado hutu por los tutsi, pero que aún no tenía con ellos lazos de vasallaje. Entre los líderes y los bateke había, sin embargo, diferencias: los líderes buscaban el cambio de *mwami*, por otro más benevolente, en cambio los bateke querían que la corte dejara su región y librarse de su influencia (Des Forges, 2011, pp.19-23). Al margen, el movimiento se expandió pronto por toda la región norte del país, con un claro sesgo anti tutsi. Luego de dos años, la rebelión logró ser reprimida y toda la región fue assolada por pillajes y saqueos por parte de las tropas reales como forma de escarmiento⁴². El aplaca-

⁴² Aparentemente Muserekande y Biregeya murieron ahogados para evitar ser

miento solo fue temporal, puesto que estos movimientos resurgirían con más fuerza unos años más tarde.

En 1905, un twa llamado Basebya se levantó contra el *mwami* en la región norte casi en la frontera con Uganda. Varias expediciones enviadas por la corte contra él fracasaron estrepitosamente al igual que la incursión enviada por Alemania a requisitoria del rey.

En 1909, otra rebelión levantó nuevamente todo el norte del país. Comenzó por la instigación de Muhumusa —«aquella que termina con la tiranía»— quien para muchos no es otra sino la misma Muserekande. Muhumusa había adherido al culto de Nyabingi, deidad asociada a la fertilidad, cuyo culto se transformó hacia finales de la primera década del siglo en un símbolo de la resistencia al reino Nyiginya.⁴³ Con la ayuda alemana, Muhumusa fue detenida y quedó en custodia en Kigali para ser luego trasladada a Bukova. Al tiempo, escapó del lugar y se refugió nuevamente en el norte del país.

La participación alemana en esta sublevación estaba directamente relacionada con los avances belgas desde el Congo y con las disputas limítrofes con los británicos. Entendiendo que cualquier acuerdo con los países europeos respetaría las fronteras de los reinos constituidos, Alemania necesitaba que el norte de Ruanda quedara bajo la autoridad de Musinga, como una garantía para la reclamar la soberanía. Si quedaba independiente, otro estado europeo podría reclamarle la tutela. De hecho, Gran Bretaña, Alemania y Bélgica firmaron un acuerdo en 1910 para fijar las fronteras definitivas de África Central. A partir de la Comisión Inter-

capturados por las tropas reales, aunque otros relatos indican que lograron escapar a la región de Nkkore. De todas formas, todos estos personajes están envueltos en las tramas diversas de los relatos orales. No se duda de la existencia de Muserekande, pues hay indicios históricos sobre su existencia y el haber desposado a Rwabugiri, pero sí se duda de la existencia de su hijo o que éste estuviera vivo a la muerte de Rwabugiri (Des forges, 2011, p.20, 22).

⁴³ Tal como señalábamos en el capítulo anterior, el reino profesaba el culto a Ryangombe.

nacional de Delimitación de fronteras, parte de las conquistas de Rwabigiri pasaron a Bélgica –la isla de Ijwi y el borde norte del lago Kivu– y a Gran Bretaña –la parte norte de Ndorwa. Estos tratados legitimaron los avances que belgas y británicos habían hecho a partir de sus territorios en el Congo y en Uganda. De esta forma, mediante acuerdos entre los europeos, quedaron delimitadas las fronteras actuales del territorio ruandés.

Desde la corte, por supuesto, las sublevaciones y la cuestión de las fronteras se veían de manera diferente. Como ya hemos dicho, la intención era consolidar su poder en todo el territorio y extender el impuesto real. Pero necesitando de los alemanes para sofocar las desobediencias, la corte no tuvo más opción que aceptar las cesiones alemanas a sus pares europeos.

Precisamente, cuando la Comisión de Delimitación estaba trabajando en el lugar, una nueva rebelión estalló en el norte uniendo a los seguidores de Muhumusa con las fuerzas del twa Basebya a las que se sumaron las de un antiguo disidente llamado Ndungutse. Esta rebelión tuvo como víctimas a todos aquellos que habían colaborado con los europeos, obligando a muchos a buscar refugio en territorio británico. Alemanes y británicos respondieron al levantamiento lanzando un ataque que volvió a capturar a Muhumusa, la deportó a territorio británico, pero no pudo terminar con la sublevación⁴⁴. La profetisa hasta se las ingenió para enviar mensajeros a Basebya informándole de los ataques previstos contra él por los europeos (Des Forges, 2011, p.120). La fama de Muhumusa, expandió su movimiento y popularidad por el norte de norte de Ruanda, dando lugar a múltiples rumores sobre sus poderes, sus ambiciones y su destino⁴⁵.

⁴⁴ Los seguidores de Muhumusa tenían motivaciones diferentes, muchos apostaban al ascenso de su hijo para terminar con la explotación del poder central, y se oponían tanto al pago del ikore, como al sistema de sometimiento a los tutsi.

⁴⁵ Muhumusa vivió exiliada en la Uganda británica hasta 1945; recibió hasta su muerte frecuentes visitas de ruandeses y ugandeses que la consultaban sobre diversos temas. Era considerada una autoridad y encarnaba para muchos de sus seguidores la lucha contra el imperialismo europeo.

La rebelión entró en una nueva fase con la prédica de Ndungutse, quien para algunos era uno de los hijos de Rwabugiri, para otros el heredero de Rutalingwa; otros veían en él la posibilidad de terminar con el régimen de explotación de los tutsi, otros esperaban que con él hubiera un cambio de *mwami*. Extremadamente popular, levantó toda la región norte del país en contra de Musinga y la corte, haciendo incursiones que tenían como víctimas a los tutsi de los clanes bega y batsobe obligándolos a huir y extendiendo su autoridad en estas regiones. Frente al peligro que esto significaba para el *mwami*, los alemanes reaccionaron con una expedición encabezada por el mismo Residente; se enfrentaron a Ndungutse y según algunas versiones lo eliminaron; según otras, se escapó a los territorios británicos. Poco después, con una artimaña engañosa, fue emboscado y ejecutado Basebya en el mismo lugar donde fue encontrado.

Entre 1909 y 1912, la autoridad de la corona había sido puesta en jaque por disidentes que reclamaban el trono, pero también ponían de manifiesto reclamos vinculados a la situación de los hutu. Las represalias a los pueblos que participaron de los levantamientos fueron terribles: la orden fue castigar a los jefes y a los pueblos infringiéndoles el mayor daño posible para lograr la completa sumisión; a ello se agregó la destrucción de cultivos y de asentamientos y la ocupación por jefes locales elegidos por el propio residente cuando la sumisión no fue alcanzada. Cabe destacar que los tutsi concurrían con los alemanes señalando que regiones debían ser atacadas. Al respecto, señala una crónica de los misioneros, cómo las masacres tutsi continuaban sin piedad contra las poblaciones sublevadas y como las mujeres eran el botín de los grandes jefes (Des Forges, 2011, p.126). No sería la última vez que se sucederían los levantamientos, se repetirían con la llegada de los belgas. A esta inestabilidad constante en el norte, se sumaban las incursiones periódicas en el sur, desde Burundi, de pretendientes al trono u oportunistas que buscaban alguna cuota de poder local o nacional.

La unidad del reino fue alcanzada gracias a las armas alemanas y por la alianza entre la corte –y los tutsi– con los europeos más allá de los distintos intereses y la desconfianza mutua. Unos querían el poder para Musinga y otros necesitaban que lo tuviera.

Los misioneros cristianos

Los misioneros cristianos son otro ejemplo de la presencia de Europa en África. Desde antes del reparto de Berlín, decenas de misiones religiosas se habían instalado en el continente africano pertenecientes al credo católico y a las diferentes iglesias protestantes. Algunas contaban con apoyo de sus gobiernos y otras se instalaron por propia iniciativa. Inclusive, algunas de ellas fueron utilizadas durante las conferencias de Berlín, como muestra de ocupación efectiva para efectuar el reclamo territorial en el marco del reparto.

En Ruanda, los primeros misioneros que solicitaron instalarse fueron los Padres Blancos (*les Pères Blancs*), permiso que obtuvieron en 1900, dos años después de haberse instalado en Burundi. Al igual que sucedió frecuentemente a lo largo de la historia del cristianismo, un dilema moral se les planteaba a muchos de los misioneros en Ruanda en torno a cómo reaccionar frente a las situaciones políticas y sociales con las que se enfrentaban. Estaban aquellos que creían que la expansión del cristianismo tendría más éxito a partir de una alianza con el estado y aquellos que sostenían que era necesario respaldar a los pobres y marginados (Longman, 2010, p.33). Más allá de este dilema, el fundador de la orden de los Padres Blancos, el Cardenal Charles Lavigerie, había sido claro en el camino que habrían de tomar las misiones de su orden: consideraba que la conversión de los paganos tendría más éxito si se centraba en la conversión de los líderes políticos (Longman, 2010, p.39).

Les Peres Blancs fueron autorizados por la corte a instalarse en Save, una región alejada de donde se encontraba la corte; posteriormente autorizaron otra misión en Zaza en la región de Gisaka y unos años más tarde dos más en el norte del país⁴⁶. Al igual que en sus relaciones con los alemanes, la corte no fue pasiva frente a los misioneros. Los miraba con recelo y desconfianza, muchas veces dilataba sus pedidos y boicoteaba sus iniciativas, tal como ocurrió con la fundación de escuelas⁴⁷. Aun así, el *mwami* o la corte recurrieron a ellos cuando los necesitaban o les era conveniente políticamente, tal como fue el caso de algunas sublevaciones.

Es importante consignar que cada vez que se autorizaba una misión se les otorgaba tierra y de una u otra forma se les garantizaba cierta supervivencia, al menos para comenzar su trabajo. Esto significaba lisa y llanamente que parte de la población local hutu tendría obligaciones para con ellos: estaban obligados a proveer madera, alimentos diversos e inclusive horas de trabajo.

La presencia de la misión no significó solamente evangelización: también fue sinónimo de cuidados médicos, educación y un lugar de influencia donde tanto la corte como los hutu y los

⁴⁶ No es casual que autorizaran misiones en territorios que desafiaban al monarca como eran el norte del país o la región de Gisaka. Las autoridades de los Padres Blancos pidieron a los misioneros que frente a cualquier conflicto que pudiera presentarse siempre estuvieran del lado del *mwami*, de quien dependía su presencia en el territorio. Musinga estratégicamente autorizaba las misiones en aquellos territorios recientemente incorporados a Ruanda donde la autoridad real era frágil: Nyundo en el noreste, Rwaza en el norte, Zaza en la región de Gisaka, y Mibilizi en Bukunzi (Longman, 2010, p.40)

⁴⁷ A este respecto, por ejemplo, el recelo de la corte hizo que solo les permitiera educar a los hutu; luego, cuando se les pidió poder extenderlo a los tutsi, la corte aconsejó a los tutsi que enviaran solamente a sus hijos bastardos. Finalmente, en 1906 más de cincuenta jóvenes tutsi comenzaron a estudiar junto con el *mwami*; al año siguiente solo continuaban tres. Musinga continuó muchos años estudiando suajili junto con un misionero. La escuela fundada en Nyanza fue destruida por un grupo de jóvenes tutsi en 1910, pero al año siguiente funcionaba nuevamente con otros cincuenta tutsis (Longman, 2010, p.42).

tutsi podían buscar apoyo. En términos generales, los misioneros trataron de no inmiscuirse en cuestiones políticas, aunque esto fue manejado con cautela según las necesidades del momento. Más de una vez se intercedió ante la corte o ante los alemanes para evitar ejecuciones o asesinatos a los que la corte era tan afectada; otras veces se intercedió por ciertos reclamos hutu, otras veces se denunciaron algunos abusos y arbitrariedades, otras se apoyaron ciertos movimientos en contra de la corte. De una u otra forma, los tutsi más influyentes y los hutu los iban a buscar para inclinarlos a favor de sus causas. Por supuesto, en esta búsqueda no estaban en igualdad de condiciones. La corte y los tutsi los colmaban de presentes, –lo cual muchas veces significaba ganado y diversos bienes– en tanto que los hutu solo tenían su voluntad y sus deseos de ser ayudados. Los alemanes también recurrieron a ellos cuando fue necesario. Por su parte, los misioneros manejaban la relación con la corte y los europeos muy cuidadosamente calculando meticulosamente hasta dónde era conveniente oponerse a ellos y hasta donde no⁴⁸. A diferencia de lo que sucederá con la colonización belga, la búsqueda de conversión y alianza con los líderes políticos no se ve tan claramente durante la administración alemana.

Los hutu y los tutsi durante la ocupación alemana

Con el advenimiento de los alemanes, las divisiones entre los hutu y los tutsi ya estaban claramente instaladas en la sociedad ruanesa; aun así, las instituciones de sujeción personal no se exten-

⁴⁸ Con el correr del tiempo, los misioneros también se tomaron atribuciones que de una u otra forma implicaban actos de administración de las áreas a su cargo y tomaron determinaciones sin consultar a la corte. Estas acciones no pasaron inadvertidas para el *mwami*, quien, por ejemplo, tomó medidas punitivas como quemar la casa de un evangelizador, denegar permisos o presionar a la población para que no vaya a las misiones (Des Forges, 2011, p.46).

dían a todo el territorio. Muy perceptibles en el centro del país, éstas se iban diluyendo hacia la periferia del reino. De hecho, y tal como hemos consignado páginas atrás, las regiones del norte eran una muestra de cómo los hutu no solo no estaban sometidos a los tutsi, sino que desafiaban abiertamente el poder real.

Hacia el siglo XX, la *ubuhake* tenía varias formas de implementación, pero sustancialmente revestía dos modalidades: aquella cuyo vínculo se cerraba mediante la entrega de una vaca del *shebuja* (patrón) al *umugararu* (cliente) y aquella que no implicaba entrega alguna de ganado. Con la forma, el cliente se beneficiaba con la reproducción de este ganado, y podía al menos en un escenario ideal, mejorar su situación económica. Luego que el ganado obsequiado daba a luz tres veces, el cliente debía entregarle a su patrón una ternera. Las ventajas de este «trato» consistían en el usufructo de la vaca otorgada, la posibilidad de hacer pastar su ganado –si éste se reproduciera– en las tierras del señor y la protección dispensada por el *shebuja*. A cambio, tenía que visitar regularmente a su señor y servirlo en forma personal. Las obligaciones y tareas eran diversas; fueron cambiando con el tiempo y variaban de cliente a cliente. Podía consistir desde tomar el lugar del patrón cuándo este tuviera que sufrir castigos corporales hasta realizar tareas domésticas. Los más favorecidos, le llevaban el tabaco y le cargaban la pipa durante sus visitas. Esta forma de clientelismo no estaba muy extendida⁴⁹ entre la población ruandesa y, además, sus clientes eran mayoritariamente tutsis pobres y no hutus. En la segunda forma de *ubukake*, las relaciones entre el señor y el cliente eran muy parecidas, pero no implicaba entrega de ganado. En este tipo de vinculación, los patrones eran principalmente los jefes de tierras. Entre los beneficios estaba la protección y la posibilidad de cultivar las tierras del señor; el tener este

⁴⁹ Catherine Newbury (1988) menciona un estudio realizado en la prefectura de Butare donde solo el 17 por ciento de la población adulta estaba sujeta a esta forma de clientelismo. Algo similar podía sostenerse en la región de Kinyaga y en todo el sur de Ruanda.

tipo de relación los colocaba en un *status* superior que los simples agricultores sobre todo porque los libraba de las exacciones y abusos de los *shebuja*. Ambas formas de sujeción crecieron exponencialmente durante la colonización, siendo su extensión mucho más limitada en tiempos precoloniales (Newbury, 1988, pp.134-136). La protección parece haber sido una de las causas más importantes de la extensión de la *ubuhake* tanto por el temor a los europeos como por las exacciones y abusos por parte de los tutsi. Muchos de ellos, también utilizaban la coerción para obligar a hutus libres a entrar en el sistema de protección.

Tal como hemos señalado, el sistema indirecto y el apoyo que la colonización alemana le diera a la monarquía y a los tutsi no solo no supuso ningún límite a los abusos de estas instituciones, sino que se promovió su extensión.

La Primera Guerra Mundial: el principio del fin de la administración alemana

El estallido de la guerra en 1914 significó un mal presagio para las colonias africanas. Las alianzas y rivalidades del continente europeo pronto se trasladarían a África con lo cual la guerra se replicaría a nivel continental. En África Central, los tratados entre europeos habían transformado en limítrofes a Alemania, Gran Bretaña y Bélgica por lo que fue allí uno de los escenarios donde se dieron contiendas entre ellos.

Para Ruanda, la guerra significó recibir pedidos crecientes de ganado e insumos varios a la vez que la obligación de proveer porteadores, servicios que los alemanes pagaron directamente a la corte; ni a los tutsi ni mucho menos a los hutu que se desempeñaron como tales. Como consecuencia, tanto la corte como los tutsi incrementaron sus ingresos y tuvieron la excusa justa para exigir a los hutu tres días de *uburetwa* y no dos como era hasta entonces. Por otra parte, en varias regiones donde solo se pagaba el impuesto a la corte, se aprovechó para extender las institucio-

nes de servidumbre. Los alemanes también pidieron a los tutsi que enviaran a sus hijos a formar parte de las filas alemanas.

La guerra hizo que los alemanes prestaran menos atención a las cuestiones internas de Ruanda ya que su principal interés pasaba por evitar las incursiones británicas y belgas. La situación permitió que Musinga pudiera ejecutar a quien quisiera sin tener que requerir el permiso de los alemanes, práctica que volvió a utilizar a discreción, aunque nunca en los niveles de Kanjogera y sus hermanos. A su vez, los tutsi pudieron pedir ayuda a los alemanes para hacer expediciones contra los bakiga en el norte del país con cualquier pretexto sin que los europeos pudieran investigar cuáles eran las verdaderas razones de ello (Des Forges, 2011, pp.131-136). Todo ello redundó en niveles más altos de explotación y discrecionalidad.

Los alemanes apoyados por batallones indígenas hicieron incursiones y pillaje en territorio congolés infringiéndoles serias pérdidas a los belgas. Éstos respondieron con una campaña de ocupación de Ruanda que culminó con la toma de Kigali en mayo de 1916 y la huida de los alemanes a Burundi.

El cambio de administración resultó traumático para la corte y para los tutsi. Basados en su arrogancia y en un profundo desconocimiento del escenario ruandés, los belgas estaban convencidos que debían implementar una política dura basada en la fuerza para asegurarse la obediencia. Así, humillaron públicamente a los tutsi quitándoles bienes, enviándoles a la cárcel, sometiendo a castigos públicos, quitándoles sus ropas, haciéndoles cultivar las tierras y levantar la basura de otros reclusos (Des Forges, 2011, p.135). Vacieron de contenido la monarquía haciéndole saber a Musinga que gobernarían directamente sin considerar su opinión y hasta lo encarcelaron por considerar que tramaba un levantamiento en contra de los europeos.

En el norte del país, la ocupación belga tuvo el efecto de reavivar las rebeliones en contra de la corte y los tutsi. Los bakiga ayudaron a los belgas señalándoles qué tutsis habían colaborado

con los alemanes en las incursiones que éstos habían hecho contra ellos durante la guerra a fin de lograr su persecución; en realidad, les señalaban a aquellos tutsi que los habían explotado independientemente de que hubieran colaborado con los alemanes o no. Muchos tustis huyeron con su ganado; pero varios rebaños quedaron allí y fueron confiscado por los belgas o repartido entre los hutu (Des Forges, 2011, p.136).

Los hutu de diversas regiones aprovecharon la ocasión para mostrar a los belgas el régimen de explotación implementado por los tutsi. Los europeos recibieron los reclamos y hasta elaboraron una legislación protectora que nunca pudo ponerse en práctica por las manipulaciones y manejos de los tutsi en su implementación. Pero en realidad, no se involucraron en la situación ni les interesó la suerte de los hutu. Más aun, en la práctica, en diversas regiones los cargaron con más obligaciones para satisfacer las demandas de la ocupación. Los padecimientos de los hutu se vieron agravados a su vez por la hambruna y las consecuentes epidemias que azotaron nuevamente a casi todo el reino.⁵⁰

Cuando la administración cayó en la cuenta de que el desmoronamiento de la monarquía podía llevar a revueltas o a la anarquía, cambiaron de política drásticamente, volviendo su favor hacia los tutsi y la corona. El cambio de actitud y los padecimientos que había sufrido, decidieron a Musinga a colaborar con el nuevo administrador De Clerk en vistas de recuperar su capacidad de decisión sobre su territorio. Esta muestra de buena voluntad le valió que los belgas le aceptaran un decreto que aceptaba la libertad religiosa estipulando que ésta no podía ser forzosa, ni los misioneros entrometerse en política (Des Forges, 2011, pp.145-156).

El cambio de actitud de Musinga formaba parte del mismo juego que había hecho con los alemanes. Más allá de muchas

⁵⁰ La situación mejoró cuando los belgas comenzaron a colocar la vacuna contra la viruela bovina. Musinga fue uno de los primeros en aplicársela.

cuestiones meramente superficiales, cuando le fueron impuestas decisiones que cambiaban las tradiciones ruandesas o minaban la estructura político-social del reino, buscó contrapesos para evitar los cambios que estas medidas pudieran suponer y consecuentemente evitar el menoscabo de poder que estas medidas significarían. Con el cambio de actitud, recuperó la confianza de los europeos y con ella el control sobre los hutu y los tutsi. Siguiendo la conducta habitual de la corte, se deshizo de aquellos tutsi que habían perdido su confianza, encumbró a sus favoritos y logró que se mantuviera el sistema de servidumbre. Incluso, consiguió terminar con la autonomía y en algunos casos la independencia de los territorios del norte con la ayuda de los belgas⁵¹.

Con la llegada de los europeos, la monarquía hubo de aceptar un nivel de decisión superior al suyo, pero no fue pasiva ante los cambios que se impusieron desde afuera. Se amoldó a ellos y mantuvo sus objetivos y su forma de hacer política. Más aun, usó a los alemanes para conseguir la unidad del reino, el control de las regiones que buscaban escapar de la conquista ruandesa, y la extensión del pago del impuesto real y las instituciones de servidumbre. En suma, los alemanes hicieron que la monarquía consolidara su poder, más allá de la pérdida de la soberanía. El fortalecimiento del *mwami* era para ellos una garantía de orden y control del territorio que les permitía evitar las incursiones belgas y británicas, que era, en la práctica, el único el objetivo de su presencia en Ruanda: no ceder territorio frente a sus enemigos europeos.

⁵¹ La región de Mulera continuó bajo el poder de los linajes bakiga quienes resistieron a la dominación de los tutsi y de los belgas. Finalmente, los notables tutsi se impusieron a ellos con el apoyo belga a finales de 1918, sacando ventaja de las divisiones internas entre los linajes y la falta de un liderazgo que pudiera encausar la rebelión.

Algo similar sucedió en el sudoeste en las regiones de Busozo y Bukunzi. En Bushiru los salvo el accionar del Padre Prior, que empuñó las armas y defendió a los hutu haciendo huir a los notables tutsi.

Para los que se resistían a la dominación tanto de la monarquía –por el pago del impuesto real y el sometimiento a la autoridad del *mwami*– como de los tutsi –por la extensión de la *ubuhake* y la *uburetwa*– fueron tiempos de levantamientos y de derrota frente a las armas europeas. Como consecuencia, se incrementó el número de aquellos que cayeron en la condición de hutus y se consolidó la posición de los tutsi más poderosos. Paralelamente, se fijaron los límites actuales del territorio ruandés, tanto por los acuerdos entre los europeos como por el sometimiento de las rebeliones internas que buscaban la independencia.

De a poco, se iba haciendo sentir la influencia de los misioneros más sobre la población hutu que sobre los tutsi quienes recelaban de ellos. Inclusive algunos hutu terminaron vinculados a los Padres Blancos como clientes, pero muchos de ellos los juzgaban mejores *shebuja* que los tutsi.

La llegada de los belgas significó un duro golpe para Musinga en tanto la entente con los alemanes se había acomodado a sus intereses; esta alianza le costó la mano dura de los nuevos administradores durante el primer año de la ocupación. El cambio de actitud de los belgas hacia él y la corte sería solo solo temporal, y la poca injerencia de los misioneros y las victorias que la monarquía tuviera sobre ellos, también.

Capítulo III

La administración belga

La Paz de Versalles dividió las colonias de los estados vencidos en la I Guerra Mundial, en mandatos de tipo A, B y C. Los mandatos de tipo A –en general las colonias del Medio Oriente y posesiones del imperio otomano– serían divididas entre Francia y el Reino Unido, cuya administración sería solo temporal debiendo ésta tender hacia la independencia de los territorios. Las colonias de tipo B –cinco de las seis colonias alemanas en África– serían divididas entre estados europeos sin ninguna recomendación respecto de su emancipación. Las colonias de tipo C, serían entregadas a estados no europeos⁵².

El artículo 119 del tratado de Versalles estipulaba la renuncia de Alemania a todas sus colonias en favor de las potencias aliadas y sus estados asociados. Bélgica no estaba entre ellos, de modo que la posesión de Ruanda y Urundi se decidió por el tratado Orts-Millner de 1919, firmado entre Bélgica y el Reino Unido.⁵³ Este acuerdo, reconoció la administración belga de ambos territorios, pero atentó contra la integridad territorial de Ruanda al otorgar al Reino Unido la región de Gisaka en el su-

⁵² Es el caso de África Sudoccidental alemana –hoy Namibia– que fue entregada a Sudáfrica.

⁵³ El tratado se completó en 1921 con una Convención que otorgaba a Bélgica la libertad de tránsito para personas, correos y mercancías provenientes de las colonias belgas a través del África Oriental Británica, tarifas favorables para el uso de ferrocarriles y líneas de navegación que unían las posesiones belgas con el Océano Índico y derechos de amarre a perpetuidad en los puertos de Dar es Salam y Kigoma con una tarifa de un franco anual (Reyntjens, 2004, p.68).

deste del país.⁵⁴ De esta forma, el acuerdo privaba al *mwami* de una de las regiones tomadas por Rwabugiri, que Musinga había defendido con tanto empeño y que, además, era rica en ganado y pasturas. El disgusto del monarca y la presión de los belgas llevó a una renegociación del tratado en el marco de la Sociedad de las Naciones; finalmente, Gisaka fue restituida a Ruanda en 1922 a partir de las gestiones de Monseñor Classe, obispo de Ruanda y director de los Padres Blancos⁵⁵.

El mandato de la Sociedad de las Naciones otorgaba a la potencia administradora plenos poderes ejecutivos y judiciales sobre sus colonias y la autorizaba a utilizar su propia legislación para administrar el territorio. El mandato también hacía responsable a Bélgica de acrecentar el bienestar material y moral de sus habitantes, de favorecer el progreso social, de asegurar la paz, la libertad de comercio y la libertad de cultos (Conseil de la Societé de Nations, 1923, arts. 3 al 8)⁵⁶. Recién en 1925, los belgas elaboraron una legislación colonial para la administración de Ruanda-Urundi que entró en vigor al año siguiente; es decir, por casi 10 años, Bélgica se manejó de facto; más aún, actuó como una fuerza de ocupación hasta 1919 cuando un residente civil se hizo cargo de los territorios. La legislación belga consideró conjuntamente a Ruanda-Urundi, y los unió a la administración del Congo. Un gobernador general con residencia en Leopoldville sería la máxima autoridad en las colonias belgas, mientras que un Vicegobernador general o Residente, con sede en Usumbura, Urundi, sería el encargado de la administración conjunta de Ruanda-Urundi.

⁵⁴ El Reino Unido necesitaba la región para la construcción del ferrocarril El Cairo-El Cabo.

⁵⁵ El mandato de los belgas sobre el territorio Rwanda-Urundi fue ratificado por el Consejo de la Sociedad de las Naciones en 1923 e incorporado a la legislación belga en 1924.

⁵⁶ A su vez, Bélgica debía elevar a la Sociedad de las Naciones un informe anual sobre la administración de sus colonias.

A mediados de 1920, en una carta confidencial, el ministro de Colonias de Bélgica definía claramente cuál debía ser el carácter de la administración belga:

Practicaremos en Ruanda-Urundi una política de protectorado colonial. Esta política tiene por base el mantenimiento de las instituciones indígenas. Ella hace del europeo el guía y el educador. Excluye la administración directa. Es perfectamente realizable en países cuya organización es antigua y afianzada, y cuya clase dirigente demuestra talentos políticos evidentes. Pero este método no se limita a respetar las instituciones indígenas y a utilizarlas. Tiende además a desarrollarlas sobre su propia esencia para adaptarlas gradualmente a las necesidades de la colonización y al progreso económico del país. [...]

Nuestra administración mantendrá la autoridad real y la reforzará conforme a la costumbre, allí donde se encontrare más debilitada. Pero ella [la administración], por una parte, velará que esa autoridad tenga necesidad de nuestra ayuda, por otra, que no se reduzca mucho ni se aniquile el rol de los grandes feudales. El criterio será no exponernos a deber administrar directamente el país ni volver al rey demasiado poderoso e inclinado a contrarrestar nuestra acción y mantener los abusos. Tendremos, entre estos dos elementos, un balance racional, de manera tal que unos y otros necesiten de nosotros y aprecien el valor de nuestra acción.

Al lado de nuestras obligaciones de política general, tenemos obligaciones hacia los bahutu. Debemos protegerlos contra los actos arbitrarios de los que son frecuentemente víctimas, y asegurarles la paz, la seguridad de sus bienes y su trabajo, y la justicia. Pero no iremos más lejos: no se trata, bajo pretexto de la igualdad, de tocar las bases de la institución política; encontramos a los batutsi establecidos desde antigua data, inteligentes y capaces; respetaremos esa situación (Frank, 1920, cit. por Reyntjens, 2004, p.77)

El memorándum deja en claro la intención intervencionista de los belgas y el sesgo paternalista y civilizatorio europeo que tiene la misión de enseñar a los africanos cómo alcanzar el progre-

so y el desarrollo. El texto revela, a su vez, cómo los belgas ya habían percibido claramente las tensiones entre los hutu y los tutsi en 1920. Y también demuestra de qué lado iba a colocarse la administración. La admiración demostrada hacia los tutsi llevaría el favor de los belgas hacia ellos, institucionalizando esos clivajes sociales, reforzándolos, profundizando las diferencias.

Tal como se deduce del memorándum, los belgas fueron mucho más allá de una administración indirecta. Vale la pena recordar que hacia 1920, los dominios del *mwami* tenían una administración que estaba lejos de ser uniforme: convivían distintos sistemas administrativos, había superposición de funciones en jefes diversos y las divisiones territoriales entre ellos estaban lejos de ser claras. Más allá de los progresos que la monarquía había realizado gracias a los alemanes, aun convivían en el territorio algunas poblaciones que no estaban sometidas a la *ubuhake* y a la *uburetwa*, y que aún poseían sus propios reyes que eran tributarios del *mwami*, pero donde el poder tutsi no tenía cabida.

En este complejo sistema, había administradores locales muchas veces autoimpuestos en forma coercitiva, sin más ley que el favor del monarca o el peso del linaje, con funciones más cercanas a su voluntad que a una práctica gubernativa, y sin una clara delimitación territorial, lo cual conspiraba contra una administración centralizada y racional que además pudiera ser controlada por el poder colonial. De la misma forma, las prácticas de la monarquía de remover y otorgar cargos y favores tampoco se correspondían con una organización moderna y burocrática. A esto se sumaba, la multiplicidad de impuestos y obligaciones en manos de una diversidad de recaudadores de distinta índole, que también escapaban al control de los administradores europeos. Para ordenar este caos y racionalizar la administración, los belgas buscaron debilitar al *mwami* y apoyarse en los tutsi, aunque el Ministro de Colonias Frank en su memorándum, sostuviera que iba reforzarse y mantenerse la figura real.

Administrativamente, poco hicieron los belgas para incentivar el desarrollo económico. En todo el Congo belga, la colonización fue extractiva y donde esto no era posible —como en Ruanda— hubo ciertas iniciativas aisladas que no redundaron en el desarrollo de la región. Hacia la década del 30, tuvieron la intención de otorgar concesiones para que diversas empresas invirtieran en los yacimientos de estaño recientemente descubiertos en Ruanda y en la explotación del té. También estaban interesados en iniciativas que tendieran a la reducción del ganado dentro de la sociedad ruandesa, en vistas a su exportación.

Tanto Ruanda como Burundi pasaron por catastróficas hambrunas, a finales de la década del 10 y entre 1927-1928. La respuesta de los belgas frente a esto fue incentivar en forma obligatoria el cultivo de determinados productos agrícolas (batatas, sorgo, papas, etc.) en forma intensiva, la expropiación de los pantanos para hacerlos productivos, la promoción de la reforestación y la aplicación de medidas para evitar la erosión de los suelos. Se completó con construcción de caminos y vías de comunicación. Desde la narrativa se sostuvo que estas medidas contribuirían a evitar futuras hambrunas mediante una mejor y mayor explotación del suelo que proveyera lo necesario para evitarlas. En la práctica, este sistema compulsivo de cuotas agrícolas y diversos trabajos en los suelos se transformó en una forma de poseer materias primas y alimentos a bajo costo que muchas veces servían para alimentar a los trabajadores de las minas de Katanga en el vecino Congo. Por otra parte, extendió la obligación de producción forzada de los hutu hacia los belgas extremando las condiciones de explotación. Estas condiciones se agravaron a partir de 1937 sobre todo con las presiones para el cultivo del café para la exportación.

Del *mwami* a los tutsi

Luego del enfrentamiento de los belgas con Musinga y los tutsi durante el primer año de ocupación, las relaciones entre ellos se tornaron mucho más cordiales especialmente por el reconocimiento de la figura del *mwami* y su poder de decisión en determinadas cuestiones y la buena voluntad de Musinga para maniobrar con los belgas.

Al menos hasta 1922, el *mwami* pudo sortear con éxito algunas decisiones belgas e incluso revertir ciertas requisiciones que le molestaban especialmente. Así, evitó tener que dar cuenta de los nuevos nombramientos de administradores que efectuaba la corona, pudo impedir la vacunación obligatoria del ganado en el caso de la peste bovina de 1920⁵⁷ y hasta consiguió la remoción de un administrador belga en Kigali con quien se había enfrentado. Inclusive, los belgas habían tratado de imponerle el respeto a la propiedad privada —que el monarca no concebía pues su investidura le permitía disponer de los bienes y posesiones de sus aliados y enemigos sin ningún freno— y la ecuanimidad en los procesos judiciales. Nada de ello prosperó; solo consiguieron que el soberano no realizara más ejecuciones a su antojo. Asimismo, Musinga logró sostener su idea de la libertad religiosa para evitar la imposición del cristianismo. Sin embargo, a partir de 1923, empezó a ser cada vez más notorio que Musinga y las tradiciones vinculadas a la monarquía incomodaban cada vez más a los belgas.

En un proceso que se extendió durante toda la década del 20, los europeos escogieron el camino de apoyarse en los tutsi en

⁵⁷ Frente a la enfermedad, los belgas habían decidido la vacunación obligatoria del ganado con una vacuna que era tan fuerte que terminaba matándolo. Poco después el adjuntaron un suero para disminuir los efectos, pero con ello no evitaban la enfermedad. El *mwami* y los tutsi comenzaron a esconder el ganado en lugares desconocidos para evitar la vacunación. Finalmente, Musinga logró evitar la obligatoriedad de la vacunación (Des Forges, 2011, pp.171-172).

detrimiento tanto de la corona como de los hutu. El rol de los tutsi sería el de ser administradores modernos, funcionarios burocráticos encargados de instrumentar las medidas decididas por el colonizador. Para ello, se puso especial énfasis en su educación que incluía conocimientos y catecismo. En este respecto, los administradores belgas impulsaron la educación secular, mientras que los Padres Blancos sostenían la educación religiosa.

Como señalamos en el capítulo anterior, los intentos de educación y difusión del cristianismo había sido saboteados tanto por la corona como por los mismos tutsi.⁵⁸ Pero con el advenimiento de los belgas, muchos tutsi vieron en la educación y en la relación con los europeos la posibilidad de acceder a cargos importantes y posiciones de privilegio, por otra parte, era una posibilidad cierta para oponerse a Musinga y a la corte, especialmente si no eran favorecidos por ella. De esta forma, dentro de los tutsi surgieron los *inshongore*. Hasta algunas de las mujeres de Musinga formaron parte de este grupo y secretamente enviaban a los hijos del monarca a aprender el catecismo⁵⁹, pese a la firme oposición del *mwami*. Musinga conocía los planes de los *inshongore*, y veía sus progresos con los belgas; de hecho, se manejó con cautela, concediendo, premiando y reprimiendo, según las circunstancias, pero finalmente vio minado su poder (Des Forges, 2011, pp.184-187)

Pese a que Musinga trató de complacer a los belgas, éstos avanzaron de facto por sobre las atribuciones del *mwami*. Le quitaron la prerrogativa de designar a los encargados de recaudar los impuestos para con los europeos⁶⁰; en su lugar, le otorgaron esta

⁵⁸ Más aún, con los alemanes los beneficiarios fueron primeramente los hutu algunos de los cuales habían logrado ascender gracias a los conocimientos adquiridos y a su buena relación con los misioneros

⁵⁹ Una de ellas, Nyirakabuga inclusive logró cargos por parte de los europeos (Des Forges, 2011, p.187).

⁶⁰ El *mwami* distribuía estas cargas con criterios políticos castigando a sus enemigos con cargas mayores.

función a los tutsi que estaban a cargo de las diversas regiones. De lo recaudado, los belgas entregaban al *mwami* el 5% y permitían que los administradores tutsi se quedaran con otro 5%. (Des Forges, 2011, pp.193-194). Posteriormente, también se prohibió al *mwami* las requisitorias de bananas o ganado para necesidades reales. Finalmente, se le quitó la posibilidad de ejercer como última instancia judicial.

El paso siguiente en el debilitamiento real, fue desplazar a los *ntore* de la corte de Musinga. Estos jóvenes eran el séquito con quienes el soberano pasaba gran parte de su tiempo: se preparaban especialmente para agradarlo, eran de su más absoluta confianza, hablaban suajili y francés además de kinyarwanda, conocían todos los rituales de la monarquía y se encargaban de preparar las ceremonias reales. Los belgas decidieron su traslado a regiones alejadas de la capital... y alejadas del *mwami*.⁶¹

En 1925, los belgas asestaron otro golpe mortal a las tradiciones de la monarquía: apresaron secretamente al ritualista real, lo exiliaron en Burundi y acto seguido prohibieron la ceremonia de «los primeros frutos de la cosecha» —*umuganura*—, la más importante de la monarquía y la más esperada por el pueblo ruandés. En la decisión pesaron las intrigas palaciegas de los tutsi enemigos del ritualista, los rumores de conspiración de Musinga contra los belgas y la consideración de esos rituales como prácticas de hechicería. Al mismo tiempo, se prohibieron todos los rituales incluidos en el *ubiiru*, el código esotérico de la monarquía, que precisamente legitimaban la monarquía frente a su pueblo⁶² (Des Forges, 2011, pp.207-209). Precisamente deslegitimar a

⁶¹ «El día en que los puestos fueron asignados, la formación de *ntore* marchó junta por última vez hacia la residencia real para danzar y lanzar sus plegarias para el *mwami*. Cuando entonaron la canción del adiós, Musinga lloró abiertamente (Des Forges, 2011, p.194)

⁶² Se le continuaría permitiendo al *mwami* tener adivinos y consultar a los espíritus, pero no aquellos rituales que estuvieran vinculados a la legitimidad de la monarquía. (Des Forges, 2011, pp.208-209). Por otra parte, esto fue parte de una acción más amplia contra los rituales sociales locales de los territorios administra-

Musinga y desacralizar su investidura eran pasos necesarios para el control efectivo de la población ruandesa por el enorme ascendiente que las tradiciones de la monarquía tenían en el pueblo ruandés. Y, además, representaban una muestra de poder frente a quiénes se mostraban reticentes a la dominación.

Paralelamente al menoscabo del poder real, los belgas avanzaron en la reorganización administrativa. Se le quitó al *mwami* la prerrogativa de elegir y nombrar a los administradores de territorios con lo cual ya no podía colocar favoritos o castigar a súbditos desleales distribuyendo el poder y la riqueza. Dividieron las funciones del gobierno local en jefaturas y subjefaturas, y encargaron cada una de ellas a diversos jefes, todos tutsi y preferentemente a jóvenes educados por ellos. El resto de los cargos fueron eliminados. También redistribuyeron los dominios de cada jefe reorganizando la tierra en poder de cada uno; algunos dominios tutsi fueron mantenidos y otros rediseñados. Como consecuencia, la abrumadora mayoría de los cargos administrativos quedaron en manos de los tutsi.⁶³

Los belgas veían en la *igikingi* –aquellas tierras entregadas por la monarquía– como una de las formas territoriales que había que eliminar. Por ello, primero forzaron al *mwami* a no entregar más tierras bajo esta forma y luego forzaron a los beneficiarios de ellas a abandonarlas. Algunas fueron cedidas a los *shebujas*, otras fueron anexadas en dominios contiguos; todas quedaron en manos de los tutsi.

A lo largo de este proceso, los tutsi se acomodaron con los europeos y, quienes aún tenían lealtad al *mwami*, la abandonaron⁶⁴. Ya a mediados de 1920, los belgas expresaron sin rodeos su

dos por los belgas. En Burundi se suprimió en 1929 la ceremonia de *umuganuro* –análoga de la de Ruanda– y en 1930 se prohibió el culto a Ryangombe. (nota de Newbury al texto de Des Forges, 2011, p.208).

⁶³ Hacia el final de la colonización belga, 43 de las 45 jefaturas y 549 de 559 subjefaturas estaban en manos de los tutsi (Lemarchand, 1970, p.125).

⁶⁴ Aun así, hubo algunos pocos que siempre le fueron fieles y respetaron su autoridad hasta el final de sus días.

intención de destituir a Musinga⁶⁵. En esa ocasión, Mons. Classe desaconsejó su reemplazo pues sus hijos aun no tenían edad para asumir el trono, es decir, no podían controlar la sucesión. Unos años más tarde cambiaría de parecer.

Finalmente, la destitución se consumó en 1931. Todo fue cuidadosamente planificado. En su Informe Anual sobre las Misiones Africanas de 1930-1931, Classe escribió:

Desde el punto de vista político, la situación se está tornando más difícil. Nuestro sultán, retrocede más y más: anti europeo, anti católico, confía más y más en hechiceros, en el antiguo régimen, [está] muy convencido de que llegará la hora en la que será capaz de expulsar de su reino a todos los odiosos europeos que le impiden reinar a su antojo... [...] Su animosidad contra nosotros es tanta que la juventud tutsi está ávida de ser instruida [por nosotros] y recurre a nosotros en gran número. Esos jóvenes tutsi subsecuentemente rechazan servir los vergonzosos placeres reales, y, en este aspecto, nuestro Musinga no tiene nada que envidiar a Mtésa o a Mwanga de la antigua Uganda. Incluso sus hijos, sus hijas, han nacido para su placer. Su odio se ha acentuado el día en que su segundo hijo y su hermana, quienes secretamente estaban siendo instruidos por personas de su entorno, rechazaron prestarse ellos mismos a esos criminales placeres. ¡En un instante nos volvimos sus enemigos declarados! (Classe, cit por Longman, 2010, p.54)

Poco después de esta publicación, el ministro de Colonias aceptó la propuesta de destitución y la presentó en la comisión de mandatos de la Sociedad de las Naciones. Los belgas temían

⁶⁵ Una parte de la corte inclusive colaboró con el primer intento de destitución por parte de los belgas. Una de sus mujeres y tres de sus hijas acusaron a su padre de rechazar el cristianismo por los altos niveles de moralidad que esta creencia significaba. Sugirieron que Musinga tenía deseos incestuosos hacia ellas y marcaron sus prácticas homosexuales con sus amigos *ntore*. Otros sugirieron la intención de Musinga de envenenar a su hijo Rwigemera, el favorito de los belgas por su educación occidental. Todo esto condujo a una investigación que no arrojó resultados, pero le prohibieron ver a sus hijos sin estar acompañado (Des Forges, 2011, pp.218-220).

que quizás algunos nobles tutsi reaccionaran frente a la destitución, por lo que los más importantes de ellos fueron convocados a Kigali el 12 de noviembre de 1931, supuestamente para escuchar hablar al gobernador general sobre el nuevo plan económico. Paralelamente, en Nyanza, el gobernador le informaba a Musinga de su destitución y se le otorgaban 48 horas para partir hacia la posta de Kamembe en el Lago Kivu, que sería desde ese momento, su residencia⁶⁶. Musinga fue reemplazado por Rudahigwa, que asumió con el nombre de Mutara, elegido por Classe. Los belgas advirtieron severamente tanto a los administradores como al pueblo en general que cualquier manifestación en contra del nuevo *mwami* sería severamente reprimida. Mutara Rudahigwa, siempre se había mostrado cerca de su padre por oposición a su hermano Rwigemera, que había complotado varias veces contra él. Ambos habían recibido educación europea (Des Forges, 2011, pp.237-239).

Musinga nunca abandonó sus deseos de volver al poder; desde su nueva residencia desparramó toda clase de rumores que preocuparon mucho a los belgas. Algunos de ellos, señalaban que complotaba con los británicos de Uganda para entregarles Ruanda; otros que complotaba con los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial a fin de recuperar el trono⁶⁷. Murió en 1943 sin

⁶⁶ Lo acompañaron Kanjogera, siete de sus mujeres, sus hijos, sirvientes y clientes que le eran fieles. Viajó como siempre en su hamaca portada por sirvientes rodeado de los twa reales (Des Forges, 2001, p.238.).

⁶⁷ Pese al aislamiento de Musinga, los belgas lo vigilaban constantemente para evitar cualquier movimiento o intriga del *mwami*. Estaban atentos a todos los rumores que circulaban. Por ejemplo, un tutsi notable había tratado de arreglar el matrimonio de una de sus hijas con el Musinga; los informes belgas señalaban que los adivinos habían vaticinado que esa unión garantizaría la vuelta del soberano a Nyanza. Otros informes señalaban las conspiraciones con los británicos a partir de una emisaria mujer casada con un ugandés, a quien preventivamente se le prohibió el ingreso al país. Finalmente, todos los tutsi y los twa que acompañaban a Musinga fueron expulsados de Kamembe (Newbury, epílogo al texto de Des Forges, 2011, p.243). Los belgas quisieron sacar al *mwami* de Rwanda-Urundi, pero la oposición y los ruegos de Mutara Rudahigwa lo impidieron.

lograr concretar sus ambiciones. Mutara Rudahigwa, fue entronizado sin los rituales tradicionales del código esotérico de la monarquía y fue conocido como el «*mwami* de los blancos».



Bautismo de Mutara III Rudahigwa. 1943.

Fuente: <https://francegenocidetutsi.org/RudahigwaBapteme.jpg>



Mutara III Rudahigwa. Viaje a Bélgica. Abril 1949.

Fuente: <https://francegenocidetutsi.org/MutaraBelgiqueAvril1949.html.en>



Mutara III Rudahigwa. Viaje a Bélgica.

Visita a la Universidad de Anvers. Mayo 1949.

Fuente: <https://francegenocidetutsi.org/utaraBelgiqueAvril1949.html.en>

Los hutu y los tutsi bajo los belgas

La reforma administrativa dividió el territorio en jefaturas y sub-jefaturas, y concentró en los tutsi éstos y todos los cargos. Como burócratas modernos debían ahora transmitir las ordenes de los europeos a los hutu, recolectar los impuestos, realizar censos, inscribir nacimientos y defunciones, hacer relevamientos de cultivos y de suelos para evitar su erosión, mantener rutas y caminos e implementar medidas sanitarias como la vacunación. También

integraban los tribunales de su propia jurisdicción o podían ser llamados para integrar los de otra. Por su trabajo percibían un salario que rondaba los 1000 francos anuales que podían incrementarse en un 15 o 20 % si el administrador superaba el número de 3000 personas, que eran las que generalmente abonaban impuestos dentro de cada jurisdicción (Lemarchand, 1970, pp. 120-121)⁶⁸.

Cuando se crearon las nuevas jurisdicciones, había algunas donde aún había linajes hutu o donde no estaba claro quién gobernaba; en ellas, los nuevos administradores tutsi al no tener tierras donde instalarse ni casas donde residir, se apropiaron de las posesiones hutu; luego, al necesitar sirvientes y trabajadores para las tierras incorporaron a estas poblaciones a los sistemas de sujeción personal mediante exacciones de todo tipo. Para la represión, contaban con los militares y los administradores belgas (Des Forges, 2011, pp.197 y ss). Es decir, los hutu exentos de la servidumbre a la llegada de los belgas cayeron en ella gracias a la racionalización administrativa.⁶⁹

En 1936, se instituyeron los tribunales nativos, concebidos para resolver todos los problemas entre la población local. Los cargos judiciales recayeron en manos de los tutsi con lo cual la institución judicial se transformó en una máquina de convalidación de la inequidad que se vivía en todo el territorio ruandés.

Más allá de los cargos administrativos, los tutsi también ocuparon los puestos subalternos de la administración colonial. Jueces, veterinarios, asesores agrónomos, secretarios, fueron cargos reservados únicamente a los tutsi; hacia el final de la administración colonial solo el 12 % de estos cargos eran ocupados por los hutu (Lemarchand, 1970, p.125).

⁶⁸ Estos salarios corresponden a 1951 y no incluyen las percepciones en dinero o en especie producto de las instituciones de servidumbre (Lemarchand, 1970).

⁶⁹ Estos cambios administrativos, también encontraron la resistencia de los bakiga y los profetas Nyabingi, aunque fueron vencidos rápidamente a diferencia de lo que sucediera con ellos durante la administración alemana.

La racionalización afectó la administración, pero, paradójicamente, no tocó las instituciones de servidumbre, aunque éstas tampoco se adaptaran al progreso y la modernidad. No solamente no modificaron la *uburetwa* sino que impusieron su propio sistema de trabajo forzado —el *akazi*— agregando días de labor en beneficio de la administración colonial. Es decir, los hutu debían ahora destinar días de trabajos forzado tanto para los tutsi como para los belgas. La implementación del *akazi* también era facultad de los jefes tutsi, dándoles aún más ocasión para la explotación, cosa que sucedió frecuentemente. Precisamente una directiva administrativa enviada por el residente Coubeau, en 1926, nos deja la siguiente descripción:

En los territorios donde a las jefaturas le son requeridos alimentos [por los belgas], los notables [tutsi] proceden de la siguiente manera: en el caso de la carne de vaca, les piden ganado a distintos *abagararu* [clientes hutu] de diversas colinas. El notable que requirió ese ganado, entrega uno a la oficina [administrativa] donde recoge el pago [por haberle conseguido alimentos a los belgas], y el ganado restante lo suma al suyo o lo vende a comerciantes. Un método similar se utiliza con los pedidos de alimentos. Con los beneficios obtenidos por ello, las personas involucradas [en esta provisión] compran ropa. Cuando a las jefaturas les son requeridos porteadores, sucede que un cierto número de ellos no son utilizados. A veces, éstos se utilizan para cultivar los campos de los jefes (Corbeau, 1926, cit. por Newbury, 1988, p.132)⁷⁰

No cumplir con los jefes podía acarrear la pérdida de la tierra, del ganado, quedar expuesto a castigos corporales⁷¹ e in-

⁷⁰ Se trata de una carta del residente Coubeau a todos los delegados coloniales en el territorio, fechada el 5 de abril de 1926.

⁷¹ Lemarchand (1970) incluye testimonios de entrevistas personales a hutus que vivieron durante el período colonial, todos los cuales relatan cómo habían sido objeto de castigos corporales, y cómo casi no había hutus que hubiera podido sortear esta práctica (pp. 123-124). En el informe de la Misión de Ruanda-

clusivo a la muerte. Más allá de que existieran tribunales para recibir las quejas, al estar integrados por tutsis eliminaba toda posibilidad de reclamo; e inclusive cuando los casos llegaban a los administradores coloniales, —y aunque éstos conocieran la situación— los belgas solían fallar a favor de los tutsi.

Vale la pena detenerse en la cuestión del trabajo forzado. La *uburetwa* y el *akazi* eran formas de trabajo no remunerado en interés de los tutsi o de la colonia. El *akazi*, fue utilizado por los belgas para la construcción de carreteras, de edificios administrativos y de toda aquella infraestructura que se necesitara para lograr que Ruanda pudiera recibir inversiones que aseguraran un supuesto desarrollo.⁷² Es decir, la poca infraestructura que construyó la metrópoli se hizo mayoritariamente con mano de obra forzada no remunerada.

La *uburetwa*, era lo más humillante para los hutu, porque mientras muchos tutsi estaban dentro del sistema de la *ubuhake*, solo los hutu cumplían con la *uburetwa*. Este tipo de trabajo forzado consistía en tareas serviles como acarrear agua, juntar y secar leña, ser vigilante nocturno, cultivar la tierra del jefe de tierras. Los malos tratos y las humillaciones eran más que frecuentes. Con los belgas, este sistema no solo no se acabó, sino que terminó siendo el alma de la ley colonial. En 1931, los belgas impulsaron un programa para producir café en vistas a su exportación; los jefes y subjefes tutsi serían los encargados de implementarlo. Como, además, se alentaba el paso de los tutsi a la economía monetaria, la *uburetwa* sería un instrumento precioso

Burundi de 1947 elevado al Consejo de Tutela se consigna que, al margen de las exageraciones en las que pudieran incurrir la población local, «puede deducirse de reacciones casi unánimes de los indígenas interrogados que el látigo es una práctica viva, un hábito de uso habitual de jefes y subjefes, de ciertos auxiliares locales, y de ciertos funcionarios europeos» (Naciones Unidas, 1947, p.44).

⁷² Algunos de estos trabajos podían ser pagos, por ejemplo, la construcción de avenidas principales, pero los caminos secundarios debían ser mantenidos por los habitantes mediante el *akazi* (Newbury, 1988, p.132).

para aumentar el enriquecimiento de los tutsi que se beneficiarían del trabajo no pago de los hutu (Newbury, 1988, pp.140-142). A partir de entonces, la *uburetwa* también consistiría en cultivar los campos de café de cuya venta sacarían provecho los tutsi. Estos nuevos cultivos fueron en detrimento de aquellos que tradicionalmente cultivaban los hutu⁷³.

Los belgas también impulsaron un programa de migración de familias ruandesas hacia Gishari, en la provincia de Kivu en el Congo con la excusa de mitigar la superpoblación en Ruanda. En realidad, buscaban beneficiarse del trabajo y la provisión de alimentos a bajo costo mediante el trabajo forzado para los emprendimientos de colonos europeos instalados en las proximidades (Newbury, 1988, p.143).

Todos los días destinados al cumplimiento de la *uburetwa* y del *akazi*, eran días que los hutu perdían de trabajo remunerado. Las exacciones del sistema provocaron una gran migración de hutus hacia territorios británicos del este –Tanganika– donde estaban libres de impuestos y sobre todo de los trabajos forzados.

La racionalización administrativa de los belgas tampoco modificó los lazos de servidumbre que significaba la *ubuhake*. Más aun, los belgas se apoyaron en esta institución como una forma de control de la población e inclusive cuando en 1943 el *mwami* Mutara Rudahigwa quiso suprimirla, se negaron rotundamente. También vale aclarar que todas estas prácticas de sujeción eran contrarias a la libertad personal y a la libertad de propiedad tan pregonadas por los belgas, e inclusive exigidas en su momento, a Musinga. También eran opuestas a los mandatos de la Sociedad de las Naciones, quien, pese a esto, nunca hizo consideraciones frente a la explotación servil, ni en Ruanda, ni en otras colonias en África, a excepción del caso de la isla de Fernando Po.

⁷³ Los trabajos comunitarios también incluyeron el cultivo compulsivo de 20 y luego 24 acres de tierras para hacer frente a los períodos que seguían a las hambrunas, trabajos de reforestación y antierosión de los suelos (Lemarchand, 1970, p.122).

Respecto de los impuestos, al principio, los belgas cobraban uno o dos francos por linaje o por cabeza de familia, pero desde 1921 comenzaron a solicitarlo por cada hombre adulto, con lo cual multiplicaron la carga tributaria. Estos impuestos recaían tanto en los hutu como en los tutsi, pero eran recaudados por estos últimos. Si los tutsi no cumplían entregando lo establecido, podían ser sometidos a castigos corporales, cárcel, la confiscación del ganado o la destrucción de sus cultivos y propiedades. Por ello, les exigían a los hutu dos o tres veces más de lo que debían abonar a los belgas para asegurarse de cumplir y embolsar el excedente (Des Forges, 2011, pp.175-176).⁷⁴ No hace falta recalcar que esta carga tributaria, que recaía sobre toda la población, asfixiaba a los hutu y empeoraba aún más su situación.

Como resultado de la administración belga, los hutu se vieron cargados de un sinnúmero de obligaciones, impuestos y trabajos forzados que fue aumentando el resquemor y ahondando los clivajes entre los hutu y los tutsi, en un proceso que terminó por consolidar una conciencia de identidad que estaba basada en la inequidad. Si bien las divisiones existían desde antes, la expoliación de los belgas y los administradores tutsi llevó a la toma de conciencia de la identidad hutu. Los tutsi, por su parte, también actuaron como grupo separándose de los hutu en forma consciente. La dominación belga por tanto tuvo el efecto de institucionalizar las diferencias identitarias que existían desde antaño al empeorar las condiciones de vida de los hutu hasta relegarlos a una condición miserable que se justificó mediante la utilización

⁷⁴ En tiempos de Musinga, buscando hacer de los tutsi funcionarios eficientes, y también como forma de control, exigieron que todos los impuestos reales que fueran cobrados se inventariaran en copias triplicadas antes de ser enviados al *mwami*. Cuando había faltantes por apropiaciones indebidas de los tutsi, éstos hacían trabajar más a los hutu a fin de zanjar la diferencia. También, los belgas ordenaron a los tutsi que registraran los dos días de labor de los hutu en el marco de los trabajos forzados. Estos dos días eran consignados prolijamente, pero no se registraban los días suplementarios exigidos a los hutu (Des Forges, 2011, pp.204-205).

del mito camítico; por otra parte, institucionalizó un sistema que hizo recaer todos los privilegios en los tutsi y todas las obligaciones en los hutu, reforzando de esta forma las fracturas identitarias.

La hipótesis camítica y la profundización del clivaje hutu-tutsi

La hipótesis camítica fue el sustento ideológico que apoyó la elección de los tutsi por la administración belga. Se trata de una línea de análisis europea que considera que nada desarrollado, evolucionado o creativo que pueda encontrarse en África es obra de pueblos del continente. Partiendo de postulados racistas y convencidos de la innata inferioridad del negro, esta línea teórica se esmeró en tratar de comprobar que todo aquello que tenía un dejo de civilización en África —desde Egipto hasta las ciudades swahilis— provenía de pueblos «orientales», «camitas» o «semitas» pero de ninguna manera de pueblos de «origen negro». La cultura y la civilización solo podía llegar a ellos a partir de la mediación de «alguna raza blanca». Estas teorías cobraron más impulso desde mediados del siglo XIX, de la mano del positivismo y su obsesión por la clasificación de todo lo creado. John Hanning Speke al descubrir el reino de Baganda, consideró sin ningún sesgo de evidencia empírica, que éste era resultado de la invasión de los pueblos galla, provenientes de Etiopía, de origen semítico; con sólo esto, sentó así las bases con las que los colonizadores y decenas de historiadores y antropólogos analizarían los demás reinos de África Central por casi un siglo.

Los belgas usaron esta teoría para analizar la sociedad ruandesa. Así, entendieron la cuestión hutu-tutsi en términos étnicos y raciales. Tomándose ellos mismos como modelo, juzgaron a la población ruandesa por sus grados de «negritud» y los dividieron según se «parecieran» más o menos al modelo «europeo». De esta forma, Ruanda estaba conformada por dos grupos racialmente

diferenciados: los tutsi, una «raza» proveniente del extranjero, quizás de origen semita, altos, esbeltos, inteligentes, «europeos bajo una piel negra» por tener una tez un poco más clara que sus pares hutu, y por ende destinados a mandar al ser superiores a los hutu. Por otro lado, los hutu, descriptos como los típicos negros africanos por su contextura física (nariz ancha, pelo mota, cara redonda), joviales, ingenuos, lentos y dispuestos a servir. Respecto de esta cuestión, así se expresaba el administrador belga Pierre Rickmans sobre lo que veía en Ruanda:

Los tutsi estaban destinados a reinar. Su fina presencia es en sí misma suficiente para otorgarles un gran prestigio *vis à vis* las razas inferiores que los rodean... No es sorprendente que esos buenos *babutus*, menos inteligentes, más simples, más espontáneos, más confiados, se hayan dejado esclavizar sin intentar ninguna revuelta (Rickmans, cit. por Prunier, 1999, p.11).

Estas expresiones racistas son reflejo de los estudios de historia y antropología social que se hacían sobre África Central. Así, Seligman (1939) sostenía que «las civilizaciones en África eran las civilizaciones de camitas», siendo su historia el devenir de estos pueblos y su interacción con dos pueblos autóctonos más primitivos: los negros y los bosquimanos (p.96). Los camitas eran «pastores caucásicos –llegados oleada tras oleada– mejor armados y más rápidos que los oscuros agricultores negros» (p.156). Estas citas demuestran cómo la hipótesis camítica se colaba en la reconstrucción histórica de África Central. Por su parte, Jules Sasse-rath, en 1948, describía así las «razas» en Ruanda:

Se les llama Batutsis. En realidad, son camitas, probablemente de origen semítico... Representan cerca del 10% de la población y forman en realidad una raza de señores. Los camitas tienen 1.90 de talla. Son esbeltos. Poseen una nariz derecha, la frente alta, los labios finos. Los camitas parecen distantes, reservados, educados, finos. Se adivina en ellos un trasfondo de engaño bajo la apariencia de cierto refina-

miento. Las mujeres, cuando son jóvenes, son realmente bellas; ellas tienen además la tez ligeramente más clara que los hombres. [...]

El tipo físico del Muhutu es el tipo más común y el más general del negro... gusto y actitudes agronómicas... Sociabilidad y jovialidad... confianza ilimitada en la sabiduría y la técnica sobrenatural de los *griots* [sic]... lengua aglutinante... (Sasserath, J. cit. por Chrétien, 2015, p.133, 138).

En la edición francesa de la *Revue des Missions d'Afrique* (1907) de los Padres Blancos, podía leerse:

Los bahima de Uganda y los batutsis, hermanos de origen, forman, sin embargo, dos castas separadas. No se tiene certeza de su origen, pero lo que es seguro es que vienen del Norte de África, probablemente de Egipto, quizás de la misma Asia y su afinidad con las razas camíticas estaría confirmada por:

- 1) Por su tipo, que se acerca en efecto al tipo judío
- 2) Por su historia, que evoca evidentemente recuerdos bíblicos
- 3) Por sus costumbres, con préstamos frecuentes de las costumbres judías (p.177).

La estigmatización fue una constante en estos intentos clasificatorios que conllevaron también una tergiversación de la historia precolonial ruandesa y la división de la sociedad en «razas», «castas», «etnias» que se diferenciaban tajantemente por sus rasgos físicos y sus actividades económicas, según los cultores de estas teorías.

Siguiendo estos esquemas, las divisiones de la sociedad que encontraron los belgas a su arribo al país, se explicaron a partir de la invasión y conquista de los tutsi –extranjeros, superiores– a los hutu –africanos e inferiores. Ya en 1921, Louis Frank, el ministro de colonias belga en su Informe sobre Ruanda-Urundi consignaba que:

La población puede ser evaluada en 1.500.000 individuos. Está formada de 10 a 15% de watusi, raza dominante venida del norte y probablemente de origen camítico, de un 75% de wahutu, poblaciones aparentemente de raza bantú y sometidas a los primeros, y finalmente un 10% de batwas, negrillos que viven al margen de la sociedad feudal organizada por los invasores y que parecen constituir la población más antigua de la región.

El país está sumido en una organización semi feudal, bajo la dominación de un rey o sultán hereditario... Esta organización es antigua: la familia reinante tiene sus ancestros dos o tres siglos atrás. Los watutsi dan prueba de reales capacidades políticas en la administración del país. En todo caso, hay aquí una de esas organizaciones que tienen el carácter de una nación y un estado, que raramente se encuentran en África (Frank, 1921, pp.4-5)

Para los europeos, estaban claras las dotes superiores de los tutsi para gobernar. En 1930, escribía Mons. Classe a Morteihan, el residente, sobre la idea del reemplazo de los tutsi como colaboradores de los belgas:

Una revolución de esta naturaleza llevaría al estado entero directamente en la anarquía y el comunismo antieuropeo. Lejos de favorecer el progreso, anularía el accionar del gobierno, privándolo de auxiliares que, por nacimiento, son capaces de comprenderlo y seguirlo. Esta es la visión y la creencia firme de todos los superiores de la misión de Ruanda, sin excepción. Hablando en general, no tenemos jefes mejor calificados, más inteligentes, más activos, más capaces de apreciar el progreso y más ampliamente aceptados por el pueblo que los tutsi (Mons. Classe, cit. por Longman, p.62).

Según, Newbury (2001) la hipótesis camítica de basa en cuatro supuestos: las categorías étnicas están definidas por criterios biológicos, cada grupo tiene un único punto de origen, cada grupo tiene una historia «corporativa» (es decir, no hay variantes culturales o historias diferentes dentro ellos) y la historia de la

región se explica por la migración y conquista de uno sobre otro. Siguiendo a Speke, los tutsi provenían de Etiopía (p.275). Ninguno de los cuatro supuestos tiene contrastación empírica en el caso ruandés. Tal como hemos analizado, no está claro el origen de los tutsi, ni su procedencia ya que solo pueden verificarse movimientos poblacionales constantes en toda la región; tampoco está clara la conquista de unos sobre otros. Antes bien, ambas identidades se fueron «construyendo» a lo largo de los siglos con mucha simbiosis entre ellas, más que como identidades tajantemente separadas. En la construcción de esa historia fueron relevantes las características de la monarquía ruandesa, las políticas clánicas, las intrigas palaciegas y la estratificación económica en torno a la posesión de las tierras y el ganado. Por otra parte, ninguna de las identidades era monolítica: las rivalidades entre los tutsi quedaban en evidencia en cada intriga palaciega y en las características mismas de la monarquía ruandesa; por otra parte, la identidad hutu se fue construyendo sobre todo a partir del siglo XIX con el común denominador de la explotación más que un origen poblacional o étnico común. Más aún, diversos sectores que cayeron en la categoría «hutu» con la llegada de los belgas, tenían identidades marcadamente distintas del resto de ellos dentro de este colectivo. Es decir, las identidades hutu y tutsi fueron producto de un largo proceso histórico donde el acceso al poder y la riqueza a partir de la lucha de clanes y linajes fueron delineando un sector privilegiado y otro excluido que se consolidó e institucionalizó a partir de la colonización europea.

En 1930, los belgas cristalizaron estas ideas raciales en los documentos que emitieron para la población ruandesa, donde quedaba consignado si pertenecía a la «etnia» hutu, tutsi, o twa. Sobre la base de esta identificación, establecieron que el 85% de la población era hutu, el 14% era tutsi y el 1% era twa⁷⁵.

⁷⁵ Estos porcentajes fueron repetidos casi sin discusión por decenas de estudiosos de los grandes Lagos.

Además, estas ideas acerca de la superioridad de «la raza tutsi» y la consecuente «inferioridad de los hutu» eran concepciones que se enseñaban en todos los niveles de enseñanza, y eran recibidas por los niños y adolescentes tanto hutus como tutsis. Las políticas belgas aseguraron la educación a los tutsi, pero tal como afirma des Forges (1995) los hutu también se deslumbraron con la educación europea por lo que intentaron en la medida de sus posibilidades enviar a sus hijos a educarse; de manera análoga, «creyeron» la historia inventada por los europeos que fue también avalada y sostenida por los tutsi a partir de «mitos» y leyendas» que reafirmaban su conquista y dominación.

Cristianismo y educación

Frente a los primeros embates de los misioneros para imponer la religión e inclusive frente a la presión de los alemanes, Musinga había logrado boicotear todos sus intentos de expansión. Con la llegada de los belgas, se mantuvo en la misma tesitura. Sin embargo, las circunstancias eran diferentes: los belgas estaban decididos a impulsar cambios y Musinga tenía más oposición interna y menos margen de maniobra. Frente a las presiones, trató de obrar con cintura política: para mostrar buena predisposición aceptó concurrir a la ceremonia de consagración de la primera catedral en el país erigida en Kabgaye en 1923 y dejó de reprimir a aquellos que optaban por la educación cristiana; al mismo tiempo, logró imponer la disposición de la libertad religiosa para frenar la conversión forzosa. Como hacía habitualmente, intentó negociar. Pese a la oposición de Musinga, el cristianismo avanzó a paso firme en el país.

Las primeras conversiones al cristianismo en el seno de la corte en diciembre de 1917 causaron conmoción; pero luego fueron cada vez más frecuentes de la mano de los vínculos y las oportunidades que representaban los europeos. Para los tutsi, la con-

versión fue, en algunos casos, una forma de oponerse a la corte, en otros una forma de congraciarse con los europeos para mantener o mejorar su standard de vida, en otros una posibilidad de ascenso social a partir de nuevos trabajos vinculados a la administración europea. Respecto de los hutu, en algunos casos las conversiones tuvieron que ver con la posibilidad de la educación, en otros, el clientelismo hizo lo suyo: si el patrón se convertía, sus clientes también lo hacían.

Como resultado, a partir de 1926, hubo una oleada de conversiones: los registros de los Padres Blancos consignan 4937 bautizados en 1929-1930, 9014 el año siguiente y 16.527 en 1930-1931. Casi todos ellos eran tutsi, pero las masas hutu los siguieron; en 1930, la Iglesia católica contaba 100.000 bautizados y más de 300.000 diez años más tarde (Longman, 2010, p.55).⁷⁶ Ruanda terminó siendo una de las regiones más católicas de África; en ello, parece importante destacar que un aliciente para reforzar las conversiones en el país puede encontrarse en la pugna constante con los protestantes ugandeses.

Tal como hemos consignado anteriormente, los misioneros jugaron un papel importantísimo durante la colonización belga. Conocían el país a la perfección, hablaban kinyarwanda, pasaban su vida o la mayor parte de ella en Ruanda y estaban en contacto directo con la población. Por ello fueron buscados y consultados asiduamente por residentes y gobernadores. Sobre todo Mons. Leon Classe, vicario apostólico desde 1922, ejerció una notable influencia sobre los europeos. Desde este pedestal, no dudaron en inmiscuirse en cuestiones políticas y secundar o sugerir medidas respecto de la administración, tal como puede apreciarse en este fragmento del obispo al residente Morthelan, respecto de la opción tutsi en detrimento de los hutu.

⁷⁶ Des Forges (2011) sostiene que ya entre 1919 y 1924 el número de católicos en Ruanda había pasado de 13.000 a 26.000.

Actualmente, si tomamos un punto de vista práctico y consideramos el interés del país, con la juventud tutsi tenemos un incomparable elemento de progreso, que todos los que conocen Ruanda no pueden subestimar... Si uno le pregunta a un hutu si prefiere ser mandado por los administradores [tutsi] o por los nobles, la respuesta no deja dudas: prefieren a los tutsi y por una buena razón: nacidos jefes [los tutsi], tienen criterio para mandar. Esa es la razón de su instalación y la toma del país (Mons Classe a Morthelan, cit por Longman, p.52)⁷⁷

En la misma línea, Classe defendió la educación y la conversión de los tutsi y no dudó en recomendar a los tutsi católicos al momento de las reformas administrativas de 1926. La influencia religiosa llegó a su máxima expresión con la conversión al catolicismo del mwami Mutara Ruharigwa en 1943 y la posterior consagración del país a Cristo Rey.

Mutara y la corte también fueron sumamente reticentes a la educación que promovían los europeos. En los comienzos de la administración europea, la corte había sugerido a los tutsi que enviaran a sus hijos bastardos o que concurrieran los hijos de los tutsi más pobres. Sabiendo la reticencia del monarca a la educación religiosa, los belgas fundaron el colegio de Nyanza en 1919, como una institución de educación laica. Por la presión de los belgas y como parte de su estrategia para agradarlos, Musinga accedió a enviar a sus tres hijos mayores y a los *ntore* a estudiar allí. Pese a la orden, los tutsi y los *ntore*, se mantuvieron reticentes a concurrir a punto tal que los belgas amenazaron con castigos corporales si faltaban a las clases⁷⁸ (Des Forges, 2011, pp.162-

⁷⁷ Nótese como el eclesiástico utiliza implícitamente la hipótesis camfítica: los tutsi han «nacido jefes», y luego deduce y justifica la conquista del país por sobre poblaciones locales inferiores. Al mismo tiempo, le otorga a los tutsi un carácter extranjero.

⁷⁸ Basada en fuentes primarias, Des Forges consigna que el administrador de Nyanza amenazó con 25 latigazos a aquellos que faltaran un día de clases (Des Forges, 2011, p.163).

163).⁷⁹ El colegio de Nyanza era una escuela para hijos de jefes tutsi; esto, sumado al surgimiento de los *Inshongore* y las posibilidades de ascenso social que posibilitaba la educación hizo que alumnos tutsi llenaran el colegio que, al poco tiempo, se transformó en uno de los más prestigiosos de Ruanda. Los tutsi ricos y pobres eran admitidos allí, ocupando al egresar muchos de los nuevos puestos administrativos que creaba la administración colonial.

En 1929, los Hermanos de la Caridad fundaron el Colegio de Astrida, que también se transformó prontamente en otro de los colegios más prestigiosos del país. A diferencia de el de Nyanza, impartía educación cristiana y también educación superior. Entre 1932 y 1945, los registros del Colegio no muestran hutus entre sus estudiantes, mientras que en años posteriores hasta 1954 aceptaron entre 1 y 5 estudiantes hutu (Lemarchand, 1970, p.138)⁸⁰.

Todas las escuelas privilegiaban la asistencia de los tutsi antes que la de los hutu. Los hutu solían tener acceso solo a las primeras letras en escuelas vinculadas a las parroquias locales, pero el grado de analfabetismo entre ellos seguía siendo alto⁸¹. Aquellos que mostrando condiciones lograban llegar a los estudios su-

⁷⁹ La escuela de Nyanza era una escuela para formar jefes tutsi. En ella se enseñaban lectura, escritura, suajili, aritmética y las funciones administrativas de los jefes. Se enseñaba en kinyarwanda y tenía 3 años de duración (Frank, 1921, p.17).

⁸⁰ Para el primer semestre de 1948, se encontraban cursando 201 estudiantes (Naciones Unidas, 1950, p.52).

⁸¹ El Informe del ministro de Colonias a la Cámara de Representantes de 1921 señala que los Padres Blancos contaban con 110 escuelas a las que concurrían 5000 alumnos; en ellas se les enseñaba lectura, escritura y los rudimentos de aritmética. Señala asimismo que en los poblados más pequeños el catequista cumplía las funciones de enseñar a leer y escribir y la enseñanza del suajili. En la escuela del vicariato la enseñanza era en francés. También consigna la existencia de un orfanato a cargo de la misma congregación. Señala que existían además tres escuelas pertenecientes a los adventistas y que los protestantes planeaban abrir escuelas en el país. Los belgas crearon asimismo una escuela de enfermería y una de veterinarios para población negra (Frank, 1921, pp.16-17).

periores, no tenían acceso a esas instituciones que quedaron también reservadas a los tutsi. Para los hutu, el único camino de la educación superior se encontraba en el Seminario Católico de Ruanda, donde sí eran admitidos.⁸²

Teniendo en cuenta las condiciones socio económicas en la que se encontraban los hutu, las condiciones laborales que llevaban a que niños y mujeres tuvieran que trabajar mientras los hombres adultos cumplían con los trabajos forzados, y la predilección por los tutsi en los establecimientos educativos ligados a los europeos, puede afirmarse que los hutu estaban excluidos de la educación.

También puede afirmarse que la estratificación hutu-tutsi creció mientras Mons. Classe se desempeñó como Obispo de Ruanda ya que mientras en los inicios de la colonización los hutu y los tutsi se educaban juntos, Classe organizó dos niveles educativos a partir de 1920. Los estudiantes fueron segregados según el grupo étnico: los tutsi recibían una educación más rigurosa que sus colegas hutu, lo que los preparaba para los puestos administrativos coloniales. Los hutu, en cambio, debían tener una educación que los preparara para el trabajo en las minas y en las granjas según afirmaba el propio prelado (Carney, 2012, pp.179-180).⁸³

En tanto los belgas confiaron en los tutsi para la implementación de las medidas administrativas, el gobierno podía con-

⁸² Para 1947 el informe de la Misión de Naciones Unidas sobre la situación de Ruanda-Urundi señalaba que «sobre una población de 3.700.000 habitantes más de 300.000 niños van a la escuela. No hay estadísticas precisas pero la Administración estima que cerca de dos tercios de la población en edad escolar frecuenta las escuelas primarias. La mayor parte de los niños, es verdad, no siguen sus cursos más que uno o dos años». El mismo informe señalaba que la instrucción primaria solo poseía contenidos morales y religiosos y que más allá del colegio de Astrida donde concurría un grupo reducido, la educación secundaria era inexistente (Naciones Unidas, 1950, p.49).

⁸³ El autor sostiene empero que este racismo de Classe debe atemperarse. Cree que sus expresiones tienen que ver más con el posicionamiento de la Iglesia en Ruanda para captar fieles en el marco de la competencia con los luteranos de Uganda que con sostener *per se* la cuestión racista.

siderarse indirecto. Sin embargo, el grado de injerencia en las cuestiones internas y las transformaciones administrativas que efectuaron en el país destruyendo prácticas políticas y costumbres precoloniales, lo asemejan a una administración directa, con los tutsi como ejecutores de sus políticas. En esto, hubo una clara diferencia con la administración alemana.

Con la llegada de los belgas se «uniformó» toda la administración, pero también se la simplificó, se la vació de su contenido «tradicional», del significado que tenía para los ruandeses.

Respecto de Musinga, siempre tuvo conciencia de cómo se iba debilitando su posición; veía cómo los belgas iban minando su poder y cambiando las costumbres tradicionales de Ruanda, sobre todo aquellas vinculadas a la monarquía. Trató de evitarlo con los medios que desde siglos habían utilizado los *mwami*: las intrigas, los rumores, las concesiones para luego recuperar terreno, los premios y castigos, las dádivas y los favoritismos. En definitiva, le había dado resultado con los alemanes y en los primeros tiempos de la colonización belga. Sin embargo, la intervención extranjera también había minado la capacidad de la monarquía para manejar las cuestiones «intra-tutsi». Frente a los resquemores que generaban las políticas monárquicas, los tutsi ambiciosos o descontentos ahora podían recurrir a los europeos y, a partir de la educación occidental, adquirir habilidades –desde las prácticas administrativas hasta la conversión al cristianismo– que les permitieran acceder a las posiciones de poder que la monarquía les negaba. Y paralelamente podían acrecentar su posición económica mediante la explotación de los hutu al amparo de las políticas belgas. Rápidamente se adaptaron a los nuevos tiempos que claramente los beneficiaban y, casi todos, dejaron solo a Musinga.

Las reformas administrativas de los belgas generalizaron la explotación por parte de los tutsi, cuya dominación se extendió sobre poblaciones antes exentas de ella. Los hutu pagaban dos impuestos –a los belgas y al *mwami*–, y debían cumplimentar al menos tres días de trabajos forzados –uno para los belgas, dos

para los tutsi en el marco de la *ubuhake*. Éste último podía incrementarse a un día más si las demandas de los jefes tutsi crecían⁸⁴. De esta forma, los tutsi se transformaron en administradores modernos que, al mismo tiempo, sostenían y vivían de instituciones de servidumbre que consagraban un sistema socioeconómico opuesto a esas modernas formas burocráticas pero que les aseguraba la concentración de los privilegios socioeconómicos en una minoría: ellos. La racialización impuesta por los belgas fue bien recibida, aceptada, asumida y utilizada por los tutsi en su propio beneficio a costa de la mayoría de la población sindicada como hutu. De esta forma, las políticas belgas y la complicidad de los tutsi profundizaron las diferencias que venían gestándose en procesos anteriores y dividieron la sociedad en dos bandos antagónicos, cuyas diferencias —a la luz de todas las tergiversaciones históricas y antropológicas— pasaron a ser «ancestrales». Si bien no todos los tutsi viraron hacia posiciones racistas con respecto a los hutu, diversos sectores entre ellos los más conservadores sí lo hicieron. Esto dará lugar asimismo, a la formación de una «elite» hutu —igualmente conservadora y racista— que tomará esa falsa versión de la historia como herramienta para buscar la emancipación tanto de los europeos como de los «tutsi extranjeros».

⁸⁴ Hacia finales de 1924, los belgas establecieron que en el futuro los hutu debían cumplimentar dos días sobre siete en lugar de dos días sobre cinco, para la uburetwa (Des Forges, 2011, p.204).

Capítulo IV

Hacia la revolución hutu

Ruanda pasó momentos críticos durante la Segunda Guerra Mundial. A la crisis económica y la hambruna de 1943 se sumaron las contribuciones forzosas exigidas por Bélgica para hacer frente a la contienda. Si bien la Sociedad de las Naciones impidió el reclutamiento de soldados en territorios coloniales, los belgas intentaron paliar la crisis con cuotas de provisión de alimentos a bajo costo para el Congo. Esta situación aumentó los desplazamientos hacia la Uganda británica.

Desde el período de entreguerras, el panafricanismo se había difundido entre las clases instruidas a nivel continental y diaspórico, sectores que, una vez finalizada la Segunda Guerra, comenzaron a exigir la emancipación con más vehemencia. La independencia de la India y la Conferencia de Bandung de 1955 incentivaron y apoyaron estos reclamos independentistas del continente africano. Precisamente, esta conferencia internacional contó con la presencia de 30 representantes de pueblos de Asia y África, aunque Bélgica decidió que nadie representara a las colonias belgas. En palabras de Senghor, Bandung significó «la toma de conciencia de su eminente dignidad por los pueblos de color, los pobres del mundo». Pese a la reticencia de algunas potencias administradoras, entre ellas Bélgica, el proceso de independencia de África estaba en marcha.

La Carta de las Naciones Unidas creó el Consejo de Administración Fiduciaria como órgano encargado de impulsar el proceso de descolonización. Este cuerpo decidió a su vez, la forma-

ción del Consejo de Tutela⁸⁵, a fin de encargarse de acelerar los procesos de independencia en varios territorios, entre ellos Ruanda-Urundi. Las funciones de este consejo incluían el envío de misiones de visita cada tres años, luego de lo cual se elevaba un informe a las Naciones Unidas con la situación local y los progresos realizados por los administradores en vistas a una pronta emancipación.

Cada misión de la ONU que llegaba a Ruanda producía una enorme expectativa en aquellos sectores que anhelaban la independencia ya que la misión no solamente recibía los informes de las administraciones coloniales, sino que también recogía peticiones y testimonios de las fuerzas políticas y sociales locales. La primera de estas visitas al territorio de Ruanda-Urundi se efectuó en 1948.

El Informe criticó duramente a la administración belga. Remarcó la falta de participación local en los consejos que se habían creado y señaló que las autoridades indígenas eran sólo instituciones subalternas que meramente ejecutaban las decisiones de la administración colonial. Subrayó la pobreza general, el bajo nivel de vida, la precariedad de las viviendas, los bajos salarios⁸⁶, la escasez de tierras, el valor social del ganado y la casi nula participación en el comercio por parte de la población local⁸⁷, que quedaba en manos de europeos y asiáticos; también subrayó los bajos niveles educativos y criticó la falta de inversión oficial en escuelas públicas de carácter laico⁸⁸. Sin conocimiento del país y

⁸⁵ Estaba integrado por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad más tres miembros rotativos. Posteriormente, en 1961, se creará el Consejo de Descolonización (C-24) subsidiario de la Asamblea General para acelerar los procesos de independencia.

⁸⁶ El informe califica como débiles las justificaciones brindadas por los belgas sobre este tema (Naciones Unidas, 1950, p.41).

⁸⁷ «Algunos elementos indígenas mostraron empero un deseo extremadamente vivo de dedicarse al comercio y al transporte, y se quejaron de no ser ayudados por la Administración» (Naciones Unidas, 1950, p.31).

⁸⁸ Asimismo, destacó el establecimiento y la entrega de tierras a colonos europeos durante los últimos años de la administración.

con una visión de la historia y la sociedad ruandesa que reflejaba la hipótesis camítica⁸⁹, la misión de Naciones Unidas recomendó la separación administrativa de Ruanda-Urundi del Congo belga, una mayor participación de las autoridades locales en las cuestiones de administración local, la democratización de la estructura política y el levantamiento del paternalismo belga, la ampliación de los servicios médicos, la modificación profunda del régimen de salarios, la intensificación del desarrollo de la educación general con una mayor presencia de escuelas oficiales no confesionales y la «instrucción de las masas y de las élites» (Naciones Unidas, 1960).

La realidad era que Bélgica no mostraba intenciones serias de querer conducir un proceso de emancipación, más aún con la crisis política que vivió el país luego de la Segunda Guerra Mundial. Aunque pasaría muchas más en la década del 50, la resolución de la Cuestión real⁹⁰ en 1951 posibilitó el regreso al poder del Partido Social Cristiano, y con él se instaló una mirada más cercana al proceso de descolonización. Hacia 1958, se realizó la

⁸⁹ El informe es complaciente y adulator de la administración belga, más allá de las críticas. Este tono cambiará con el correr de los años y las acciones de Bélgica en torno a la independencia. Más allá de las buenas intenciones de la misión, ésta no puede escapar al sesgo occidental de la institución y a los errores de apreciación de quiénes nunca – tal como se admite en el informe – habían estado en la región. Como sostenemos en el texto, la misión recoge la hipótesis camítica y el mal conocimiento europeo sobre la sociedad ruandesa. Se indica que el *mwami* es el «sultán» y se consigna que: «El origen histórico de esta situación es la llegada al país, hace algunos siglos atrás, de los batutsi, pastores camitas, arribados en busca de pasturas. Sometieron a los agricultores bahutu, verdaderamente sin que su establecimiento supusiera la utilización de la fuerza. Se adjudicaron las mejores tierras para utilizarlas como tierras de pastoreo y establecieron derechos casi feudales sobre el conjunto de las tierras.» Continúa narrando cómo en torno a la vaca se estructuraban las relaciones de los hutu con sus patrones tutsi (Naciones Unidas, 1950, p.26).

⁹⁰ El rey Leopoldo III había sido duramente cuestionado por sus actitudes hacia los nazis durante y después de la Segunda Guerra Mundial, con lo cual su regreso desde el exilio provocó una crisis política en Bélgica que se resolvió con la abdicación de Leopoldo y el ascenso de su hijo, rey Balduino.

Conferencia sobre la Independencia del Congo, de la que participó Gregoire Kaybanda, futuro presidente de Ruanda. El proceso, sin embargo, sería tortuoso para los tres territorios de la Tutela Belga.

En el caso ruandés, el país vio surgir un sector «*évolué*» (evolucionado) tanto a nivel de los hutu como a nivel de los tutsi, quienes de una u otra forma encararon el camino hacia la independencia con criterios, objetivos y apoyos diferentes. Los tutsi conservadores —«la jerarquía costumbrista» como los llamarán los hutu más politizados— pretendieron jugar sus cartas para monopolizar en su favor la salida de los belgas. Los hutu, por su parte, apoyaron la democracia como condición previa a la emancipación. Las dilaciones, la resistencia y a veces la inacción de Bélgica colaborará para que el curso de los acontecimientos termine en la violencia, la revolución y un baño de sangre.

Los cambios en la administración: los belgas y el *mwami*

Ya antes de la visita de la misión de Naciones Unidas, los belgas habían iniciado un tímido proceso de reformas institucionales. Así, en 1947 habían creado el Consejo Superior del País (CSP)⁹¹, integrado por los *mwami* de Ruanda y Urundi, blancos residentes y europeos y algunos tutsi elegidos discrecionalmente por la administración colonial y por cada *mwami*. Allí debían discutirse las cuestiones presupuestarias y todos aquellos temas que el Residente sometiera a su consideración; su capacidad de acción esta-

⁹¹ Fue creado por decreto en 1947. Tenía en total 22 miembros que incluían los dos *mwami*, cinco altos funcionarios coloniales, tres personas elegidas por el Residente, nueve personas que representaban cámaras de comercio, asociaciones patronales, asociaciones de colonos y empleados, y cinco que representaban a la población local. De ellas, tres eran elegidas por el Vicegobernador residente de entre habitantes blancos y dos eran elegidos por cada *mwami* (Naciones Unidas, 1950, p.15).

ba severamente restringida por su carácter meramente consultivo y por depender su agenda de los deseos de la administración colonial. Su composición y la forma de elección tampoco podía asegurar una genuina participación local. A su vez, se instalaron consejos locales a nivel de cada jefatura integrados únicamente por tutsis. La idea general era que desde los consejos locales llegaran las inquietudes y visiones al CSP. Las innovaciones fueron sólo un barniz que, además, dejaron sin ningún tipo de representación a la abrumadora de la mayoría de la población ruandesa.

La respuesta de Bélgica a las recomendaciones de la misión fue la elaboración en 1952 de un plan de desarrollo económico y social a 10 años, en vistas a la autonomía y la independencia. Un decreto del 1ro de julio de ese año, decidió la creación de consejos locales a nivel de las subjefaturas y los territorios del país, elegidos por la población, los que se sumarían a los anteriormente creados. De esta manera habría un Consejo a nivel de cada subjefatura, otro a nivel de cada jefatura, otros a nivel territorial y finalmente el Consejo General del País. Para estos consejos, se estipuló un amañado sistema de elecciones indirectas: en cada subjefatura, el jefe elegía un colegio electoral con el consentimiento de su jefe y de la administración territorial; este colegio electoral elegía de entre sus miembros, los integrantes del consejo de subjefatura. Es decir, todo dependía de la voluntad de cada jefe, no había ninguna participación popular en la designación. Aun así, algunos hutu lograron «colarse» y llegar a los consejos de subjefaturas.

En el resto, la ampliación de la participación tutsi fue asegurada por las elecciones indirectas con las que se cubrieron los cargos, al mismo tiempo que éstos volvían a concentrarse en los clanes *Abanyinia* y *Abega*, tal como sucediera en la época precolonial.

En 1956, los integrantes de los colegios electorales de las subjefaturas surgieron de elecciones populares, las primeras en la historia de Ruanda y en las que podía participar toda la pobla-

ción masculina. Luego, cada colegio electoral determinaría la composición de cada consejo. Si bien el cambio no era muy significativo, los hutu lograron aumentar su participación a nivel de las subjefaturas en «aproximadamente un 20%» (Newbury, 1988, p.187)⁹².

Las elecciones se realizaron por sufragio universal y provocaron un gran entusiasmo y debates políticos en diversos sectores de la sociedad ruandesa. Cerca del 75% de la población ruandesa masculina se acercó a votar. Pero más allá del aumento de representantes hutu a nivel de las subjefaturas, el amañado sistema de elecciones indirectas impedía que éstos ascendieran a los consejos de jefatura y a los consejos territoriales, licuando entonces los buenos resultados electorales. De esta forma, luego de las elecciones, las élites tutsi controlaban el 81% de los asientos en los consejos territoriales, el 57% de los puestos administrativos y 31 de 32 asientos en el Consejo Superior del País⁹³ (Carney, 2014, p.74). Frente a la desproporción de la representación, los tutsi accedieron a incorporar un representante de los twa en el CSP, pero no aceptaron la propuesta belga de la incorporación de un representante hutu⁹⁴.

Las reformas implementadas, fueron insuficientes para mejorar la situación de la inmensa mayoría de la sociedad ruandesa. En primer lugar, no cambiaron la localización del poder que a nivel local siguió concentrado en los tutsi. En segundo término, no respondían al enorme malestar social y al descontento rural provocado por las exacciones de los tutsi y el monopolio de

⁹² Lemarchand (1970), considera que la caída del poder de los tutsi rondó el 7%.

⁹³ Los clanes *Abanyiginya* y *Abega* manejaban el 50% de las subjefaturas y el 80% de las jefaturas luego de las elecciones (Carney, 2014, p.74).

⁹⁴ La cuestión de los Twa tiene mucho que ver con la tradición costumbrista de Ruanda, a la que se aferraban los tutsi más vinculados con la monarquía. Desde siempre, el *mwami* estaba custodiado por una guardia Twa quienes gozaban de especial consideración por parte de la corte y de los clanes vinculados a la casa real. De allí la incorporación al CSP.

las oportunidades políticas, económicas y educativas que éstos poseían. Como hemos consignado en el capítulo anterior, los jefes tutsi, cumplían una multiplicidad de tareas administrativas encargadas por los belgas —que iban desde el registro de nacimientos y defunciones hasta el control de las cosechas— pero no habían abandonado las viejas prácticas de la exacción, la arbitrariedad y los castigos corporales, prácticas que precisamente conspiraban contra la modernización de sus funciones. Todo ello, había sido y era tolerado y avalado por la administración colonial. La situación llevó a los hutu a una asfixia, un agobio y un descontento que pronto encontraría como articularse y por donde canalizar. Los belgas parecieron no reparar ni en el hartazgo ni en los cambios que estaba experimentando la población ruandesa, y no mostraron compromiso con un cambio real de la situación.

Tan tardíamente como los belgas, reaccionó el *mwami*, quien había sido un títere de los europeos y parecía cómodo en este rol que le había permitido efectuar varios viajes a Bruselas. En 1949, suprimió la *uburetwa* y en 1954 abolió la *ubuhake*⁹⁵. La primera medida, fue un paso importante ya que suprimía los días de trabajo forzoso para los jefes tutsi; el día de trabajo para los belgas, persistió.

Respecto de la *ubuhake*, el *mwami* justificó la medida sosteniendo que «las profundas transformaciones que han ocurrido en todos los caminos de la vida han tenido necesariamente repercusiones en la *buhake*, y en muchos aspectos esta institución ha perdido su imperativo y regulatorio carácter» (Circular 33/52 del *mwami* de Ruanda, cit por Lemarchand, 1970, p.128). El decreto del 1ro de abril estipuló que, dependiendo de los contratos, el ganado correspondería dos tercios al cliente y un tercio al *shebujá*, o tres cuartos al *umugararu* y un cuarto al *shebujá* pudiendo el cliente retener todo el ganado a cambio de una suma de dine-

⁹⁵ El *mwami* lo había propuesto a las autoridades belgas en 1945, pero su idea había sido desalentada por la administración.

ro; toda diferencia de criterios se dirimiría en los tribunales locales, a cargo de los tutsi. Como surge del decreto, se intentó regular la posesión del ganado, pero no se tocó el régimen de tenencia de la tierra con lo cual la desesperación de muchos hutu no fue aliviada. Los que lograron quedarse con ganado no tenían donde hacerlo pastar (Lemarchand, 1970, pp.129-130).

La tenencia de la tierra en esta etapa revestía dos formas: las tierras para la agricultura (*amasambu*) y las tierras de pastoreo (*ibikingi*). Mientras que las tierras agrícolas habían ido evolucionando hacia un régimen de tenencia personal a partir de la Segunda Guerra, las tierras de pastoreo habían quedado en manos de los jefes, cuya utilización permitían a los hutu a cambio de servicios. Con la abolición de la *ubuhake*, muchos tutsi reclamaron sus derechos sobre estas tierras lo que llevó a los hutu teóricamente libres a permanecer dentro del sistema, en tanto no podían llevarse su ganado para pastar en otras tierras, que obviamente no poseían. Como consecuencia, muchos hutu permanecieron «sirviendo» a jefes tutsi a cambio de poder hacer pastar su ganado en las tierras que éstos poseían. También muchos tutsi incurrieron en medidas dilatorias usando los tribunales para dilatar los procesos, reclamando deudas pasadas, el pago en moneda que para muchos hutu era imposible, o, reafirmando su derecho sobre las tierras de pastoreo (Lemarchand, 1970, pp.130-131). El decreto, por ende, no sería de fácil implementación y no aliviaría a gran parte del campesinado hutu⁹⁶.

De los tutsi a los hutu

En la Ruanda de la década del 50, las políticas belgas y las instituciones de servidumbre habían llevado al campesinado hutu a una situación desesperante. Paralelamente, había surgido una éli-

⁹⁶ Muchos tutsi hicieron lo imposible por encontrar resquicios para no perder ni sus vasallos ni la tierra. Ver Lemarchand (1970, pp.126-132).

te de hutu «evolucionados» que eran aquellos que más allá de la educación rudimentaria a la que tenían acceso la generalidad de los hutu habían podido acceder a estudios más completos. En efecto, algunos hutu que mostraban aptitudes para el estudio eran becados y estimulados por párrocos y misioneros para continuar su instrucción en los colegios secundarios confesionales, escuelas de oficios y seminarios católicos. También accedían a una educación más completa aquellos hutu pertenecientes a linajes destacados, algunos de los cuales habían entrado más tarde dentro del vasallaje de los tutsi. Pero por las características del sistema educativo, el seminario era la única posibilidad de acceso a estudios superiores con la que contaban los hutu.

En diversas regiones de Ruanda, estos hutu, más allá de tener que cumplir con los trabajos obligatorios y estar sujetos al vasallaje, habían accedido a empleos diferentes a los de sus padres: se dedicaban a ser maestros, catequistas, comerciantes, ayudantes de enfermería, conductores de vehículos, artesanos o ejercían diversos oficios. A ellos se sumaban, otros hutu que habían vuelto de Uganda o de territorios limítrofes donde su situación económica había mejorado sustancialmente. En el norte, la elite evolucionada hutu estaba vinculada a los bakiga y a aquellos linajes hutu que siempre se había opuesto a la dominación del *mwami* y de los tutsi.

Dentro de los tutsi, también había un sector de «evolucionados», que eran aquellos que no tenían cargos, ni tierras y ni ganado —o muy poco— pero cuya condición de tutsi les había posibilitado el acceso a la educación. Según el periódico *Tribune Libre* (1954), «los evolucionados son las élites de África: una categoría de hombres que, por su formación intelectual, moral y religiosa, y frecuentemente por su situación social y asistencia material, se encuentran en la vanguardia del progreso». Esta «vanguardia», será un nuevo actor dentro de la política ruandesa y dará un nuevo giro a la historia del país en el marco del proceso de descolonización.

La élite hutu «evolucionada», comenzó activamente a involucrarse en las discusiones políticas a partir de la década del 50. Para ello contaron y utilizaron los medios que misioneros y eclesiásticos colocaron a su disposición⁹⁷. En efecto, el rol de la Iglesia fue crucial en el ascenso político de los evolucionados tal como había sido crucial para instalar la dominación europea.

Ahora bien, hacia 1950, los misioneros que llegaban a Ruanda eran de una extracción social más baja que los primigenios Padres Blancos. A su vez, también arribaron jesuitas, salesianos, y otros sacerdotes que, sin pertenecer a ninguna orden religiosa, acudían al llamado de Pío XII de «más misioneros en África». Estos nuevos religiosos miraban con más desconfianza a las clases tradicionales que detentaban el poder; por otra parte, los nuevos Padres Blancos, abandonaron la idea rectora de Lavigerie de la conversión de la élite dirigente y dirigieron su labor hacia los más desfavorecidos. Apoyaron la idea de la democratización y descolonización, con un fuerte sesgo anticomunista, mientras que en el interior de Ruanda se opusieron a la secularización de la educación propuesta tanto por la administración belga como el *mwami*. En un proceso paralelo, los Padres Blancos habían ido entregando la dirección de diversos establecimientos educativos, misiones y parroquias al clero local, a quienes ellos habían formado, muchos de los cuales eran tutsi, aunque también había algunos hutu. Estos últimos nombramientos se aceleraron a partir de 1950. Pronto, en el seno de la Iglesia en Ruanda, comenzará a percibirse una división entre los clérigos blancos y aquellos loca-

⁹⁷ Hacia 1950, «Rwanda contaba con cerca de 600.000 bautizados católicos y catecúmenos –un tercio sobre un total de población de 1.8 millones. Mientras los adherentes a las religiones tradicionales aún constituían la mayoría de la población, los católicos sobrepasaban a los protestantes por quince a uno y a los musulmanes por cien a uno. Significativamente, el catolicismo dominaba a la élite ruandesa mucho más que a sus campesinos; 647 de 174 jefes y subjefes ruandeses se habían convertido al catolicismo hacia 1950. Casi todos los hutu educados habían sido instruidos en escuelas católicas y seminarios (Carney, 2012, p.11).

les medido en términos de oportunidades y responsabilidades para unos y otros (Carney, 2014).

Con estos nuevos religiosos, encontraron lugar y luego eco aquellos tutsi y hutu evolucionados que buscaban un cambio en la dirección política ruandesa aprovechando la oportunidad que les daba el proceso de descolonización. Los periódicos eclesiásticos como *L'Ami*⁹⁸ y *Kimyamateka*⁹⁹, promovieron la discusión política y social y fueron un importante vehículo de comunicación y promoción de las ideas de estas nuevas élites. Desde la Iglesia también se organizaron «Círculos» de discusión, para analizar los problemas socio políticos del país de los que participaban los *evolúés*, las élites tutsi e incluso la monarquía.

Las políticas eclesiásticas parecían obedecer, al menos en un principio, a la intención de no perder el control de las élites que estaban surgiendo en Ruanda, y, cualesquiera fueran los resultados del proceso de emancipación evitar el avance del comunismo en el país. Por su parte, las nuevas élites utilizaron estos medios como «tribunas» aunque en un principio se prestaran al juego de la Iglesia, en el que muchos creían sinceramente. Empezaron tímidamente las discusiones políticas y sociales dentro del marco cristiano y terminaron utilizando los periódicos, las asociaciones cristianas y grupos católicos para lanzar sus plataformas

⁹⁸ *L'Ami* fue un periódico dirigido por Joseph Habyarimana «Gitera», que se editaba en francés sobre problemáticas de interés general. Se transformó luego en *Temps Nouveau d'Afrique*. Ambos periódicos fueron tribunas políticas para las ideas de los hutu.

⁹⁹ Fue dirigido por Alexis Kagame, a quien citáramos en las primeras páginas de este trabajo como un estudioso de las tradiciones de la monarquía y quien efectuara una de las primeras recopilaciones escritas de la tradición oral ruandesa. Abandonó la dirección del periódico cuando fue llevado a Roma para su doctorado en teología y reemplazado por Gregoire Kayibanda, uno de los más destacados hutus evolucionados y futuro político hutu. *Kinyamateka*, se transformó en el periódico más leído de Rwanda, volcando su contenido hacia las cuestiones vinculadas al campesinado hutu, la democracia y la justicia social (Carney, 2014). Ambas publicaciones pertenecían a la Iglesia católica.

políticas abandonando muchos de ellos, la centralidad de la religión. Hacia el final de esta etapa, todos estos medios católicos estaban en manos de hutu evolucionados.

Con el común denominador de sus vínculos con la Iglesia, los hutu evolucionados fueron vinculándose entre sí, compartiendo ideas y acciones, promoviendo foros y círculos de discusión donde en un comienzo podían encontrarse también algunos tutsi evolucionados y con el correr del tiempo, no. Estos hutu conocían la realidad de la ruralidad hutu, tenían contacto con las bases y algunos de ellos capacidad de convocatoria a partir de sus dotes de liderazgo.

Dentro de la nueva élite hutu, se encontraba Gregoire Kayibanda, educado en colegios religiosos e inclusive, estudiante durante un tiempo del seminario de Nyakibanda¹⁰⁰. Una vez abandonada la carrera religiosa, Kayibanda fue maestro y catequista¹⁰¹, presidente del Círculo La Legión de María¹⁰², columnista y editor de *L'Ami* y posteriormente director de *Kinyamateka*, el único periódico en kinyarwanda y el más leído de Ruanda. Todo ello, le permitiría un contacto permanente con los hutu más desfavorecidos y agobiados por las obligaciones.

¹⁰⁰ Era el seminario más importante de Ruanda, y el único camino para la educación superior con que contaban los hutu. Cabe consignar que el país no contaba con una universidad y que éste era uno de los reclamos de los tutsi que debían desplazarse al Congo o a Makerere (Uganda) para poder estudiar.

¹⁰¹ Trabajó en el Instituto Leon Classe donde también funcionaba la escuela de oficios para jóvenes que no habían sido aceptados en la escuela secundaria. Enseñaba francés, historia, geografía y religión (Paternostre, 1994, p.75). También fue el único representante africano enviado a Bruselas en el marco del Encuentro de Obreros cristianos organizado por la Iglesia. Volvería a ir al exterior en 1957-58 para perfeccionar su oficio de periodista. Durante esta estadía participaría de la Mesa redonda sobre la independencia de los territorios del Congo.

¹⁰² La Legión de María fue uno de los círculos donde se discutieron los temas políticos y sociales de Ruanda. También dirigió el periódico católico *Kurerera Imana* (educar para Dios). Dos sacerdotes fueron especialmente importantes en el desarrollo de Kayibanda y su prédica hutu: Dejemeppe y Perroudin.

Al margen de su actividad laboral, buscó en las asociaciones civiles una forma de promover su compromiso social. Así, fundó en Kigali un círculo de intelectuales que reunía a antiguos seminaristas y a egresados del Grupo Escolar de Astrida para discutir los asuntos del país; en este círculo no había europeos, y, en algunos momentos, contó con la participación del administrador territorial, jefes y subjefes de Kigali. Poco después fundó la Asociación de Educadores de Ruanda, una asociación de profesionales de la educación integrada por maestros primarios que habían estudiado en la escuela religiosa de Zaza, en vistas a potenciarse entre ellos para lograr una mejora de sus salarios y condiciones laborales, iniciativa fuertemente apoyada por la Iglesia; esta asociación contó con la afiliación del 90 % de los maestros de Ruanda, quienes luego se transformarían en militantes y propagandistas de las ideas de Kayibanda (Paternostre de la Marieu, 1994, pp.80-84). En 1956, Mons. Perroudin, apoyó la fundación de la cooperativa Trabajo, Fidelidad, Progreso (TAFIPRO), una cooperativa agrícola que intentaba potenciar a sus miembros en cuestiones vinculadas a precios, producción e infraestructura. Su dirección recayó en Kayibanda en 1957, lo que también le posibilitaría ampliar su red de contactos campesinos.

Ampliamente conocido por la población ruandesa, sobre todo por su trabajo desde la base, en un principio, su prédica fue moderada. Reivindicó a los más necesitados proponiendo la acción comunitaria a partir de la formación de asociaciones y cooperativas, y la participación democrática en los consejos¹⁰³. Plantó la cuestión ruandesa a partir de «razas» sosteniendo que la situación del país era producto del sistema basado en las «costumbres» y «la vaca». Con el correr del tiempo endurecerá el discurso, tal como hacía en sus *Carnets Personnels*, en 1955.

El tutsi, mismo el más imbécil, ocupa el foro, el lugar, el despa-

¹⁰³ Kayibanda resultó electo para el consejo de la subprefectura, cargo que declinó.

cho oficial, el puesto de comando. Y tiende a conservarlo para sí mismo... Aunque no haga más que morder el viento. Aunque no tenga ni un milésimo de sensibilidad social. La política colonial, por interés o por oportunismo, mantiene esa situación. Los misioneros católicos se dejaron engañar por las apariencias sin fundamentos; y han reforzado sin darse cuenta la miseria y la sub existencia de los hutu (cit. por Paternostre de la Marieu, 1994, p.104).

Joseph Habyarimana, de sobrenombre Gitera, y Aloys Munyangaju, ambos evolucionados también serán activos defensores de la causa hutu, aunque desde lugares diferentes a Kayibanda.

Hacia mediados de la década del 50, comenzaban a delinarse en Ruanda las fuerzas políticas que serían protagonistas del proceso de independencia. Por un lado, estaba el *mwami*, quien, luego de haber servido a los belgas durante más de veinte años, había decidido dejar de ser un títere de sus deseos viendo en el proceso de descolonización una oportunidad para recuperar el poder. Para ello, se apoyó en los tutsi conservadores que habían tomado como causa propia la bandera de la independencia y la instauración de la monarquía como forma de gobierno. Estos tutsi, que se habían acomodado en los consejos locales, pretendían desconocer todos los cambios que se habían producido en la sociedad ruandesa y seguir monopolizando el poder. Por otro lado, se encontraba la élite de los «evolucionados» hutu y la élite de «evolucionados» tutsi, con ideas de cambio para la nueva etapa que se avizoraba en Ruanda. En la base, cientos de miles de campesinos hutu, en una situación desesperada, fueron encontrando interlocutores para hacer llegar sus reclamos. Mediando, influyendo, actuando más o menos desembozadamente, a veces sin objetivos claros y otras veces con decisión, se encontraban los belgas y la Iglesia.

A partir de 1956 la situación social entre los hutu y los tutsi se degradó. Las primeras elecciones generales fueron recibi-

das con enorme entusiasmo y expectativa, pero también mostraron la limitación de las reformas al no permitir el acceso de los hutu a los consejos de jefaturas, de territorios y al CSP, debido a las maniobras electorales. Pero con las elecciones, aumentó el activismo de los líderes hutu al compás de un acompañamiento cada vez mayor por parte de las masas que vivamente discutían los artículos de *Kinyamateca*. Paralelamente, los tutsi más conservadores ya se habían separado definitivamente de los belgas, exigían su inmediata salida del país y una rápida independencia para instalar la monarquía. Los belgas se sintieron traicionados.

Al año siguiente, en 1957, en un contexto que se iba polarizando cada vez más, el Consejo Superior del País, redactó la *Mise au Point*, documento que, frente a la inminente llegada de una nueva misión de Naciones Unidas, buscaba mostrar el «estado de situación» de Ruanda y remarcar aquellas cuestiones que debían tomarse en consideración en el camino hacia la independencia. Todo el documento planteaba la cuestión en términos raciales, entre blancos y negros, entre europeos y africanos, sin ninguna mención a las diferencias entre hutus y tutsis dentro de la sociedad ruandesa. El texto contenía una fuerte crítica a la administración belga subrayando el racismo de los europeos hacia la población local.¹⁰⁴

Según sus autores, el racismo se manifestaba en la discriminación legislativa, la falta de equiparación de cargos y sueldos entre europeos y africanos, y el abandono de la educación secun-

¹⁰⁴ «Nada es más irremediamente nefasto que infringir heridas sin discernimiento al amor propio que, en todos lados y siempre, son las que se envenenan más rápido. /.../ Sucede que ellas son provocadas por individuos cuya educación y formación, sus títulos y sus funciones los vuelven más culpables. Hay aún demasiados europeos que, investidos de alguna autoridad, imprimen a sus relaciones con los locales un odioso carácter de orgullosa condescendencia, de hiriente familiaridad, y a veces, de brusquedad o brutalidad. Hay aún, hombres y mujeres /.../ que por palabras, escritos, gestos o actitud se conducen como en un país conquistado» (CSP, 1957, p.552).

daria y superior por parte de la administración¹⁰⁵. Otras reivindicaciones giraron en torno a la falta de participación de los cuadros locales en la toma de decisiones, a la afirmación del *mwami* como máxima autoridad del país y el sostenimiento de la monarquía como sistema de gobierno local, algo que gran parte de los tutsi habían olvidado los últimos veinticinco años.

Para la implementación de una administración indirecta, hace falta ser dos y dos que colaboren. /—/ La colaboración no puede existir más que si el gobierno autóctono del país es eficaz, bien constituido y dotado de responsabilidades reales. Si se admite que la élite actual no está aún al nivel necesario para conducir sola su barca política, por no tener aun una habilidad administrativa suficiente, es necesario admitir que los niños aprenden a sostenerse sobre sus propias piernas. /.../ [El gobierno autóctono debería estar coordinado para que en conjunto con los belgas] no revista, como es el caso actual, el aspecto de pirámide incompleta; incompleto porque el *mwami* que está a la cabeza del gobierno local¹⁰⁶ no tiene funciones creadas para ayudar con la administración del país. /.../ Hay que abandonar la política de pequeñas concesiones en favor de aquella que crea instituciones dotadas de poder de acción /.../ para dar lugar a una gran participación en los asuntos públicos.

El Consejo Superior del País no tiene actualmente más que funciones fuertemente limitadas (CSP, 1957, p.548).

Era un claro pedido de autonomía e independencia a la administración belga. Pero el documento fue aún más allá, acusó

¹⁰⁵ En este sentido, se recrimina a los belgas el no haber construido una Universidad en Ruanda y sí haberlo hecho en Elizabethville (Congo) y no haber levantado más escuelas secundarias; se les reclama la equiparación de los títulos de Astrida (mayoritariamente con estudiantes tutsi) a las escuelas belgas para que los astridianos pudieran también acceder a los cargos administrativos. En la misma línea, se pide capacitación en Bélgica para los cuadros administrativos locales que obviamente eran abrumadoramente tutsi (CSP, 1957, p.545).

¹⁰⁶ En las traducciones del francés, traducimos la palabra *indigène* como «local».

a Bélgica de dividir al país a partir de su tolerancia a la prensa hutu:

No hace falta insistir igualmente sobre la prensa; su rol es determinante en la evolución de un país. /.../ Esto obliga [a la prensa], en un país en formación, a abstenerse de todo lo que pudiera llevar a la dividir o, lo que sería más grave aún, a echar a unos contra otros a quienes han decidido vivir juntos.

Sin embargo, nos encontramos que la prensa local y a veces la prensa metropolitana se hace eco de una política disolvente. La libertad de prensa es de gran importancia y debería ser especialmente reconocida.

Haría falta, por el contrario, fortalecer la prensa local libre y representativa... (CSP, 1957, p.554).

Ahora bien, eran los tutsi los beneficiarios de los cargos administrativos y de la participación en los consejos, y en el mismo sentido, eran ellos los que podían comparar sus ingresos con los de los europeos que poseyeran cargos en la administración. De manera análoga, eran los tutsi casi los únicos beneficiarios de la educación secundaria y los únicos de la educación superior; ningún reclamo se efectuaba por la educación primaria, único nivel al que podían acceder la mayoría de los hutu ni tampoco se nombraba la disparidad de posibilidades educativas. Es decir, en el «estado de situación» del país, no hay una sola reivindicación que incluya las necesidades de otros sectores sociales que no sean ellos mismos ni ninguna mención a la terrible situación a la que se encontraba reducida la mayoría de la población hutu y muchos tutsi desfavorecidos. Lejos de representar un «estado de la cuestión runadesa», el documento se asemejaba más a una defensa de los intereses tutsi que podrían verse amenazados con un proceso de descolonización que virara hacia la democracia o hacia una mayor participación de los hutu en el sistema político. En este sentido, solo planteaba aquellas cuestiones que perjudicaban a la élite tutsi conservadora que temía que una democratización del sistema la dejara sin sus privilegios y el monopolio político.

En el documento también se rechazaba la idea de una emancipación que incluyera una federación Congo-Urundi-Ruanda. Una independencia basada en elecciones democráticas, así como una federación, colocaría en riesgo la posición política de los tutsi. La fuerte reivindicación de la emancipación por parte de los tutsi bien puede corresponder al clima continental propio de finales de la década del 50, pero incluía también la intención de ser los únicos beneficiarios del poder una vez librados de la tutela de los belgas.

Con la *Mise Au Point* se delinearon ciertos principios que guiarían a los tutsi en esta etapa: el nacionalismo anticolonial, el elitismo político, el llamado a una rápida independencia y la resistencia a tratar los problemas económico-sociales en términos étnicos (Carner, 2014, p.80).

El documento no pasó desapercibido para la elite hutu. Un mes después, se publicó el Manifiesto Bahutu¹⁰⁷ redactado por nueve hutus evolucionados entre quienes estaban Gregoire Kayibanda y Joseph Gitera. En el Manifiesto, sus autores reaccionan a la *Mise au Point* sosteniendo que el problema de Ruanda no radicaba en un racismo entre europeos y africanos sino en un racismo interno, que había dado lugar al monopolio que los «camitas» habían instaurado por sobre los muhutu¹⁰⁸.

El problema racial local es sin duda de orden interno. /.../ En efecto, no serviría de nada solucionar el problema mututsi-belga si se deja de lado el problema fundamental mututsi-hutu. /.../ Nos pareció constructivo mostrar la realidad angustiante en pocas palabras a la autoridad tutelar que está aquí para toda la población y no solamente para una casta que representa apenas el 14% de los habitantes (Manifiesto Bahutu, 1957, p.98).

¹⁰⁷ El nombre real del documento es Nota sobre el aspecto social del problema racial indígena en Ruanda, pero se popularizó como Manifiesto Bahutu.

¹⁰⁸ Este racismo se expresaba en un monopolio político, económico-social y cultural.

En este sentido, los hutu habían tenido que soportar un doble colonialismo: «el camita y su dominación y el europeo y sus leyes pasando sistemáticamente por el canal mututsi» (Manifiesto Bahutu, 1957, p.100).

El manifiesto Bahutu presentaba algunos trazos de un programa que pudiera sacar a los hutu de la terrible situación en la que se encontraban. Así, el documento propone que «se abandone el pensamiento que las élites ruandesas no se encuentran más que en los rangos camitas», la supresión de los trabajos forzados, el reconocimiento legal de la propiedad individual de la tierra, un fondo para créditos rurales a fin de promocionar iniciativas de corte rural y la libertad de prensa (Manifiesto Bahutu, 1957, pp.103-105). Respecto de esta última cuestión, luego de recoger el guante referido a que ciertas expresiones de la prensa hutu podían generar división, y de reconocer que quizás había habido algunos excesos en esta cuestión, el documento expresa:

Pero pensamos también, que no hace falta, con el pretexto de no «dividir», callar las situaciones que existen o que tienden a existir en perjuicio de un gran número y por el monopolio abusivo de hecho de una minoría /.../ Antes que exigirle perfección a la prensa, ¿no habría que exigírsela a los tribunales locales, a la administración —que son lejos más importantes— y que no hacen más que dar demasiadas ocasiones a la crítica de la prensa? La libertad de expresión bien entendida, ¿no es una de las bases de una verdadera democratización? (Manifiesto Bahutu, 1957, p.105)

La cuestión de la democracia es un aspecto central dentro del Manifiesto. Porque mientras la *Mise au point* centralizaba la cuestión en la independencia y la monarquía, el Manifiesto vislumbraba primero una democracia sin necesidad de una independencia. Era la promoción de la democracia una vía para la solución de los problemas hutu. Teniendo en cuenta que los tutsi ocupaban más y más el poder, el documento alertaba «contra una

metodología que tendiendo a la supresión del colonialismo blanco-negro, dejaría un colonialismo peor del camita sobre el muhutu». Es decir, alertaba sobre los peligros de hablar de independencia sin resolver previamente la cuestión hutu-tutsi. Y proseguía: «Hace falta allanar las dificultades que podrían provenir del monopolio camita sobre las otras razas más numerosas y más antiguas que habitan el país» (Manifiesto Bahutu, 1957, p.106).

Lo primordial no era entonces la independencia sino lograr la representación de los hutu que solo podría asegurarse con la democracia. De hecho, el Manifiesto deja de lado la cuestión de la emancipación. Desde el punto de vista político, el manifiesto pide que se realice una promoción efectiva de los hutu en los cargos públicos (como jefes, subjefes y jueces), la periodicidad de las funciones, que cada jefatura aportara al consejo un número de delegados proporcional a la cantidad de habitantes que contribuían a esa jefatura, la codificación de las leyes y la costumbre y la promoción de la educación entre los hutu, en tanto el actual sistema «favorece sistemáticamente el avance político y económico del camita»¹⁰⁹ (Manifiesto Bahutu, 1957, pp.106-108). En síntesis: «reclamamos al gobierno tutelar y a la administración tutsi que sea implementada una acción más positiva y sin tergiversaciones para la emancipación económica y política del muhutu de la sumisión tradicional camita». En este sentido, el Manifiesto rechazaba rotundamente «la supresión en las cartas identitarias oficiales o privadas de las menciones muhutu, mututsi o mutwa», en tanto lo que ofendía a los hutu no era la designación como «hutu» sino los privilegios de una élite favorecida que reducía a la mayoría de la población a una inferioridad sistemática; la supresión de las identidades le permitiría a los tutsi aumentar los privilegios y dificultaría la supervisión de la situación social (Manifiesto Bahutu, 1957, p.110).

¹⁰⁹ En este sentido, el manifiesto también se opone a la *Mise au Point* en tanto prefiere antes que promover la construcción de una universidad en Ruanda privilegiar la enseñanza profesional, técnica y artesanal.

Con el Manifiesto, se delinearán también las líneas centrales del pensamiento de los líderes hutu: la centralidad de la cuestión étnica como fuente de los problemas económicos, sociales y políticos de Ruanda y la democratización del sistema como solución para zanjar las injusticias provocadas por los camitas.

La *Mise au Point* era un documento por la independencia; el Manifiesto era un texto para sacarse de encima el yugo tutsi. Ambos documentos mostraban visiones opuestas de la realidad del país, pero también visiones opuestas del pasado. Ambos planteaban la cuestión en términos raciales. Uno entre blancos y negros; el otro entre los tutsi y los hutu. Los tutsi y el *mwami*, no veían diferencias entre la población ruandesa, sino que la realidad tutsi se asumía como la realidad de toda la población del país. El Manifiesto, en cambio, marcaba la diferencia entre una «raza» opresora, a la que denomina camita, y los hutu, una mayoría de data más antigua en el país. La identificación de los tutsi como «camitas» los asociaba directamente con un pueblo «extranjero» frente a los hutu que se consagraban como los verdaderos habitantes del país. Todo ello, demuestra hasta qué punto había calado en los hutu el invento europeo, positivista y religioso de la hipótesis camítica.¹¹⁰

Unos aspiraban a la monarquía y enarbolaban las costumbres ancestrales porque aspiraban a ser beneficiarios del poder que dejarían los belgas; los otros buscaban la democracia porque la mayoría poblacional les permitiría tener —o «recuperar» según la retórica hutu— el poder que le había quitado la conquista camita. Mantener las etiquetas étnicas serviría a estos objetivos en tanto podría encolumnar a toda la población hutu detrás de una causa: la causa hutu en contra de los extranjeros tutsi. La unidad de los hutu será desde entonces una de las herramientas más uti-

¹¹⁰ En esta misma línea podría encontrarse la afirmación del Manifiesto: «El miedo, el complejo de inferioridad y la necesidad «atávica» de una tutela atribuidas a la esencia muhutu, si bien son una realidad, son secuelas del sistema feudal» (Manifiesto Bahutu, 1957, p.99).

lizadas en el discurso de esta élite. Las dos condiciones sociales se iban transformando en «identidades» que a su vez eran cada vez más «absolutas» y que además iban adoptando características «excluyentes».

En el discurso de la élite evolucionada hutu, la retórica hutu/tutsi estaba ausente antes de 1955 (Lemarchand, 1970, Carney, 2014). Visto así, la actitud de los tutsi de manipular las elecciones de 1956 para concentrar los niveles más altos de decisión dejando solo cargos subalternos a los hutu, y la ceguera política del *mwami*, decantó en una polarización que centró el discurso en la cuestión hutu-tutsi. Los hutu cerraron filas en torno a la retórica de la conquista, la opresión y la exclusión, y los tutsi pretendieron la existencia de una sociedad precolonial donde reinaba la armonía asegurada por la figura del *mwami*, que había sido distorsionada por la colonización belga. Las visiones sesgadas de la realidad distorsionaban el pasado y la visión sesgada de un pasado impedía ver cabalmente la realidad... a las dos identidades.

El contenido de ambos documentos mostró también la polarización hacia la que caminaba la sociedad ruandesa; una polarización que daba cuenta de que, más allá de las interpretaciones de conveniencia que cada élite hizo de la situación, había un importante malestar basado en la situación desesperante de las masas hutu que se encolumnaron detrás de una élite que supo precisamente ver, canalizar e interpretar ese descontento. La polarización también hizo evidente que las masas hutu responsabilizaban a los tutsi —en un principio a los más acomodados y luego a todos— como los culpables de su situación desesperante.

Las tensiones generadas por ambos documentos colocaron la cuestión hutu-tutsi en el centro de la discusión política. La nueva visita de la misión de Naciones Unidas y el informe sobre la Tutela quedaron opacados y superados por las acciones de los mismos protagonistas. Y es que ambas identidades habían tomado la situación en sus manos sin esperar, como había pasado con la primera misión de la ONU, que la solución viniera de afuera.

La desconfianza de los hutu hacia el *mwami* y la escalada de las tensiones entre los hutu y los tutsi pueden observarse en la carta que le enviara un grupo de hutus el 27 de octubre de 1957 a Mutara III¹¹¹. En ella se le pedía la «aplicación del principio que el *mwami*, jefe de la jerarquía y Padre de todos, no tiene ni raza, ni clan y vela por los intereses de todos sus sujetos». En la misma misiva, se le solicitaba que para que el país creyera que se instalaría una verdadera democracia y para desacreditar la creencia de que el soberano solo buscaba sus colaboradores entre los tutsi, escogiera como asistentes a un hutu, un tutsi y un twa, elegidos por sufragio universal entre sus congéneres y cuyas funciones serían asistir al *mwami* en todas las operaciones administrativas «de una forma permanente, simultánea, real, representativa y consecuentemente independiente». Si no lo hacía, daría lugar a creer que existía una «grave segregación racial y una monarquía absolutista incompatible con nuestro lema y destino» (Sederi, Habyarimana, Sindiro, et al., 1957, pp.1-2).

Poco después del Manifiesto, Kayibanda fundó el Movimiento Social Muhutu (MSM), una agrupación política hutu cuyo objetivo era implementar el programa propuesto en el documento. Al poco tiempo, Kayibanda viajó a Bélgica para formarse como periodista en el periódico *Vers l'avenir*, estancia que le permitió establecer importantes contactos con el partido socialista cristiano en la metrópoli y con diversas asociaciones de trabajadores europeos.

Del MSM, se desprendió Joseph Habyarimana Gitera, y fundó la Asociación para la Promoción de la Masa (APROSO-MA). Con un fuerte tono reivindicativo y militante, atacó fuertemente a la monarquía y a los tutsi más conservadores defendiendo los intereses de los hutu, pero, al menos en un principio, tam-

¹¹¹ La carta fue firmada entre otros por Vianney Bendantunguka, Joseph Gitera y Aloys Munyangaju, Kayibanda se encontraba en Bélgica perfeccionándose como periodista; sus mentores religiosos le habían conseguido esa oportunidad.

bién los de los tutsi desfavorecidos. Su prédica se fue tornando cada vez más virulenta al mismo tiempo que fue asociando a todos los tutsi dentro de la misma categoría de privilegiados sin considerar las diferencias entre ellos. Fue uno de los padres del «etnismo» que caracterizó el discurso y las acciones de los hutu con el discurrir de los acontecimientos.

Del lado tutsi, surgió la Asociación de Ganaderos de Ruanda y Urundi que agrupó a tutsis conservadores y nacionalistas, y que luego daría lugar a la UNAR.

Recién en marzo de 1958, cuando los debates subían de tono y decenas de artículos en periódicos diversos daban cuenta del debate hutu-tutsi, el Consejo Superior del País decidió dejar de mirar hacia otro lado y convocó una sesión extraordinaria para tratar la cuestión. Vianney Bendantunguka, sintetizó así, las ideas de los hutu y el contenido del Manifiesto:

En este momento, es necesario en nuestra Ruanda, donde existe una desigualdad chocante en la repartición de las cargas públicas, de las injusticias y de los abusos de los poderes creados, es necesario —repito— una revolución sin sangre, pacífica, nos hace falta un 4 de agosto de 1789¹¹², para reconocer en Ruanda la igualdad político social y la admisibilidad en los empleos públicos de todos los ruandeses. Es esta revolución pacífica que el manifiesto bahutu ha tratado, trata aún y tratará de impulsar, a fin de evitar una revolución sangrienta para nuestra prosperidad. /.../

Se grita en todo el Congo-Belga y en Ruanda-Urundi, «discriminación entre blancos y negros» /.../. Si se comenzara por instituir la igualdad en nuestra casa, entonces podríamos con cierta chance de éxito, emprender el trabajo de nuestras relaciones con el Blanco (Bendantunguka, 1958, p.2).

¹¹² En alusión a la declaración de los derechos del Hombre y el ciudadano en el marco de la Revolución Francesa. La educación occidental queda patentizada en las constantes referencias que se hacen a la historia de Europa y al pensamiento occidental en diversas fuentes correspondientes a este período.

Una vez más, quedaba claro la subordinación de la cuestión de la independencia a la resolución previa de la cuestión entre los hutu y los tutsi: primero garantizar la equidad entre la población, luego, pensar en la emancipación. Esto no significaba, al menos en esta etapa, el reemplazo de la monarquía como sistema político¹¹³:

Termino proclamando en voz alta la completa lealtad al rey¹¹⁴ de todos los manifestantes bahutu. El carácter de la monarquía en Ruanda es intangible, la persona que la reviste está fuera de toda casta. Nosotros no tomamos posición contra la casta mimada por el régimen en vigor en estos tiempos. Nosotros atacamos ciertas tolerancias del régimen por ser injustas e incompatibles con la evolución del país. /.../ Ruandeses, a buen entendedor, salud (Bendantunguka, 1958, p.2).

Pocos días más tarde, la gravedad de la cuestión llevó al *mwami* a convocar una Comisión para el estudio de la cuestión hutu-tutsi, basándose en el Manifiesto y la carta al *mwami*. Las actitudes de Mutara no hacían presagiar buenos resultados de la iniciativa. Rechazó recibir a una comisión de quince hutus que pretendían reunirse con él antes del inicio de las sesiones de la Comisión, discutió con Gitera a quien terminó tomando por el cuello cuando éste lo amenazó con hacerle una manifestación en Nyanza y finalmente tildó a los peticionantes de separatistas y enemigos de Ruanda (Carney, 2014, p.87, Linden, 1977, p.252). Las desventuras de la delegación hutu fueron contadas poco después por *Kinyamateca*.

¹¹³ «Tengo el honor de rendir homenaje a la profunda sabiduría real de su Majestad Mutara III Rudahigwa, nuestro rey, de haber convocado esta sesión extraordinaria del Consejo Superior de su país, Ruanda, en vistas a poner punto final a un problema tan fundamental como crucial de nuestro querido país. /.../ Este problema es llamado por los conocedores como el problema clave del porvenir/futuro ruandés» (Bendantunguka, 1958, p.1).

¹¹⁴ *Le parfait royalisme*, por su expresión en francés.

La Comisión se reunió entre abril y junio de 1958 y estuvo conformada por diez integrantes: cinco tutsis –pertenecientes al CSP– y cinco hutus. Entre ellos se encontraban tanto hutus intransigentes como tutsis conservadores y elementos más moderados de ambos lados. En términos generales, tanto los hutu como los tutsi no mostraron opiniones monolíticas sobre las cuestiones que se debatieron, pero sí es de remarcar que en los debates podían percibirse claramente los dos grupos.

Los hutu remarcaron la desproporcionalidad de los cargos ocupados por los tutsi en detrimento de los hutu, el total monopolio judicial, el favoritismo de los belgas hacia ellos, la falta de representatividad del CSP y la imposibilidad para los hutu de acceder a la educación secundaria y superior. Mas allá de reconocer al *mwami* como «un padre común a todos», le endilgaron responsabilidad en el monopolio administrativo y judicial de los tutsi, la discrecionalidad en el manejo de los fondos para favorecerlos y su pertenencia y favoritismo hacia ellos. Propusieron elecciones generales para el nombramiento de jefes, subjefes y jueces¹¹⁵, y sostuvieron la necesidad excluyente de incorporar un miembro hutu que asesorara al *mwami* en el CSP vista la presencia de un representante twa y del monopolio tutsi.

Por su parte, los tutsi se inclinaron por intentar mantener el *status quo*, responsabilizando a la colonización belga por la situación de los hutu y cerrando filas en torno a la figura del *mwami*. Se negaron a que los cargos fueran electivos, inclinándose por la idea de que la elección de los candidatos recayera en los consejos y el *mwami*. Se aceptó la condición de los hutu, pero se subrayó la necesidad de una salida paulatina por la vía del acceso a la educación. La incorporación de un representante hutu en el CSP fue un tema escabroso que ningún tutsi aceptó, cuestionando su necesidad y sosteniendo que solamente llevaría a la división del país.

¹¹⁵ Para una posterior elección del *mwami* de entre los candidatos elegidos por sufragio universal.

Si bien hubo alocuciones más moderadas que otras, se escucharon comentarios muy despectivos hacia los hutu. Desde la mención de su incapacidad hasta su falta de instrucción y su complejo de inferioridad¹¹⁶. El jefe Gashugi, por ejemplo, sostuvo que los hutu no ocupaban cargos de jefatura porque los belgas habían tenido que removerlos luego que éstos se hubieran dedicado al saqueo, el pillaje, el robo y el asesinato de misioneros cuando habían desempeñado esos cargos (Séance 2, 1958, pp.6-7). Afirmó que el CSP no había jamás actuado para que el muhutu no progresara al mismo ritmo que el mututsi, que «no había impedido jamás al muhutu participar de la Administración de su país. Que, en muchos casos, el muhutu se mostró inepto y que es esa la causa de su actual retraso» (Séance 2, 1958, p.7).

Es de destacar que, en el marco de esta falta de entendimiento, el jefe tutsi Bwanakweli, sostuvo que el problema no estaba en el *mwami* sino en el régimen. El soberano debía decidir por sí mismo razón por la cual recurría a aquellas personas en quienes tenía confianza –los tutsi– quienes, a su vez, intentaban sacar provecho de ello. En forma progresista, el jefe tutsi propuso la reunión de una Comisión Nacional integrada por personas capaces nombradas por el *mwami* elegidas entre mututsis, muhutus y mutwas. Esta comisión estudiaría una posible constitución y la sometería al soberano y al CSP. También sostuvo que el Consejo Superior del País debía porque hasta el Ministro de Colonias belga consideraba que era solo tutsi (Séance 2, p.6,12).

En el medio de las sesiones del Grupo de trabajo y en el marco de la polarización que se producía entre los hutu y los tutsi, un grupo de tutsis conservadores endureció su posición y viró hacia una postura supremacista. Este grupo, cuyos integrantes se llamaban así mismos los *bagararu b'imwami bakuru* (los grandes sirvientes del mwami), emitieron una declaración en la que sostenían que el ancestro de los Nyiginia, Kigwa, había des-

¹¹⁶ Los mismos representantes hutu, inclusive, aceptaron esta idea.

cendido del cielo para reducir a las tribus indígenas hutu a un estado de servidumbre. «Aquellos que reclaman compartir un patrimonio común, son aquellos que comparten lazos de fraternidad. Las relaciones entre nosotros, Tutsi, y ellos, Hutu, han estado desde siempre basadas en la esclavitud; entre nosotros y ellos no puede haber hermandad» (cit. por Lemarchand, 1970, p.154; Carney, 2014, p.90).

La declaración de una u otra forma justificaba la situación de los hutu por la supremacía tutsi devenida de la conquista, situación que les negaba la posibilidad de reclamar cualquier mejora en su situación. La indignación de los hutu, llevo a la publicación de una caterva de artículos defenestrando a la monarquía y a los tutsi y hasta cuestionando al *Kalinga*, tambor sagrado de la monarquía, que según la tradición estaba adornado con los testículos de los reyes hutu vencidos por los tutsi.

En este clima, a recomendación del *mwami*, el Consejo Superior del País, rechazó el documento que le presentó el Grupo de Trabajo. El *mwami* fue aún más allá: prohibió el uso de los términos hutu, tutsi y twa. Si la intención era evitar la división o mantener el *status quo*, no lo sabemos, pero el decidir precisamente lo contrario a lo que se pedía en el Manifiesto, convenció a la élite hutu acerca de qué lado había elegido el *mwami*. Los acontecimientos posteriores demostrarían que se había perdido una oportunidad preciosa para encarar una revolución institucional que evitara una revolución violenta.

Hacia finales de 1958, un clima de enfrentamiento entre hutus y tutsis podía percibirse en el país: folletos en contra de APROSOMA por autores nacionalistas anónimos, hutus en el norte del país expropiando tierras en manos de los tutsi, los twa al lado de los tutsi para hacer frente a un supuesto ataque de los hutu en Save... (Linden, 1977, p.260). Coincidían estos hechos con tiempos revueltos en todo el territorio administrado por los belgas: hacia finales de 1958 el Príncipe Louis Rwagasore pedía la inmediata independencia de Burundi casi al mismo tiempo en

que Patrice Lumumba fundaba en el Congo el Movimiento Nacional Congolés y radicalizaba su programa.

La violencia

Las élites hutu y las tutsi no constituían dos grupos homogéneos; tenían visiones distintas sobre cómo solucionar el problema ruandés. Como ya hemos señalado, la aristocracia tutsi se aferraba a la figura del *mwami* y en determinadas ocasiones lo había influenciado hacia posiciones extremas tanto respecto de los belgas como respecto de los hutu. Para estos tutsi, el *mwami* era la verdadera autoridad de Ruanda, símbolo de la nación y de su unidad, por lo cual la monarquía se constituía en el único sistema que podía garantizar la unión nacional. Culpaban de la situación social a los belgas, se apoyaban en la costumbre y defendían una versión de la historia del país en la que hutus y tutsis habían convivido casi en un jardín del Edén hasta que la llegada de los europeos había envenenado sus relaciones y fomentado la división. Bregaban a su vez, por una independencia que evitara un proceso previo de autonomía basado en una democracia electiva que delineara las instituciones que regirían el país cuando finalmente se obtuviera la emancipación. Dentro de esta aristocracia tutsi, un grupo viró hacia posiciones supremacistas –como los sirvientes del *mwami*– que sostenían que el sistema de Ruanda devenía de la innata superioridad tutsi y la ineptitud de los hutu.

Otros tutsi eran más moderados. Sobre todo, aquellos que habían sido educados en el Grupo Escolar de Astrida, que consideraban que podían aliviar la carga de los hutu mediante reformas constitucionales. Tal podía ser el caso del jefe Bwanakweli quien había iniciado por su propia cuenta una reforma drástica dentro de su territorio para beneficiar a los hutu; frente a esa iniciativa, el *mwami* había decidido transferirlo a Kibuye, un lugar alejado en el oeste de Ruanda (Lemarchand, 1970, p.154).

Más allá del hecho aislado, la actitud del *mwami* bien puede ser considerada como una toma de posición respecto del problema¹¹⁷.

También hay que considerar que no todos los tutsi eran ricos y acomodados:

Si los tutsi ocupaban el 99% de las jefaturas de Ruanda, el 94% de las posiciones en el Consejo Superior del País, el 81% de los asientos en los consejos territoriales, el 67% de los puestos administrativos coloniales, el 61% de las plazas en los colegios secundarios, la vasta mayoría de esas élites pertenecían solamente a los dos clanes reales, el *Abanyiginya* y el *Abega*. El grupo de trabajo [enviado por los belgas en 1958] admitió que solamente entre 6000 y 10.000 tutsis ruandeses se beneficiaban del botín del sistema colonial; los otros 140.000 tutsis no eran más ricos que sus compañeros hutu (Carney, 2014, p.103).

Esta anterior consideración debería, empero, tener también algunos matices. Por las características del sistema colonial, los tutsi *per se* disfrutaban los beneficios de su posición y aunque no tuvieran riqueza tenían acceso a más posibilidades que lo que en general poseían los hutu, inclusive los hutu *evolués*. Solamente las mayores oportunidades educativas que incluían la universidad son una muestra de ello. También hay que recordar que los tutsi no estaban sujetos a la *uburetwa*, lo cual de una u otra forma les permitía disfrutar más de los frutos de su trabajo. Esto no quita que hubiera tutsis pobres, que sí los había, pero en general su situación no podía equipararse con la de la mayoría de los campesinos hutu.

En el caso de los hutu, los miembros de la élite tampoco compartían las mismas ideas sobre cómo lograr la «emancipación» hutu. Kayibanda postulaba la defensa de los derechos de

¹¹⁷ Bwanakweli, era el mismo jefe tutsi que, en el grupo de trabajo, había propuesto redacción de una constitución que considerara una monarquía constitucional como sistema de gobierno.

los hutu sin cerrar la puerta al diálogo y la conciliación; preconizaba la acción desde abajo, desde las bases, desde las organizaciones civiles, utilizando los consejos como vía de acceso al poder. Había estado casi todo el año 1958 en Bélgica donde no había dejado de trabajar en la política ruandesa, ampliando su red de apoyos y contactos en la metrópoli y consiguiendo fondos para el MSM. Al regreso, revitalizó el movimiento desde el trabajo constante con las masas rurales hutu.

Gitera, en cambio, había tomado una postura más radical englobando a todos los tutsi dentro de la misma «casta», a partir de la propaganda constante sobre las masas. Desde el periódico *Les temps nouveaux d'Afrique* –de los misioneros cristianos– y *Ijwiry rubanda*

Rugufi (La voix du petit peuple), –el periódico de APROSOMA– atacó vehementemente a la monarquía y al Kalinga, como símbolo de la humillación del pueblo hutu.

Morir y ser inhumado es habitual: pero ser castrado y servir de ornamento (al *Kalinga*) sobrepasa el entendimiento. Aquellos a quiénes se ha robado el tambor son aquellos que ya no forman parte del poder. Están ahí los restos de sus padres, están secados, penden (sobre el *Kalinga*) ... Y a ti Gahutu, ¿esto te parece normal? ¡¡Los restos de vuestros padres penden [de él] y ustedes se han arrodillado para adorarlo!! (cit. en: Rudakemwa, 2005, p.339).

Buscando involucrar a la Iglesia y sumarla a su causa anti tutsi, Gitera escribió a Mons. Perraudin:

Yo denuncié y acusé delante de la autoridad episcopal de su Excelencia Mons. Perraudin... en su calidad de Guardian y Defensor de la doctrina de Cristo... el *Kalinga* camito-rwandés, es centro de un culto idolátrico notorio. Es «*Inganji*» ... un tambor que ha triunfado sobre todos los otros. ¿Triunfará también sobre la Iglesia de Cristo en Ruanda?... [los tutsi] Alientan unánimemente la independencia en lo civil, en lo

religioso... ¿Y quiénes la lideran? Aquellos cuyos padres o hijos, hermanos, o primos, antepasados o abuelos o tíos son adoradores fervientes del Kalinga (cit. en Rudakemwa, p.340).

Perroudin y Bigirumwami¹¹⁸ respondieron varios meses más tarde despegándose de la cuestión, indicando que el *Kalinga* no era más que «un emblema», que no era depositario de autoridad pues ésta correspondía a las personas, por lo que era «indiferente desde el punto de vista religioso», y que, si era objeto de ceremonias supersticiosas o inmorales, la Iglesia las condenaba, pero no estaba encargada de vigilarlas (Perroudin-Bigirumwami, 1959, cit. en Rudakemwa, 2005, p.340)¹¹⁹.

Frente a la creciente polarización, los belgas no tomaron ninguna acción concreta para controlar la situación. Esta pasividad puede ser interpretada como una toma de posición en favor de los hutu y también como una muestra más de la desidia, ceguera, torpeza o incapacidad para el manejo de las cuestiones coloniales. Sin embargo, la situación era percibida, aunque no atendida por la administración. En *Kinyamateca*, el gobernador belga Alfred Classe Bouuaert ya sostenía en 1954:

El jefe que priva injustamente a sus sujetos de su tierra y su ganado, el recolector de impuestos que extrae para su usanza personal una parte de las sumas percibidas, el juez que se deja influenciar por regalos o enemistades, el empelado que no expide recibos y embarga el importe de las multas, la policía que, por regalos o por amistad, permite que una regla no sea observada... Impiden el progreso y suprimen toda la confianza del

¹¹⁸ Perroudin era un sacerdote suizo recientemente llegado al país y ordenado obispo de una de las diócesis más importantes de Rwanda, Kabgayi. Bigirumwami, era tutsi, fue el primer obispo local nombrado en el país y encargado de la diócesis de Nyanza, donde residía la corte.

¹¹⁹ Agregaban ambos obispos que «Era una cuestión de conciencia de parte de aquellos que tienen la guardia oficial de ese emblema. Si restos humanos rodeaban aun el *Kalinga*, ella [la Iglesia], juzgaba conveniente quitarlos.» (Perroudin – Bigirumwami, 1959, cit. en Rudakemwa, p.340)

pueblo respecto de los dirigentes (*Kinyamateca*, cit por Paternostre de la Marieu, 1994, p.89).

Tanto como estas arbitrariedades, también se percibían las tensiones. Así escribía el Vicegobernador General:

Desde mi observatorio de Usumbura, podía seguir la progresión año tras año, de las audacias que contenían esos artículos [en *Kinyamateca* de Kayibanda] y también el involucramiento extraordinario manifestado por las masas campesinas hacia esos verdaderos oráculos impresos en Kabgayi. Mucha gente se reunía en las chozas para escuchar juntos la lectura de *Kinyamateca*, luego un corredor llevaba el periódico a la colina siguiente. Mutara me pidió de prohibir esta «acción subversiva» que ponía en peligro el orden público, pero me cuidé bien de intervenir. Trató de intimidar a Kayibanda de diversas maneras, pero no osó enfrentar con la fuerza a sus poderosos protectores del obispado... (Harroy, cit. por Murengerantwari)

Si creemos lo que el administrador belga sostiene para 1958, podría decirse que admira el accionar de Kayibanda y que ha tomado partido por su causa. También demuestra su aversión hacia Mutara III Rudahigwa, que consideraba la prédica de los hutu como subversiva y de una u otra forma buscaba su censura y represión. El enfrentamiento entre los belgas y los tutsi también quedo patentizado en la fría recepción que el *mwami* había dicho recibir en Bruselas cuando visitara el país en 1958.¹²⁰

Hacia 1959 claramente el proceso de descolonización en Ruanda había centrado su eje en la cuestión Hutu-Tutsi. Visto ello, desde Bruselas se instituyó un Grupo de Trabajo para viajar a Ruanda, entrevistarse con los líderes y efectuar recomendaciones sobre la situación política y social. El Grupo recibió 500 testimonios escritos y realizó cerca de 700 entrevistas en el curso de

¹²⁰ Para esto consúltese el informe de Naciones Unidas de 1960.

tres semanas, durante el mes de abril. Como conclusión, el Grupo aseveró que Ruanda se encaminaba hacia la democratización y sus líderes aceptaban los principios básicos del sufragio universal, la monarquía constitucional y la división de poderes. Asimismo, se recomendó la reforma en el régimen de tenencia de la tierra, la federación entre Ruanda y Burundi y el resguardo de los derechos de los pueblos no autóctonos que vivieran en ambos territorios. Y algo crucial: aconsejó una independencia a largo plazo ya que la inmediata emancipación solo beneficiaría a una oligarquía minoritaria; es decir, de una u otra forma, avaló las peticiones de las élites hutus (Carney, 2014, p.102).

Casi paralelamente, las Naciones Unidas emitieron sus conclusiones de la última visita en 1957 dejando de lado el problema hutu-tutsi, criticando la educación católica y enfatizando el problema del aumento demográfico y las migraciones que esto provocaba en el Congo y en Uganda. Recomendaron elecciones para cargos locales a partir del sufragio universal, devolución de la administración local a la población nativa y agilizar el camino hacia la independencia (Carney, 2014, pp.103-104). A la habitual falta de comprensión de la realidad ruandesa, el informe de la ONU le agregaba una vez más, la tardanza en su elaboración. Producto de la visita de 1957, se publicó en 1959 cuando su contenido ya no reflejaba la realidad del país, tal como puede percibirse en su planteo y conclusiones. También habría que decir que difícilmente reflejara la realidad de los años anteriores.

La Iglesia católica también se involucró en la cuestión hutu-tutsi. El seminario se había transformado en la única opción de estudios superiores para los hutu; con el correr de la colonización habían comenzado a ordenarse sacerdotes locales; al principio eran solo tutsi, pero luego la ordenación alcanzó también a los hutu. En 1952 fue nombrado obispo de Nyundo, Aloys Bigirumwami, un sacerdote tutsi caracterizado por sus opiniones moderadas y constructivas para la sociedad ruandesa. El obispo era un acérrimo defensor de la unidad. Aseveraba que era imposible desentra-

ñar quién era hutu, quien tutsi y quien twa por sus rasgos físicos debido a la cantidad de matrimonios mixtos; también aseveraba que la situación económica o política no garantizaba que alguien fuera tutsi, ya que había un enorme número de tutsis pobres y sin poder. Criticando que el Manifiesto Bahutu se dirigiera a los tutsi, como si todos fueran responsables, Bigirumwami afirmaba:

El problema de fondo parece ser el hecho que, vista la evolución actual de Ruanda, muchas personas bahutu, batutsi y sin duda también batwa, querrían involucrarse en forma activa, efectiva, en los problemas políticos, sociales y económicos del país. ¿Por qué entonces, no dirigirse directamente a los responsables de los destinos de nuestro país, es decir el *Mwami*, el residente, el gobernador de Ruanda-Urundi o el gobierno belga? (Bigirumwami, 1958, p.2)

Uno de los prelados más cercanos a la causa hutu fue sin dudas André Perroudin, sacerdote suizo director del Seminario de Nyakibanda y Vicario Apostólico de Kabgayi en 1956 ¹²¹. El obispo publicó la Carta apostólica *Super Omnia Caritas* en la que sostuvo que, como Obispo, tenía la obligación de recordar a todas las autoridades y partidos políticos que la ley divina de la justicia y la caridad pedía que:

...las instituciones de un país sean tales que aseguren realmente a todos sus habitantes y a todos los grupos sociales legítimos, los mismos derechos fundamentales y las mismas posibilidades de ascenso humano y de participación en los asuntos públicos. Instituciones que consagraran un régimen de privilegios, de favoritismo, de protección sea para individuos o sea para grupos sociales no estarían de acuerdo con la moral cristiana. /.../ La Iglesia está en contra de la lucha de clases entre ellas /.../ pero admite que una clase social luche por sus intereses legítimos

¹²¹ Lo ordenó precisamente Bigirumwami, siendo el primer caso en que un europeo blanco fuera ordenado por un obispo negro.

mos por medios honestos, por ejemplo, agrupándose en asociaciones.» (Perroudin, 1959, p.5).

Perroudin promovió a Kayibanda tanto en *Kinyamateca* como en TAFIPRO y los tutsi afirmaban que era su secretario personal. Más allá de este apoyo explícito a la causa hutu, Perraudin se cuidó de quedar ligado de ese lado del río. De hecho, firmó varios comunicados junto a Bigirumwami condenando el odio étnico y el divisionismo, y llamando al diálogo. Sin embargo, para muchos tutsi conservadores y moderados, Perraudin fue el artífice de la revolución hutu y el verdadero redactor del Manifiesto¹²².

En este ambiente de agitación hutu-tutsi, en julio de 1959 mientras estaba en Bujumbura, el *mwami* se sintió mal, y falleció imprevistamente luego de ser trasladado al hospital y tratado con antibióticos por prescripción de médicos belgas. La noticia conmocionó al país, incluidos a los belgas, mientras corrían rumores de todo tipo sobre su envenenamiento¹²³. Al estupor general, se

¹²² Algunos académicos como Guverevich o Mamdani hasta lo consideran como uno de los padres del genocidio de 1994. Tal consideración pareciera realmente exagerada.

¹²³ Mutara falleció el 26 de julio de 1959. El historiador tutsi Frank Rusagara sostiene que había viajado a Burundi para luego encaminarse hacia Nueva York y pedir la inmediata independencia de los belgas. También sostiene que las autoridades coloniales no efectuaron una autopsia (Cfr. Rusagara, 2009, p.133). Lemarchand (1970), sostiene que fue atendido con una serie de antibióticos y que la explicación oficial belga indicó que había sufrido un ataque al corazón. También consigna que la muerte podría haberse producido luego de un intercambio de opiniones con oficiales belgas y unos días antes de hacer un importante anuncio político, lo que confirmaría la hipótesis del asesinato. Pero no sustenta estas afirmaciones en fuentes o razonamientos de ningún tipo (p.156). Carney (2014), indica que murió por una sobredosis de penicilina. También consigna los rumores sobre asesinato y las especulaciones de los soldados belgas acerca del suicidio del *mwami* para salvar el honor de su familia y lograr más rápidamente la independencia. En contra de los rumores que involucraban a los belgas, sostiene que los colonizadores no tenían ninguna figura en mente para reemplazar al *mwami* – como sí habían tenido en 1931. También sostiene que frente a los acontecimien-

sumaba que Mutara III no había designado sucesor; la costumbre indicaba que éste debía ser proclamado antes de enterrar al monarca fallecido.

Tal como hemos analizado en el primer capítulo, la cuestión de la sucesión real era de crucial importancia para el pueblo ruandés y estaba sujeta a ritos que estaban muy presentes en las emociones de todos los habitantes de las colinas. En este sentido, Alexis Kagame, el historiador tutsi y recopilador de las tradiciones de la monarquía, escribió una carta confidencial a Mons Perraudin¹²⁴,

Ud. se acuerda, Excelencia, yo le confíe que Mutara me había muy claramente indicado a quién legaría su alta función, a saber, su joven hermano Jean Baptiste Ndahindurwa. Ud me pidió entonces que le escribiera una pequeña minuta. En el momento en que Mutara me lo dijo, no pensaba evidentemente en una muerte inminente, pero era un problema desde el momento en que podría no tener un hijo (Kagame, 1959).

Le comentaba también que había ofrecido al Residente «señalarle ciertas disposiciones importantes de las cuales le había hablado [el mwami]» y que el funcionario le había respondido que lo consultarían si fuera necesario. Evidentemente no lo habían hecho y Kagame buscaba compartir la confidencia con alguien que pudiera respaldar su información; o quizás solo estaba políticamente interesado en que el sucesor fuera su hermano. Como fuera, los belgas no estaban preocupados por la sucesión y no tenían nada previsto, como sí había ocurrido con la destitución de Musinga.

tos preferían un «*interregnum*» donde belgas y ruandeses negociaran una monarquía constitucional (p.106). Newbury (1988) sostiene que el *mwami* murió de una hemorragia cerebral.

¹²⁴ La carta está fechada el 27 de julio de 1959, un día antes de la inhumación del *mwami* y un día después de su muerte.

Este «vacío» o «indecisión» de los belgas, fue rápidamente cubierto por el accionar de la aristocracia tutsi y la corte. El día del funeral de Mutara III, una multitud de hutus y tutsis acompañaron el cortejo a la colina donde sería inhumado. Se encontraban presentes el Vicegobernador General Harroy, acompañado del Residente de Ruanda y toda la oficialidad belga. Luego que Harroy leyera el telegrama de condolencias del rey Balduino de Bélgica, el Vicepresidente del CSP explicó el procedimiento para designar el sucesor según el código de la monarquía. Un asistente a la ceremonia, Francois Rukaba empezó a arengar a la multitud gritando a viva voz que sea anunciado el nombre del sucesor antes que Mutara fuera inhumado. Frente a los atónitos belgas, el *biru* –a la sazón el jefe Kayumba– proclamó como sucesor al hermano del fallecido *mwami* que asumió con el nombre de Kigeli V¹²⁵ Nahindurwa, mientras la multitud estallaba en gritos de aprobación (Lemarchand, 1970, pp.156-157). Todo se había consumado sin el conocimiento ni aprobación de los belgas, en lo que muchos consideraron como «el golpe de estado de Mwima».

El fortalecimiento de la aristocracia tutsi –que literalmente había pasado por encima de la autoridad de los belgas – se cristalizó unos días después, en agosto de 1959, con la formación del partido Unión Nacional Ruandesa (UNAR)¹²⁶, presidido por un hutu de origen congolés, justamente Francois Rukaba, para no evidenciar su carácter eminentemente tutsi¹²⁷. La Carta de UNAR declaraba que «una independencia inmediata es indispensable», a la vez que rechazaba «todo colaboracionismo» con los belgas.

¹²⁵ Siguiendo la tradición ruandesa luego de Mutara, seguía Kigeli. El nuevo monarca falleció en 2016.

¹²⁶ El partido surgió de la Unión de Ganaderos que mencionáramos en las páginas anteriores.

¹²⁷ Algo similar pasaría con el Frente Patriótico Ruandés, cuando se constituyó como fuerza armada y fuera dirigida por un hutu para «disimular» su carácter eminentemente tutsi. Y lo mismo podría decirse del régimen político que instaló el Frente luego del genocidio que también fue presidido formalmente por un hutu cuando el verdadero poder recaía en Paul Kagame.

El Partido empleará toda su energía para obtener la independencia sin condiciones. El Occidental quiere siempre esclavizar a África, explotarla sin piedad, ... y negar asimismo al hombre negro los derechos fundamentales del hombre. Por su espíritu materialista y egocéntrico, los países occidentales nos han mostrado de una manera indiscutible que un pueblo debe civilizarse a sí mismo, por su élite, y jamás buscar apoyarse en una Administración extranjera, en otro pueblo que se crea más avanzado (UNAR, 1959, p.1).

El partido era profundamente anti belga, y reclamaba para sí mismo la exclusividad del nacionalismo frente al resto de los partidos que privilegiaban las divisiones étnicas. Pero UNAR, además de nacionalista, era un partido tutsi de corte supremacista.

Aunque la sociedad ruandesa esté compuesta de individuos de valor muy desigual y que no es justo acordar el mismo valor al pensamiento vulgar del hombre ordinario que al juicio perspicaz de un hombre capaz...

Aunque el sufragio universal conducirá infaliblemente a la servidumbre de la minoría letrada, por una mayoría inculta, situación que prolongará la esclavitud...

Es, sin embargo, imposible de rechazar el sufragio universal a los bahutu. /.../

Si la minoría tutsi es verdaderamente capaz y está a la altura de las circunstancias debe por su energía influir sobre la opinión pública, sorprender al mundo, por su organización, su resistencia, su disciplina. ES A ESTO QUE QUEREMOS LLEGAR AHORA E INMEDIATAMENTE¹²⁸ (UNAR, 1959, p.2).

El desprecio hacia los hutu no les impedía afirmar que el partido se apresuraría «a dar a los bahutu y a los twa los mismos derechos» al mismo tiempo que sostenía la traición de aquellos

¹²⁸ Las mayúsculas son del documento original.

«seres incapaces de hacer la más elemental abstracción», en relación a la elite hutu evolucionada.

Es notoria la contradicción entre el discurso de corte anticolonial que criticaba a los belgas por su misión civilizatoria surgida de su instrucción superior, y la reivindicación del papel de los tutsi como una minoría que se vería esclavizada por una mayoría sin instrucción de implementarse la democracia¹²⁹. UNAR estaba radicalmente en contra de la división de la sociedad ruandesa, sindicando a los belgas como responsables de la división hutu-tutsi. Era también un partido anticlerical, que se oponía al monopolio de la educación por la Iglesia Católica proponiendo en cambio, la educación laica a cargo del estado.

UNAR proponía una democracia representativa y parlamentaria bajo la forma de una monarquía constitucional que consagrara la división de poderes. Pero algo muy llamativo es que cambiaba el rol del *mwami*: «nuestro rey tendrá con su pueblo las mismas relaciones que aquellos de otros países civilizados como Gran Bretaña. El rey, siendo el símbolo de la patria, la unidad nacional, de la grandeza de Ruanda, será defendido por el partido» (UNAR, 1959, p.2). Es decir, un *mwami* con funciones muy acotadas con más valor simbólico que poder real.

UNAR fue fundado por la aristocracia tutsi pero pronto encolumnó a la mayoría de los tutsi detrás de este ideario, incluyendo parte del clero local tutsi. Contaba también con el apoyo de musulmanes comerciantes suajilis, que eran cerca de 10.000 en Ruanda para ese entonces. Tenían fondos y organización suficiente como para asegurar la difusión de sus ideas, pues la posición económica de muchos de sus integrantes y sus vinculaciones se pusieron a disposición del partido. Organizaron dos actos en los que fervientes oradores pronunciaban inflamados discursos

¹²⁹ Recuérdese además que entre los fundadores del partido estaban varios de los redactores de la *Mise au Point*, que en aquella ocasión solicitaban más viajes a Bélgica para poder completar su instrucción Cfr. P.73, nota 99.

contra los belgas y los misioneros cristianos. Fue un partido sumamente activista que, para la consecución de sus fines, utilizó desde los actos públicos hasta el rumor, la intimidación, la amenaza y la violencia políticas.

En el mitin del 13 de septiembre de 1959, un jefe tutsi vociferaba: «no será más admisible para los niños *banyarwanda* conocer la historia de Napoleón y no conocer nada sobre las victorias de Rwabugiri», mientras se escuchaban consignas de ¡Abajo los blancos! ¡Abajo los misioneros! (Linden, 1977, p.264). En ese mismo acto, Rukova pidió la autonomía plena en 1960 y la independencia total en 1962 (Ndazaro, 1959, p.8). Unos días después, UNAR repartía panfletos donde podía leerse: «¡Ruandeses! ¡Hijos de Ruanda! ¡Súbditos de Kigeri! ¡Levántense! ¡Unamos nuestras fuerzas! No dejen que la sangre de Ruanda sea derramada en vano. No hay tutsis, hutus y twa. ¡Somos todos hermanos! ¡Somos todos descendientes de Kinyarwanda! (cit, en Mamdani, p.120).

Poco después del mitin de septiembre un grupo de simpatizantes de UNAR interrumpieron una celebración religiosa en Gitarama y se enfrentaron a los manifestantes (Ndazaro, 1959, p.8). No sería la única vez que pasaría esto. Los fanáticos de UNAR recorrían varias colinas generando incidentes violentos.

Las ideas de UNAR provocaron la reacción de la Iglesia. En una circular firmada tanto por Perroudin como por Bigirumwami, los obispos señalaban que el partido «parecía querer monopolizar el patriotismo en su favor y decir que los que no están con él, están contra el país», tendencias que recordaban el «nacional socialismo». Respecto de la educación laica, los obispos llamaban la atención sobre «el grave peligro» que habría en crear jóvenes «en la línea de las juventudes ultranacionalistas o juventudes de partido para sustraerlas a la influencia de la familia y la Iglesia como pasó en los estados totalitarios» (Perroudin-Bigirumwami, 1959b, p.12). Cerraban la circular mencionando la influencia islamista y comunista de dicho partido, de la cual decían tener pruebas.

La aparición de UNAR caldeó más aún el ambiente político ruandés. La aristocracia tutsi se *aggiornaba* a los cambios que promovían los tiempos de la descolonización, y se lanzaba decididamente hacia la (re)conquista del poder. Las élites hutu acusaron el golpe y recrudecieron el discurso.

APROSOMA también escaló un peldaño más en su prédica a las masas, radicalizando el discurso y cayendo en el «etnismo» puro y simple. En un acto el 27 de septiembre, Gitera lanzó los «10 mandamientos hutu», donde abandonó cualquier programa de reforma social para focalizarse en la agresión y la demonización de los tutsi.

1. De aquí en adelante, no tengas confianza y no cuentes más que con Dios y en ti mismo. No confíes jamás ni cuentes jamás con un tutsi
2. No jures jamás sobre el nombre de un tutsi porque es odioso
3. Nunca aceptes consejos de un tutsi porque su naturaleza no es más que engañosa
4. Jamás tengas amistad con él; ser amigo de un tutsi es ponerse la sogá al cuello
5. Si se vengara todo el mal que ha hecho, ningún tutsi sobreviviría en Ruanda. No está bien vengarse. Sin embargo, protegerse del enemigo o la legítima defensa es reconocida por la ley.
6. No cometas jamás adulterio con las mujeres o las chicas tutsi. Tomarlas como esposas no está prohibido. Lo peor es correr tras ellas. O bien pegarse a ellas como garrapatas
7. No mientas jamás como un tutsi. Dí siempre toda la verdad. Haz públicos todos los engaños del tutsi.
8. No robes nunca como un tutsi. /.../
9. Es abominable cortejar a sus mujeres y niñas. Ellas no sobrepasan a las nuestras en belleza sino más bien en numerosos vicios.
10. No codicies la propiedad de otros como los tutsi; su codi-

cia es el flagelo que nos ha exterminado. /.../ (APROSO-
MA, 1959)¹³⁰

El contenido fuertemente estigmatizante hacia los tutsi consagraba una nueva forma de ver la situación ruandesa. Eran «ellos» o «nosotros». Como tal, instalaba la noción de la «otredad» en términos peyorativos. Era una muestra más de cómo la situación iba decantando hacia «identidades» que eran «absolutas y excluyentes», sin permitir neutrales.

Con el mismo fanatismo que UNAR, Gitera reunía a grandes multitudes que escuchaban sus enfervorizadas arengas, en una de las cuales –en Save– festejó el apoyo de la Iglesia en su cruzada contra el *Kalinga*. Perroudin tuvo que salir nuevamente a desautorizarlo, criticando sus expresiones como manifestaciones de «un espíritu no cristiano de odio racista», que malinterpretaba las declaraciones de los Obispos sobre la cuestión¹³¹ (Perroudin – Bigirumwami, 1959, p.2).

Kayibanda, también fue por más. Transformó el MSM en el Partido del Movimiento para la Emancipación Hutu (PAR-MEHUTU). Su programa, presentado el 9 de octubre, incluía una reforma institucional que suprimía las jefaturas y reemplazaba las subjefaturas por comunas, cuyos titulares –los burgomaestres– y los consejos, serían elegidos por sufragio universal masculino y femenino. También incluía la elección indirecta para los consejos territoriales y el CSP, sin nombres impuestos por la colonia ni las autoridades tutsi, la codificación de la ley y las costumbres y una monarquía constitucional con la supresión del *Kalinga* y los *abiru*. Proponía agregar un representante ruandés en todos los estamentos de la Administración de la Tutela incluida la ofici-

¹³⁰ Un texto similar apareció en el periódico *Kangura* en diciembre de 1990, y es considerado como parte de la prensa del odio que llevó al genocidio de 1994.

¹³¹ «No es un laico, y mucho menos en ocasión de un *meeting* político, el que pueda publicar las palabras de los obispos y menos tergiversarlas al publicarlas» (Perroudin – Bigirumwami, 1959, p.2).

na del Residente, y un período de 5 a 7 años de ejercicio democrático antes del referéndum de independencia. Desde el punto de vista socio económico, PARMEHUTU proponía la abolición del trabajo forzado y su reemplazo por el servicio de interés público debidamente remunerado, partición equitativa de los grandes dominios de pastoreo, reconocimiento de la propiedad individual, multiplicación de cooperativas y asociaciones, acceso a la educación secundaria y superior sin criterios raciales (Paternoster de la Marieu, 1994, pp.142-143)¹³². Todas sus medidas estaban encaminadas a la promoción de las masas hutu en lo social y a la obtención del poder político haciendo valer la mayoría numérica de los hutu.

Utilizando sus redes de contacto a partir de la Legión de María, TAFIPRO y la Asociación de Maestros, fue reclutando adeptos colina por colina, y fundando células del partido en cada una de ellas. Pero a sus ideas primigenias, PARMEHUTU agregaba ahora el reclamo de Independencia y el respeto a la monarquía. Desafiaba a UNAR en el monopolio del nacionalismo, al que le quitaba el olor a aristocracia y a feudalismo que le daban los miembros del partido tutsi. PARMEHUTU y Kayibanda se transformaron entonces en destinatarios de gran parte de las amenazas violentas que circulaban por Ruanda. El mismo destino tuvieron Gitera y sus seguidores de APROSOMA. Y también Perroudin.

Un grupo de tutsis moderados entre quienes estaba uno de los hermanos del *mwami* y los progresistas Bwanakweli y Ndazaro, se opusieron a UNAR y formaron la Unión Democrática Ruanesa (RADER) cuyo programa proponía la monarquía constitucional y la elección de jefes, subjefes y jueces por sufragio universal, con una duración máxima de cuatro años. Respecto de las cuestiones sociales, se proponía encarar la cuestión hutu-tutsi

¹³² A diferencia del resto de los partidos, el Programa de PARMEHUTU se difundía en kinyarwanda y no en francés.

entendiendo que era «profundamente erróneo pensar que la felicidad de unos dependía del aplastamiento del otro». En este sentido, proponía la nacionalización de la *igikingi*, una gradual evolución hacia la propiedad personal, la codificación de la costumbre, la liquidación definitiva de la *ubuhake* con censo obligatorio simultáneo en todo el país –incluyendo el ganado– para lograr su aplicación efectiva, e impuestos proporcionales evitando la capitación y el impuesto al ganado. Un capítulo especial de su carta constitutiva estaba dedicada a la democratización de la enseñanza y las relaciones exteriores¹³³ (RADER, 1959, pp.1-4). Respecto de la independencia, también se diferenciaba de UNAR. Luego de reconocer la acción civilizatoria de los belgas, sostenía que «la Unión para la Democracia Ruandesa reclama la autonomía primero, la Independencia después dentro de un plazo razonable. Estima que el gobierno belga debe tomar el compromiso solemne de acordar la soberanía interna en 1964, y la independencia en 1968.» El partido perseguía la ambición de un traspaso de responsabilidades ordenado y gradual «a fin de impedir el retorno de un régimen feudal definitivamente condenado por el país» (RADER, 1949, p.4).

Probablemente, la plataforma de RADER haya sido la más completa en tanto consideraba desde políticas de tenencia de la tierra hasta reclamaciones territoriales del Reparto de Berlín. Además, más allá de estar fundado por tutsis, se planteaba como un partido abierto a ambas identidades. Las ideas plasmadas en su ideario demostraban tanto un reconocimiento a los errores de la «jerarquía costumbrista» como un reconocimiento a las reclamaciones hutu. Fuertemente apoyados por los belgas, el partido tuvo poco apoyo por parte de los tutsi, y menos de los hutu.

¹³³ En este sentido RADER incluía en su carta constitutiva que «reclamaba el retorno a Ruanda de las provincias separadas en ocasión de la partición de África» y que antes que se produjeran las independencias de Uganda y el Congo debía convocarse un Consejo de potencias responsables para reglar esta situación en vistas a un futuro referéndum a las poblaciones de las regiones reclamadas por Ruanda (RADER, 1959, p.4).



Miembros de APROSOMA y del MDR. 1959.
Fuente: <https://francegenocidetutsi.org/tridate.html>

En tan solo dos meses, habían surgido tres partidos nuevos con plataformas sumamente ambiciosas, que se sumaron al ya existente APROSOMA. Y aunque nadie quisiera admitirlo, eran partidos étnicos. También hay que remarcar que todos respetaban al *mwami* y que ninguno elegía la República como forma de gobierno.

La violencia desplegada sobre todo por UNAR llevo a que la Administración suspendiera todas las reuniones políticas. Sin embargo, la campaña de rumores e intimidaciones continuó. Un panfleto salido del entorno de Kigeri V titulado «Ruandeses auténticos» presentaba a Kayibanda (PARMEHUTU) y a Bwanakweri (RADER) como «enemigos de Ruanda, de la monarquía y del *Kalinga*», los que, según la costumbre, merecían la muerte (Paternoster de la Marieu, 1994, p.144)

El 17 de octubre de 1959 los belgas removieron a tres jefes tutsi por incitación a la violencia en actos de UNAR. Unos doscientos o trescientos unaristas se reunieron en Kigali como forma de protesta y fueron dispersados por la *Force Publique* con gases lacrimógenos¹³⁴. Los rumores y panfletos siguieron circulando por el país y por toda la sociedad ruandesa. Otro volante de UNAR instaba a «hacer desaparecer por todos los medios posibles a Perroudin y a los dos líderes de RADER, Bwanakweri y Ndazaro. Otros folletos, aparecieron en las rutas que llevaban a Nyanza instando al asesinato de hutus en tanto «enemigos a abatir» o «serpientes a pisotear»; decenas de hutus fueron amenazados, golpeados, sus cultivos de bananas destruidos, su ganado mutilado, muerto o envenenado (Linden, 1977, p.267, Paternoster de la Marieu, 1994, pp.144-145, CRISP, 1959, pp.21-22).

En este clima de violencia, solo faltaba una chispa para que todo estallara. La chispa llegó el 1ro de noviembre de 1959 cuando un grupo de jóvenes de UNAR atacó a Dominique Mbonyunmutwa, uno de los pocos subjefes hutus de Ruanda; si bien logró escapar con vida, corrieron rumores sobre su muerte.

Un grupo de hutus encolerizados se presentaron frente al jefe tutsi de la región de Ndiza, de donde era oriundo Mbonyunmutwa, para pedirle explicaciones. Frente a la arrogancia del jefe y sus amenazas de muerte, la multitud hutu lo obligó a salir de su residencia donde fue atacado junto con los tutsi que los acompañaban: logró escapar y refugiarse junto a su familia en una parroquia cercana, mientras los hutu daban muerte a dos tutsi que habían salido con él (Herbert¹³⁵, 1962, pp.30-31).

¹³⁴ Partermoster de la Marieu (1994), consigna que el resultado fue tres heridos y un muerto (p. 144).

¹³⁵ Este autor, es sumamente importante porque recopila todos los testimonios que se escucharon en el tribunal de guerra que se montó en Bélgica en torno a los sucesos de noviembre de 1959 y la actuación de las fuerzas armadas belgas. Sobre la base de los testimonios registrados por el tribunal, el autor reconstruye lo sucedido en esos días consignando en Anexos las declaraciones textuales. Tratán-

Desde el día siguiente, bandas de hutus saquearon e incendiaron viviendas y plantaciones tutsi de bananas y café, asesinaron jefes y subjefes, extendiendo la violencia colina por colina a casi todas las regiones de Ruanda. Empezó en la región de Gitarama, y pasó luego a Ruhengeri, Gisenyi y el resto del país¹³⁶; fue especialmente masiva en las regiones del norte donde los hutu eran más mayoritarios y donde la sujeción a los tutsi se había hecho mucho más tardíamente con la ayuda de los europeos.

En general, se coincide en señalar que fue un acto espontáneo, del que participaron miles de hutus de diversas regiones sin preparación previa, aunque hubiera cierta organización en los ataques sobre todo cuando iban transcurriendo los días. Según Naciones Unidas, los manifestantes eran hutus comunes, personas anónimas que se contentaban con saquear y prender fuego en bandas de a diez personas munidas con machetes y parafinas; los enfrentamientos más serios se dieron cuando los tutsi atacados prestaban resistencia o cuando se enfrentaban con las fuerzas del orden (Naciones Unidas, 1960).

Entre el 3 y el 10 de noviembre la violencia pareció incontrollable. Decenas de miles de tutsis buscaron asilo en las parroquias cercanas, en puestos belgas e inclusive asilo en países vecinos. En Ruhengeri, sacerdotes católicos albergaron 1600 tutsis desplazados mientras que dos sacerdotes hutu enfrentaron a la población local por haber refugiado 90 tutsis en un área rural desolada de la región. En la misión de Rwankuba en el norte de Ruanda 800 tutsis buscaron asilo y otros 900 lo hicieron en la misión de Nemba (Carney¹³⁷, 2014, p.132). Esas cifras en esas

dose de un juicio en Bélgica, hay más registros de la actuación de los tutsi que de los hutu, y de hecho los testimonios que se ofrecen en el juicio son más benévolos con los hutu que con los tutsi.

¹³⁶ Solo tres regiones de Ruanda escaparon a la violencia: Astrida, Cyangugu y Kibungu (Newbury, 1988, p.194). Esta misma autora sostiene que los ataques no se dieron hacia los tutsi en general, sino que se focalizó en los jefes.

¹³⁷ El autor sostiene esas cifras a partir de fuentes de primera mano como periódicos y los partes de las misiones.

pocas localidades pueden darnos una idea de la magnitud de la violencia desplegada por los hutu. Los desplazados y refugiados crecieron a niveles alarmantes.

Los diarios de las misiones también registraron los incendios y asesinatos en primera persona. Y casos de heroísmo personal de hutus, tutsis y misioneros. Por ejemplo, el superior de la misión de Runaba logró un acuerdo entre los incendiarios hutu y los refugiados tutsi frenando la violencia en la región. Fray Cattin hizo flamear la bandera del Vaticano en la misión de Jaja para señalarla como un lugar de asilo para los tutsi, donde finalmente se refugiaron 1400 de ellos. También hubo sacerdotes hutu que se negaron a asilar a familias tutsi y sacerdotes por UNAR que abandonaron el país (Carney, 2014, p.132).

La inacción de los belgas fue pasmosa, o quizás intencional, teniendo en cuenta su simpatía – ahora – por los hutu. Recién el 5 de noviembre solicitaron refuerzos militares en el Congo por encontrarse totalmente desbordados. El 6 de noviembre, Kigeri V recibió en su residencia al Vicegobernador General y al Residente Preud'homme y les pidió autorización para controlar la situación, lo que le fue denegado. Los mismos representantes belgas no pudieron salir de la residencia del *mwami* por los manifestantes hutu que la rodeaban y el mismo Kigeli tuvo que llevarlos en su automóvil para sacarlos de allí (Naciones Unidas, 1960, pp.79-80).

El monarca ignoró la directiva de los belgas y junto a diversos jefes tutsi se organizaron en comandos¹³⁸ para buscar líderes hutu; entre diversos jefes se eligieron quiénes serían atacados: algunos serían llevados frente al *mwami*, otros, asesinados. El 7 de noviembre, comenzó la contra revolución tutsi. En sólo unos días, fueron asesinados cerca de veinte líderes de APROSOMA y PAR-

¹³⁸ Algunos historiadores sostienen que se organizaron en regimientos a la antigua usanza precolonial. Por la rapidez de la organización y la ejecución de las órdenes puede asumirse que la colonización no había minado un ápice las tradiciones militares vinculadas a los tutsi.

MEHUTU, incluyendo al hermano de Gitera, que era secretario general del partido (Carney, 2014, p.125).¹³⁹ Los twa de la guardia real también participaron de la cacería de hutus. Buscando al comerciante hutu Polepole, «sistemáticamente esas bandas visitaron todos los lugares donde la víctima podía encontrarse y se entregaron a la destrucción, el pillaje, arrestos brutales y linchamientos. Finalmente, Polepole fue salvajemente asesinado después de haber sido martirizado» (Herbert, 1962, p.37)¹⁴⁰. Aquellos hutu conducidos frente al *mwami*, fueron torturados por miembros de la UNAR. Bandas de tutsi e inclusive otras operaciones militares se organizaron contra civiles hutu y no solo contra los líderes o jefes, en varias regiones de Ruanda.¹⁴¹ Los testimonios también dan cuenta de presiones que recibieron los jefes tutsi que no querían cumplir las órdenes de agredir hutus.

Hacia el 9-10 de noviembre los tutsi prepararon un asalto con miles de hombres a la colona de Save, uno de los focos prin-

¹³⁹ Descartaron a Kayibanda, pero eligieron a Munyandekwe y a Sindibona, quienes fueron asesinados delante de los suyos al alba del 8 de noviembre. El subjefe Kanyaruka fue brutalmente asesinado a machetazos junto a su hermano (Herbert, 1962, pp.36-37).

¹⁴⁰ «Uno de sus hermanos fue igualmente asesinado mientras que otros tres hombres de su familia fueron arrestados y conducidos frente al *mwami* donde fueron detenidos dos días sin comer ni beber bajo la guardia brutal de los twa» (Ibidem, Anexo 1, N° 33).

¹⁴¹ Herbert transcribe los siguientes testimonios: «El 8 de noviembre de 1959 en las colinas de Laringa, Ndago y Mpanda, jefatura de Mrangara, numerosos hutu fueron incendiados y pillados por una banda de tutsis» (1962, Anexo 1, 15, p.70). También consigna que «170 propiedades hutu fueron devastadas – chozas pilladas e incendiadas, campos, bananerías y cafetales devastados – y cinco hutus encontraron la muerte» (p.38). En otra sección encontramos el siguiente relato: «El 9 y 10 de noviembre... en territorio de Nyanza, el subjefe luego de haber recibido durante varios días las provocaciones de los hutu anunciándole que irían a cazar tutsis de esa subjefatura y luego de haber sido destruidos sus propios bienes el 9, decidió a pasar al contraataque y, ayudado por los tutsi de otras subjefaturas vecinas, llevó a cabo una operación desproporcionada comparada con la de los hutu y sobre todo más cruel, caracterizada por muertes y linchamientos que no fue detenida hasta la tarde del 10 por la llegada de las fuerzas del orden» (p.39).

cipales antitutsi, a lo que Gitera respondió movilizándolo a sus hombres para defenderla. La intervención de los militares belgas evitó un nuevo baño de sangre (Carney, 2014, pp.214-215). Finalmente, Harroy colocó el territorio bajo administración militar, estableció el toque de queda, designó al Coronel Guy Logiest de la *Force Publique* del Congo como residente militar a cargo de restablecer el orden y declaró el estado de emergencia. Logiest organizó retenes y arrestó a los instigadores a la violencia; en unos días, logró restablecer una tensa calma (*Ibidem*), que fue interrumpida con ataques esporádicos de un lado y del otro a lo largo del mes.¹⁴²

El reporte de UNAR sobre los acontecimientos de noviembre consigna constantes advertencias y denuncias efectuadas por jefes tutsi frente a las autoridades belgas, sin que hubiera ninguna participación de éstas para protegerlos o restablecer el orden:

Bandas armadas se dirigieron a otros lugares hiriendo personas. Ninguna intervención de la gendarmería, ninguna tentativa de la autoridad para frenar las hordas de manifestantes. [...] Recién el 8 [de noviembre] la *Force Publique* fue convocada y la autoridad tutelar organizó un servicio de orden en vistas de frenar el desarrollo de la situación. El Sr. Vicegobernador General, gobernador General de Ruanda-Urundi, debió recurrir a la autoridad militar del Congo Belga para tener tropas suficientes (UNAR, 1959b, pp.2-3).

UNAR acusó a la Administración de haber «dejado masacrar a las autoridades y a aquellos que están por la Independencia» y pidió a las Naciones Unidas el envío de una «Comisión Internacional, única capaz de garantizar la imparcialidad», para que realizara una investigación profunda sobre la situación política de Ruanda, sin informantes belgas. También pidió el desplie-

¹⁴² El periódico *Rudipresse*, que se imprimía en Bujumbura da cuenta de la violencia continua durante todo el mes de noviembre. *Rudipress, Bulletin hebdomadaire de information*, Usumbura. N°144. 21 de noviembre 1959.

gue de una Fuerza Internacional en vistas de la situación ruandesa (UNAR, 1959b, pp.4-5).

Las víctimas de esos días son difíciles de precisar. Para algunos son centenares, para otros decenas. El informe de Naciones Unidas de 1960 consignó que eran cerca de doscientos, pero podrían ser más en tanto «muchos enterraban a sus muertos silenciosamente». En general, las víctimas no fueron producto de masacres a civiles sino de enfrentamientos entre bandas de hutus y fuerzas mixtas de tutsis y hutus. Decenas de hutus, por diversos motivos acompañaron a jefes tutsi. Diez mil tutsis dejaron el país, 7000 tutsis se transformaron en desplazados internos, 8000 casas fueron quemadas (Carney, 2014, p.215). La devastación, los incendios, las pérdidas económicas, los saqueos, las torturas, los asesinatos políticos, en fin, la violencia en sus diversas formas se hizo presente tanto para los hutu como para los tutsi, y, con interludios, no abandonará el territorio ruandés hasta el día de hoy. Los refugiados también serán una constante en el país hasta la actualidad.

La revolución hutu es un proceso cuyo primer acto se vivió en noviembre de 1959, aunque también podría sostenerse que ya estaba en marcha con la redacción del Manifiesto Bahutu y la voluntad de la aristocracia costumbrista de monopolizar a su favor el proceso de independencia. En cierto aspecto, las élites evolucionadas tanto hutu como tutsi, la aristocracia tutsi y el *mwami*, pretendieron usufructuar a su favor el proceso de descolonización: unos para recuperar el poder, otros para hacerse con él. Pero más allá de esto, la revolución surge porque existía un descontento previo, basado en años de instituciones que coartaban las libertades y los derechos y que había generado terribles condiciones de vida para la población rural de Ruanda. Este hartazgo llevó a los hutu a las discusiones de los artículos de *Kinyamateca*, a la participación en los actos políticos, a la constitución de los partidos y, finalmente, redundó en una salida violenta de la cuestión. Desde la élite evolucionada, se fue trasvasando a los diferentes niveles sociales.

Hay que remarcar que todos los sectores interesados salieron a tomar las riendas del país que querían para sí mismos. Fueron parte activa, se involucraron y generaron el cambio sin los belgas y a pesar de ellos. Todos. Los hutu y los tutsi. Los belgas no incentivaron ni la formación de partidos, ni las discusiones políticas ni mucho menos la *«jacquerie»* de 1959. Fueron procesos vernáculos que sobrepasaron a las autoridades belgas, que actuó solo en forma reactiva, luego de los acontecimientos. Preocupados por el destino del Congo y su supuesto viraje hacia la izquierda, no se ocuparon de Ruanda. Los acontecimientos violentos de septiembre y octubre, sobre todo entre UNAR y APRO-SOMA, eran una alerta del clima caldeado que se vivía. Pero no se actuó. Hasta el 9 de noviembre casi no atinaron a controlar la violencia. Fueron desbordados, y el pedido de refuerzos fue tan tardío que permitieron todos los saqueos hutu y la contrarrevolución tutsi.

El levantamiento no tuvo como objetivo la independencia, aunque se diera en el marco del proceso de descolonización. Fue una reacción a la expoliación tutsi cuyos orígenes se encontraban en «costumbre» de la época precolonial y se había extendido y afianzado con la colonización europea. Por ende, no se hizo contra la administración belga; se hizo contra los tutsi. Los incendios y saqueos de los hutu los tuvieron a ellos como destinatarios mientras que los asesinatos estaban dirigidos hacia jefes y subjefes tutsi. Fue más espontánea y menos organizada. La reacción tutsi, eligió como blancos a líderes hutu para terminar con el movimiento y en segunda instancia, hubo represalias contra civiles hutu como castigos ejemplificadores. Fue más organizada y menos espontánea.

Hutus y tutsis no eran sectores homogéneos; existían formas diferentes de ver la realidad en cada uno de ellos. Pero sí es evidente que frente al monopolio del poder que pretendían instalar ciertos tutsis y frente a la ceguera de los belgas para proponer reformas más inclusivas, los hutu se fueron encolumnando detrás

de un discurso y de sus líderes, mientras los tutsi se abroquelaban detrás de su causa. Al cabo de poco tiempo, ambos sectores se habían transformado en «identidades» irreconciliables. Esta evolución de la sociedad ruandesa hacia la confrontación entre los dos sectores posibilitó el ascenso de los «partidos étnicos» y condenó a los más moderados como RADER.

UNAR se apropió de un lenguaje anticolonial, mientras pretendían mantener los privilegios de una aristocracia retrógrada, privilegios que por décadas había sido asegurados por los europeos. Más que anticolonial, el discurso era anti belga, en tanto buscarían implementar un sistema europeo inspirado en Gran Bretaña. Además, preconizaban la unidad de la sociedad ruandesa pero los más fanáticos se apoyaban en los mitos de conquista sobre los hutu para señalarlos como esclavos e incapaces.

La Iglesia Católica fue parte activa del proceso; de una u otra forma colaboró con la formación de la élite evolucionada tanto hutu como tutsi y luego dio alas a los hutu al proporcionarles los medios de comunicación para la difusión de las ideas. El despliegue y participación de Perroudin y Bigiramwami son prueba de ello.

Una vez más, las Naciones Unidas confundieron sus deseos occidentales con la realidad del país. En una nueva muestra de desconocimiento total de la situación ruandesa el informe de Comisión en 1957 avizoraba: «tenemos muchas razones para esperar que la transición tendrá lugar con un mínimo de tensión, fricción y dificultades».

Capítulo V

Revolución e independencia

El levantamiento hutu de 1959 dio inicio al proceso revolucionario que culminaría con la Independencia. Entre ambos hitos, las características centrales del escenario ruandés fueron la violencia, el fortalecimiento y ascenso político de PARMEHUTU, la profundización del clivaje hutu-tutsi, la formación de una diáspora tutsi y la decisión belga de sustentar a la elite hutu en sus aspiraciones políticas.

Para restablecer la calma, Guy Logiest decidió el toque de queda y el arresto y enjuiciamiento sumario de los responsables de la violencia; la abrumadora mayoría de las condenas fueron para los activistas y jefes pertenecientes a UNAR¹⁴³, mientras que las detenciones hutu recayeron en los cuadros más bajos y no en sus líderes¹⁴⁴. Paralelamente, decenas de jefes, subjefes y jueces tutsi fueron reemplazados por hutus. Algunos hutu asumieron los cargos de facto, sobre todo en aquellos casos donde habían quedado vacantes por exilio, huida o asesinato; otros tutsi, fueron removidos por la administración y también reemplazados por hutus. Hacia finales de 1959, 158 de 489 subjefaturas y 23 de

¹⁴³ Según el Informe de Naciones Unidas (1960a) jefes y activistas de UNAR fueron sentenciados a largos períodos de prisión o condenados a muerte.

¹⁴⁴ Fueron detenidos 919 tutsis y 315 hutus (Lemarchand, 1970, p.167). Entre los detenidos tutsis figuraban el jefe twa de la guardia real, Harerike y varios jefes tutsi involucrados en el asesinato de líderes hutu.

Luego de los sucesos de noviembre, no menos de 21 jefes tutsi y 332 subjefes fueron muertos por las fuerzas de seguridad, arrestados o forzados a renunciar (Lemarchand, 1970, p.173).

45 jefaturas habían cambiado de mano¹⁴⁵. Las nuevas administraciones fueron consideradas provisorias y estuvieron marcadas por la falta de profesionalismo, la arbitrariedad y la violencia en la toma de decisiones¹⁴⁶; frente a esta situación, miles de tutsis dejaron sus hogares.

El Consejo Superior del País fue reemplazado por un nuevo Consejo Especial Provisorio, con funciones legislativas e integrado por dos representantes de cada uno de los cuatro partidos. El *mwami* quedó al frente de la administración como monarca constitucional. También, se pospusieron un par de meses las elecciones de 1960 previstas para enero, lo que dio a PARMEHUTU un tiempo precioso para canalizar políticamente el espaldarazo que le había dado el levantamiento hutu.

Junto con estas medidas, otras iniciativas beneficiaron a los hutu y en especial al partido de Kayibanda. El país fue reorganizado administrativamente; las subjefaturas se transformaron en comunas y los subjefes –ahora abrumadoramente hutus– en burgomaestres con amplios poderes administrativos. Las jefaturas virtualmente perdieron todo poder real, fueron relegadas a funciones consultivas y pronto desaparecieron. Los territorios serían transformados un poco más tarde en prefecturas¹⁴⁷. Al «atomizar» la administración desintegrando las unidades más grandes como jefaturas y territorios, facilitaron la labor de PARMEHUTU que trabajaba colina por colina con un activismo desde la base. También hay que remarcar que gran parte de estas medidas implementadas se encontraban contenidas en el Programa de Parmehutu. En solo unos días, sin transición, parte del poder se había

¹⁴⁵ Estas cifras están consignadas en Carney (2014, p. 127); para Lemarchand (1970) fueron cerca de 300 las nuevas autoridades que asumieron funciones hacia finales de 1959 (p.173).

¹⁴⁶ Ejemplos concretos basados en fuentes pueden encontrarse en Lemarchand (1970, p.174 y ss.).

¹⁴⁷ Esta organización, con algunos cambios, perdurará en Ruanda durante décadas y será clave para la instrumentalización del genocidio de 1994.

desplazado hacia los hutu mientras que los tutsi que permanecían en sus cargos se encontraban condicionados por la nueva posición de los hutu y la parcialidad belga. La situación había cambiado drásticamente.

Las razones del apoyo belga a la causa hutu son muchas; entre ellas, figuran las presiones de Naciones Unidas, las críticas recibidas por parte de los países comunistas en el Consejo de Tutela y la virulencia de los acontecimientos que se desataban en torno a la independencia del Congo. A su vez, la situación política interna de Bélgica y el nuevo ascenso del partido social cristiano también habían influido en la decisión de apoyar a los hutu. La contienda Este-Oeste también jugará a favor de la causa hutu. Una vez descolonizada, Ruanda debía encaminarse hacia el bloque occidental; en este sentido, cuando UNAR obtenga el apoyo del Movimiento Nacionalista Congolés de Patrice Lumumba y coseche las simpatías del bloque del este en las Naciones Unidas, dará el argumento ideológico a los belgas para alinearse contra ellos en torno a evitar que los hutu «se vuelvan» comunistas.

Más allá de estas condiciones, algunas de las cuales eran previas al levantamiento, lo que dio vigor al apoyo hutu fue la llegada de Guy Logiest, quien se sumó a las simpatías que ya había demostrado Harroy, pero llevó a cabo lo que éste no había hecho: posibilitar el avance de los hutu hacia el poder a partir de medidas concretas. Logiest ocupó primero el cargo de residente militar y poco después reemplazó a Preud'homme en todas sus funciones como Residente Especial Civil.

Logiest estaba convencido que el levantamiento hutu había sido una revolución popular y espontánea contra la tiranía tutsi. Como consecuencia, tenía el deber de apoyar ese movimiento; más aún si la concepción de las potencias administradoras occidentales era la instalación de gobiernos democráticos en los nuevos estados luego de la independencia. En ocasión de la reunión de administradores territoriales en enero de 1960, Logiest expresó su clara visión de la cuestión:

¿Cuál es nuestro objetivo? Acelerar la politización de Ruanda / .../no solamente queremos elecciones, sino que queremos que todos tengan conocimiento de ello. El pueblo debe ir a las elecciones en plena libertad y con pleno conocimiento político. Por ende, tenemos que tomar una acción en favor de los hutu, quienes viven en un estado de ignorancia y bajo influencias opresivas. En virtud de la situación, estamos obligados a tomar partido. No podemos ser neutrales y esperar (cit. por Lemarchand, 1970, p.175).

Dirigiéndose a los administradores de Ruhengeri, Logiest señaló: «con la casi totalidad de autoridades hutu, vuestro territorio debe servir de ejemplo a toda Ruanda. Deben probar que los bahutu son capaces de participar activamente de la dirección de su país» (Logiest, 1988, p.125).

Además, Logiest tenía un aprecio especial por Kayibanda¹⁴⁸:

Por primera vez, en este país donde reinaba el doble discurso, yo sentía que tenía trato con un hombre generoso y sincero. Comparaba la esclavitud de sus hermanos de raza con la de los hebreos viviendo en Egipto. Él quería liberarlos, sin por eso desear la muerte de sus opresores. Si la monarquía constitucional respondía a esas condiciones, él estaba dispuesto a aceptarla. Pero, en realidad, él no creía para nada en la sinceridad del *mwami* ni en los líderes tutsi. Él ya estaba pensando en un régimen republicano. Hablaba con ardor pero sin odio y con una convicción tal que esa conversación fue determinante para la conducta que yo decidiría tener (Logiest, 1988, p.51)

¹⁴⁸ En su texto «*Mission au Rwanda*», el administrador señala la buena impresión que le había dado Kayibanda desde su primer encuentro con él. Afirma que su inclinación hacia los hutu había nacido luego de leer el Programa del Partido PARMEHUTU y la carta que le había enviado Kayibanda al ministro de Colonias en octubre de 1959. Por el contrario, hablar con el *mwami* le había parecido «hablar al vacío», dada su duplicidad.

Por su parte, Kayibanda radicalizó su programa luego del levantamiento, virando hacia posturas excluyentes que dejaban de lado cualquier posibilidad de diálogo con los tutsi. Remarcando el «feudalismo incorregible» y el racismo de los tutsi, las agresiones de los unaristas y la carta de los sirvientes del *mwami*, el líder de PARMEHUTU sostuvo que era necesario organizar el país como una Confederación dividida en una zona hutu y una tutsi para evitar «la desaparición de una etnia en beneficio de la otra». Existirían entonces, dos zonas: una «donde se mantuviera la hegemonía camita» y otras donde «poblaciones de carácter pacífico puedan realizarse dentro de una democracia basada en la igualdad fraterna». En las zonas tutsi¹⁴⁹, éstos podrían desarrollar su ideario caracterizado por la «hegemonía del régimen tutsi, el desarrollo de la superioridad nativa tutsi, el mantenimiento del hutu como un siervo, la política de denigración casi sistemática de toda acción para la promoción hutu, el mantenimiento de los valores feudales ..., la independencia temprana, llamado a otra nación civilizatoria que no sea Bélgica»¹⁵⁰ (Kayibanda, 1960, pp.7-8). Esta confederación debería tener un modelo similar al de los cantones suizos, es decir, dos zonas prácticamente independientes integradas en una unión mayor más simbólica que real¹⁵¹.

Para Kayibanda, la división en zonas era la única forma de lograr la democratización auténtica, la paz duradera y la cabal realización de las dos identidades de Ruanda. El diálogo entre ambas era imposible por el carácter «feudo-colonial-racista» del

¹⁴⁹ Estas comprenderían partes de las regiones de Bugesera, Rukaryi y Buganza dentro del territorio de Kigali y Kibungo dentro de Mutara.

¹⁵⁰ Para realizar ambas zonas había que destinar una parte del presupuesto a aquellas familias que debían migrar de una zona a otra tanto hutus como tutsis. Podrían utilizarse para ello los fondos del *mwami*.

¹⁵¹ No estaba bien claro si existiría un gobierno general que uniera esos territorios. En la Toma de posición del Movimiento Bahutu del 30 de enero de 1960, se habla de un poder superior de forma federal que uniera los territorios hutu y una dirección humana, democrática y eficaz que uniera las zonas tutsi (Kayibanda et al, 1960, p.6).

«camita», pero también porque ambas identidades no tenían nada en común: no solamente no compartían la visión de la independencia, sino que ambas tenían formas diferentes de vivir, de sentir, de pensar y de gobernarse¹⁵²; más aún, el pasado idílico de una sociedad en armonía no había existido sino que el hutu había sido «conquistado» por el «camita». A su vez, Kayibanda presentaba estas ideas como reclamos de «todos los hutu».

De esta forma, Kayibanda cerró las puertas a cualquier entendimiento con los tutsi y a cualquier forma de convivencia pacífica entre ambos sectores. Esta será su línea de pensamiento de aquí en adelante y trabajará para lograr un país «exclusivamente hutu», utilizando para ello las leyes, las instituciones y la violencia. Considerando la violencia tutsi como «terrorismo feudal», Kayibanda y sus acólitos no repararán en las diferencias entre los tutsi, sino que todos serán fanáticos y feudales; tampoco considerarán a los twa, por ser «manos de la nobleza camítica»¹⁵³.

Aunque los belgas no aceptaron las «zonas», le facilitaron el camino para que pudiera realizar sus objetivos a partir de una «república étnica» organizada bajo la tutela belga que garantizara solamente los derechos de los hutu. Y paralelamente fue construyendo su poder personal —omnímodo, por cierto— y canalizando

¹⁵² Para Kayibanda, hutus y tutsis «constituyen «dos naciones en un solo estado»; la expresión es de Disraeli a quien cita a continuación: “dos naciones , entre quienes no hay relaciones ni simpatía, que son tan ignorantes de los hábitos, pensamientos y sentimientos del otro como si hubieran habitado en diferentes zonas o hubiera sido habitantes de diferentes planetas; que han sido criados de manera diferente, nutridos con diferentes alimentos, ordenados de diferentes maneras y no regidos por las mismas leyes» (Kayibanda, 1960, p.3).

¹⁵³ Mostrando hasta donde había hecho mella la hipótesis camítica entre ellos, sostuvieron que «hasta ese momento la unidad del país estaba basada en la fuerza de la conquista feudo-colonial tutsi y que una verdadera forma democrática no puede basarse sobre la presión feudal hoy devenida en terrorista y fanática» (Kayibanda et al, 1960, p.2). El documento está firmado por Kayibanda como presidente de PARMEHUTU, Mulindahabi, como secretario nacional del partido, Bikamumpaka y Niyonzima como sus Vicepresidentes y toda la plana mayor del partido.

la apertura democrática para su propio partido. Nunca más consideraría la monarquía como forma de gobierno¹⁵⁴, sino tan solo la república, y una república de corte excluyente¹⁵⁵. Las zonas hutu y tutsi, y el sistema republicano eran «las bases para una democracia étnica, condición necesaria para una independencia sana y rápida que dará a Ruanda la posibilidad de relaciones armoniosas tanto con Bélgica como con los estados libres de África» (Kayibanda et al, 1960, p.10). En síntesis, Kayibanda consideraba que la nación ruandesa era hutu y por ende el gobierno y la independencia también debían serlo (Mamdani, 2001, p.126). De una u otra forma, también cayó en el supremacismo. La violencia que había preconizado UNAR sería utilizada y magnificada por los hutu, en la búsqueda de estos objetivos. De la manera que Logiest lo implementó, el único resultado fue la violencia.

Hay también que señalar que pese a sus enormes diferencias y con la polarización que imperaba, los diversos partidos de Ruanda se inscribían dentro del proceso más amplio de independencia y descolonización continental. En el caso de UNAR, reivindicaron fuertemente el anticolonialismo, el nacionalismo, la expulsión inmediata de los belgas y harán causa común con Patrice Lumumba para la independencia del Congo. En el caso de PARMEHUTU –que pedía la continuidad de los europeos– consideraban que el

¹⁵⁴ «La institución del *mwami* en la cima de la conquista feudo colonial tutsi en Rwanda, no es independiente del problema hutu tutsi. Los feudales lo han mostrado en el curso de los sucesos de octubre y noviembre sirviéndose del nombre del *mwami* para asesinar a elementos inocentes que no tenían otro crimen que estar en contra del régimen feudal y neo feudal.» (Kayibanda, et al, 1960, pp.8-9).

¹⁵⁵ «Estamos obligados, empero, a constatar que de un reino feudal colonial absoluto a una monarquía constitucional, el pasaje se avizora imposible y perjudicial para el progreso regular y normal del país. Teniendo la total voluntad de colaborar con los poderes legítimos establecidos en el país, preconizamos para Ruanda una organización federal y una forma republicana de gobierno» (Kayibanda et al, 1960, p.9).

noble respeto por la cultura africana y por sus valores de la «negritud» no deben ser confundidos con el sostenimiento casi fetichista de ciertos mitos (tales como el tambor real ornado cínicamente con los órganos genitales de personas muertas para asentar la hegemonía camita; la superioridad de la raza camita tutsi, el *mwami*; el desprecio del extranjero; la costumbre, sobre entendida feudal –tutsi-colonialista, etc.) por los cuales el colonialismo camita tutsi hechiza a las poblaciones bantúes, visto que tales confusiones inconsciente o intencionalmente sostenidas son antidemocráticas y funcionalmente opuestas a una real descolonización e independencia nacional (Kayibanda et al, 1960, p.3).¹⁵⁶



1º de enero de 1960.

Fuente: <https://francegenocidetutsi.org/tridate.html>

¹⁵⁶ Este documento saludaba en el final a los hermanos congoleños que habían logrado fijar para el 30 de junio su fecha de independencia.

Los refugiados tutsi y la diáspora

Tal como afirmáramos páginas atrás, el decreto del 10 de noviembre con el que Bélgica puso fin a los enfrentamientos entre los hutu y los tutsi, calmó la violencia general, pero los enfrentamientos esporádicos continuaron dejando muertos y heridos y un tendal de nuevos desplazados y refugiados.

Los que habían abandonado Ruanda durante el levantamiento, se ubicaron mayormente en los países vecinos, especialmente en Uganda y Burundi, pero también en el Congo y Tanzania. Casi todos eran tutsi. Muchos eran miembros y activistas de UNAR, otros eran jefes y subjefes con sus parientes y allegados, decenas de ellos eran simples familias tutsi. Algunos emigraron con sus servidores hutu¹⁵⁷, otros con su ganado. Algunos lo hicieron llevándose con ellos su «fortuna» y otros se fueron con lo puesto. Muchos se instalaron en campamentos de refugiados, otros comenzaron una nueva vida fuera del país. Algunos tutsi tenían contactos, vínculos, familias y negocios en el exterior, otros dependían de los programas para refugiados.

Internamente, se armó un campamento para desplazados tutsi en Nyamata y se intentó reunir a todos allí. El número de desplazados es difícil de precisar, pero se estima que de 7000 a finales de noviembre de 1959 pasó a 22.000 cinco meses más tarde; solo un pequeño porcentaje pudo volver a su hogar luego del levantamiento. Respecto de quiénes se instalaron en el exterior, el número creció rápidamente después de 1960: de 1500 en este año, llegaron a ser 150.000 en 1963 (Lemarchand, 1970, p.172). La violencia hutu desatada en Ruanda luego del levantamiento explica el terrible aumento de las cifras.

Los tutsi que quedaban en Ruanda quedaban a merced de las autoridades hutu, muchas de las cuales no tenían experiencia

¹⁵⁷ Lemarchand (1970) consigna testimonios de esta situación, incluyendo entre ellos a diversos twa de la corte del *mwami* (p.172).

ni habilidades para gobernar, pero sí hacían gala de discrecionalidad y brutalidad hacia las poblaciones tutsi.

Con los desplazamientos tutsi, pronto hubo un ala de UNAR dentro de Ruanda y otra fuera, cada una de ellas con visiones diferentes acerca de qué hacer con la situación del país. Una facción de estos exiliados de UNAR instalados en territorios vecinos, decidió realizar *raids* en las fronteras de Ruanda para atacar contra los jefes y la población hutu. A cada una de estas incursiones, le sucedían represalias de los hutu que terminaban en ataques indiscriminados hacia la población tutsi de la comuna atacada. Estas represalias eran organizadas abiertamente por las autoridades hutu quienes nunca fueron reprimidos o enjuiciados por la administración belga. Tampoco hubo acciones enérgicas para evitarlos. Saqueos, incendios, pillaje y asesinato fueron el destino de miles de tutsis luego de cada *raid* de los emigrados de UNAR. Todo ello redundó en aumento del número de exiliados y refugiados. Las incursiones de los unaristas y las represalias hutu eran precedidas y jalonadas por un tendal de rumores y noticias falsas que aumentaban la intranquilidad y predisponían a los hutu y los tutsi tanto a la venganza como a la huida.

Desde el exterior, esta diáspora no se cansó de repetir el calvario que habían vivido los tutsi, como una forma de mantener viva la memoria colectiva entre los refugiados, remarcando la conivencia belga con los hutu y su responsabilidad en la suerte de los tutsi. Estas ideas llegaron a donantes internacionales y a las Naciones Unidas. El lobby que realizaron en la sede de Nueva York –liderados por Michel Kayihura– fue realmente importante a punto tal que obtuvieron la aprobación de varias resoluciones que los amparaban.

La diáspora tutsi tomó contacto con otros grupos políticos regionales mientras que algunos fueron a negociar a Europa y a Estados Unidos. Utilizando sus contactos y sus fortunas muchos se instalaron definitivamente allí, pero siguieron la «causa tutsi» desde lejos proveyendo fondos, negociaciones y logística desde

donde se encontraran. Y esta situación perduró durante décadas. La diáspora tutsi ha sido y es, una de las más activas del mundo y una de las que más lazos de solidaridad desarrolló entre sus miembros. Entablaron relaciones con el Movimiento Nacional Congolés de Patrice Lumumba y lograron el apoyo del bloque comunista del Consejo de Administración Fiduciaria de la ONU. Hasta el gobierno chino proveyó al *mwami* de 120.000 dólares para la causa de los exiliados¹⁵⁸. Este apoyo del bloque del Este a la «minoría» tutsi que había tenido que exiliarse por obra de los administradores coloniales, de a poco fue delineando un esquema que asociaba a los hutu con la democracia y el anticomunismo, al que le correspondía otro que vinculaba a los tutsi con el feudalismo y el comunismo. Más allá de las contradicciones internas en estas asociaciones, ninguna de ellas reflejaba la realidad. Ni los tutsi eran comunistas, ni los hutu demócratas.

Camino a la República

El año 1960 fue clave para Ruanda. El anuncio de la independencia del Congo durante la Mesa Redonda organizada en Ginebra en enero de 1960 caldeó aún más el tenso ambiente de la sociedad ruandesa: fue una esperanza para algunos y preocupación para otros (Naciones Unidas, 1960, p.94). Y más aún cuando los sectores tradicionales de Burundi liderados por el Príncipe Rwagasore reclamaron la independencia del país para el 30 de junio, el mismo día asignado a la independencia del Congo.

En marzo, la nueva visita trienal de las Naciones Unidas¹⁵⁹, desencadenó manifestaciones de aquellos que bregaban por la in-

¹⁵⁸ Frank Rusagara (2009) relata cómo el *mwami* se ganó la atención internacional de la República Popular China quien no sólo le proveyó de fondos, sino que lo invitó a visitar el país y le propuso el entrenamiento de soldados tutsi bajo el modelo chino (pp.144-145).

¹⁵⁹ La misión estuvo en Ruanda entre el 2 de marzo y el 1ro de abril de 1960. Se

dependencia y aquellos que pedían por democracia. Decenas de ruandeses se amotinaban a la vera de la ruta por donde pasaba el convoy de la ONU para entregar «cientos de miles de documentos, cartas y panfletos» a los miembros de la misión, en actitudes que fueron calificadas como «inspiradas por los partidos políticos». A su vez, la misión recibió centenares de pedidos de audiencia. En sus entrevistas con los miembros de la misión, los partidos hutu insistieron en que constituían el 85% de la población que habían sido sojuzgados por el sistema feudal tutsi y que la única manera de salir de esa situación era implementar la democracia retrasando la salida de la tutela belga hasta que los partidos hutu pudieran afianzarse. Expresaron su desconfianza hacia los tutsi a quienes caracterizaron como «maestros de la hipocresía, el engaño y la intriga», por lo que proponían implementar un sistema federal separado en zonas hutu y tutsi. Por su parte UNAR, además de sus reclamos de una pronta independencia, solicitó la amnistía para todos los presos políticos, el levantamiento del estado de excepción, la vuelta de los exiliados, la presencia en Ruanda de una comisión hasta la declaración de la independencia, la vuelta de los refugiados a sus tierras de origen, y la formación de un gobierno provisorio con funcionarios locales y europeos (Naciones Unidas, 1960, pp.95-100).¹⁶⁰

Una muestra de la movilización de la sociedad ruandesa en esos ajetreados días es el surgimiento de pequeños partidos locales tales como el Partido Hutu (PH)¹⁶¹, la Unión de Masas Ruandesas (UMAR), el Movimiento para la Unión Ruandesa (MUR),

entrevistó con todos los partidos políticos, con la administración, el *mwami* y diversas agrupaciones de la sociedad civil. Recibió miles de peticiones.

¹⁶⁰ Respecto de RADER, el informe de Naciones Unidas consignaba que el partido reconocía que los reclamos hutu eran entendibles pero que rechazaban el racismo con el que efectuaban sus reclamos. A su vez, remarcaron la parcialidad de la administración belga hacia los hutu en detrimento de los tutsi y la entrega de cargos sin tener en cuenta los méritos o la capacidad para desempeñarlos (Naciones Unidas, 1960, p.99).

¹⁶¹ Fundado por Aloys Munyangaju, se fusionaría luego con PARMEHUTU.



«ONU: abajo el régimen feudal. Democracia primero. Viva Bélgica».

Fuente: <https://francegenocidetutsi.org/AbasLeRegimeFeodal.png>

la Asociación de Bahutu evolucionados para la supresión de las castas (ABESCA), el Movimiento Monárquico Ruandés (MOMOR), la Alianza de los Bakiga (ABAKI), entre otros.

El paso de la misión de Naciones Unidas también estuvo jalonado por la violencia. Turbas hutu incendiaron y saquearon miles de viviendas pertenecientes a familias tutsi en diversas regiones de Ruanda provocando una nueva ola de refugiados y desplazados. Las fuerzas de seguridad belgas solo actuaron varios días después de los acontecimientos permitiendo una vez más la violencia contra los tutsi.

El informe de Naciones Unidas recalcó la necesidad de la reconciliación nacional y urgió a medidas concretas en pos de la independencia. «Ruanda -Urundi no es más una isla aislada dentro de un África efervescente, y con el Congo alcanzando su inde-

pendencia el 30 de junio, sería irreal imaginar que la administración aún tendrá muchos años para brindarle a Ruanda-Urundi el escenario donde pueda decidir su propio futuro» (Naciones Unidas, 1960, p.157). En consecuencia, propusieron una mesa redonda en Bruselas similar a la del Congo, con veedores de Naciones Unidas, en vistas a favorecer un diálogo franco entre todos los actores dentro de un clima neutral y alejado de la violencia que reinaba en Ruanda. Al mismo tiempo, aconsejó el aplazamiento de las elecciones comunales para 1961 y que éstas fueran monitoreadas por las Naciones Unidas¹⁶².

El informe fue bastante lapidario contra la administración belga. Subrayó la terrible situación de los refugiados, instando a que pronto pudieran volver a sus hogares, y los conatos de violencia, exhortando a que la administración tomara las medidas necesarias para evitar su repetición. También remarcó que era necesario atender la cuestión de las autoridades interinas en tanto el reemplazo de los tutsi por los hutu solo había ahondado el antagonismo entre ellos. Criticó los poderes extraordinarios de Logiest y la perpetuación del estado de excepción, sugirió la posibilidad de una amnistía bajo ciertos requisitos y el retorno de líderes exiliados de UNAR (Naciones Unidas, 1960, pp.166-168)¹⁶³. Al igual que Bélgica, Naciones Unidas había quedado atrapada en la contienda hutu-tutsi: sus recomendaciones se alinearon con los reclamos de UNAR, de forma análoga a los belgas que escucharon los reclamos de PARMEHUTU.

Bélgica intentará, de aquí en adelante, caminar en una senda que concediera «algo» a las Naciones Unidas para evitar las críticas internacionales, pero sin cejar en su apoyo a los hutu, sin considerar nunca los reclamos tutsi. De esta forma accedió a con-

¹⁶² Frente a estas recomendaciones algunos partidos políticos y la administración consideraron que el aplazamiento electoral solo aumentaría las tensiones y podría provocar más violencia.

¹⁶³En este sentido, recalcó que si esta medida fuera vista como una concesión a los pedidos de UNAR solamente traería aparejada más violencia.

vocar una mesa redonda de todos los partidos políticos¹⁶⁴ pero en forma separada para Ruanda y para Urundi a la vez que mantenía la fecha de las elecciones comunales para junio, siguiendo el reclamo hutu de no posponer las elecciones. El apoyo a los hutu seguiría siendo el norte de su accionar en Ruanda, aunque a nivel internacional intentara mostrar otra faceta. De esta forma, en mayo de 1960 escaló un peldaño más al otorgarle a los hutu la formación de una guardia armada integrada por 650 hombres, de los cuales el 85% era hutu y el 15 restante, tutsi. Con esta medida empezaron a implementarse las «cuotas étnicas», que luego serían una contante en las Repúblicas hutu.

En medio de un conato de violencia desatada por los hutu, el Consejo Especial Provisorio sometió a la consideración del *mwami* una serie de medidas que lo afectaban directamente: entre ellas se incluían la formación de un consejo asesor multipartidario, la abolición de la institución de los *ubiru* y el reemplazo del *kalinga* por una bandera nacional. Un mes más tarde, el soberano las rechazó¹⁶⁵; a finales de junio, fuertemente presionado por los belgas, abandonó el país. Se exilió primero en Tanzania y luego en el Congo, donde Lumumba lo acogió al igual que a varios integrantes de UNAR¹⁶⁶. El nacionalismo y el anticolonialismo los unía en una causa que radicaba en la expulsión de los belgas sin condicionamientos. Sus visiones socio económicas e inclusive políticas, empero, eran radicalmente diferentes.

¹⁶⁴ El encuentro se efectuó en Bruselas y concurren representantes de PARMEHUTU, APROSOMA y RADER y fue boicoteada por UNAR.

¹⁶⁵ El rechazo del *mwami* provocó la formación de un frente común integrado por PARMEHUTU, RADER y APROSOMA, que hacia fin de año también habría de desintegrarse conforme avanzaran las ambiciones de PARMEHUTU.

¹⁶⁶ «Camaradas de lucha africanos: el primer ministro de la República del Congo me ruega que os trasmita sus vivos agradecimientos por vuestro caluroso y alentador telegrama en ocasión de la formación del gobierno congoleño. Él no os olvida en la lucha que llevan adelante para conquistar la independencia total de Ruanda-Urundi. Pueden contar con él. Su gran anhelo es ver toda África librada del yugo colonialista» (Cabinet du Ministre Lumumba, 1960).

Con las elecciones de junio a la vista, y el llamado de UNAR a la abstención, Kayibanda se preparó para la contienda. PARMEHUTU agregó a su nombre la sigla MDR –Movimiento Democrático Republicano– todo un símbolo de lo que pretendía su partido: una república étnica, exclusivista, con un sistema democrático basado en la superioridad numérica que le aseguraría el poder. UNAR por su parte, boicoteó la mesa redonda propuesta por los belgas, boicoteó las elecciones comunales de junio y abandonó el Consejo Especial provisorio. Centró sus esperanzas en la acción internacional y en Naciones Unidas.

Los meses previos a las elecciones comunales presenciaron una intensa propaganda de los belgas para que los ciudadanos concurrieran a votar; por su parte, los hutu convocaron a ir masivamente a las urnas para evitar la vuelta del orden feudal y los tutsi extremistas utilizaron la intimidación y el terrorismo para evitar que se fuera a los comicios. Finalmente, las elecciones de junio-julio de 1960¹⁶⁷ se dieron en medio de la violencia generalizada, incendios de viviendas, asesinatos de hutus y tutsis e intimidaciones de todo tipo.¹⁶⁸ Los resultados fueron decisivos para la consolidación del MDR-PARMEHUTU. El partido obtuvo

¹⁶⁷ Se eligieron 229 burgomaestres y 3051 consejeros comunales.

¹⁶⁸ A principios de junio, un grupo de jóvenes tutsi incendiaron una vivienda hutu; como respuesta decenas de viviendas tutsi fueron incendiadas. Poco después, más de mil viviendas tutsi fueron destruidas en la región de Gikongoro y Cyanica mientras que en Kigali otras 70 corrieron la misma suerte. El 22 de junio, las fuerzas de seguridad abrieron fuego contra un grupo de 100 tutsis activistas armados, matando a 10 e hiriendo a varios más. En Julio, hubo una revuelta de presos tutsi que no querían recibir la vacuna contra la tisis - considerando que podían ser asesinados -, revuelta que solo pudo ser controlada con gases lacrimógenos, luego de lo cual accedieron a vacunarse. También se dieron numerosos actos de terrorismo e intimidación para evitar que los ruandeses fueran a votar. Hubo quema de urnas y centros de votación por parte de los tutsi. En los meses de julio y agosto un incontable número de tutsis vieron incendiadas sus casas como venganza. En algunas zonas se organizaron milicias y comités de seguridad pública. Actos de contra insurgencia, emboscadas y bandas criminales hutu comenzaron a ser moneda corriente (Lemarchand, 1970, p.179-180).

más del 70% de los votos, frente al 17% de APROSOMA, el 6% de RADER y un 1,6% de UNAR¹⁶⁹. Teniendo en cuenta los porcentajes electorales, la administración se apresuró a organizar un Consejo Provisorio que fue encabezado por Joseph Gitera como presidente y Kayibanda como primer ministro.

Paralelamente a las elecciones, el Congo obtuvo su independencia y tan solo unos días más tarde comenzó un enfrentamiento con los belgas, mientras las pujas de poder entre Lumumba y Kasabuvu, cada uno de ellos apoyados en diversos aliados nacionales e internacionales, tornaban imposible la gobernabilidad. Esta situación hacía más peligrosa a los ojos de Bélgica las alianzas entre los tutsi y el MNC congolés.

La violencia entre los hutu y los tutsi no cesó con las elecciones, sino que continuó y se incrementó. Los burgomaestres hutu electos muchas veces orquestaron o provocaron incidentes para provocar la huida de familias tutsi y quedarse con las tierras; por otro lado, cualquier pequeño incidente con algún tutsi desencadenaba una inacabable violencia contra decenas de ellos. Si bien en algunas comunas los tutsi trataron de oponerse al burgomaestre electo, las resistencias fueron cada vez menores hasta que desaparecieron. El poder del burgomaestre aumentó enormemente, sus arbitrariedades hacia los tutsi también. Algunos de ellos llegaron a presionar a los tenedores de ganado para que le enviaran regalos... a la usanza del antiguo régimen tutsi. Y muchos de ellos se forjaron una clientela parecida a la de los jefes tutsi basada en el otorgamiento de favores, trabajos, etc. (Lemarchand, 1970, pp.185-188)¹⁷⁰.

¹⁶⁹ Según Lemarchand (1970), hubo un alto nivel de abstencionismo que podría haber rondado cerca del 30%. Con los resultados obtenidos, los hutu ocuparon 210 (de 229) cargos de burgomaestres, de los cuales 160 eran miembros de PARMEHUTU (Lemarchand, 1970, p.184).

¹⁷⁰ En general los burgomaestres elegidos no eran iletrados, tenían al menos instrucción primaria. Muchos de ellos también poseían oficios u profesiones: eran maestros, secretarios, catequistas, carpinteros, etc. (Lemarchand, 1970, p.187)

Si bien Kayibanda no tenía prisa respecto de la independencia, la victoria en las elecciones y el buen funcionamiento del *partnership* con los belgas, había alentado en PARMEHUTU a querer acortar los plazos para la formación de un gobierno local, que ya no fuera provisorio.

En diciembre de 1960, Naciones Unidas emitió la resolución 1579 que fue un balde de agua fría para las aspiraciones de Kayibanda y PARMEHUTU. En esta resolución, la Asamblea General instaba al gobierno de Bélgica a posponer hasta septiembre las elecciones legislativas nacionales previstas para enero de 1961, en vistas a lograr un ambiente más pacífico para su realización. Instaba además a declarar una «amnistía general e incondicional y abolir el estado de excepción de manera de permitir a los dirigentes y militantes políticos que están exiliados o presos dentro del territorio retomar antes de las elecciones una actividad normal y democrática». Además de pedir a los partidos políticos que colaboraran en la instalación de un clima de paz, la Asamblea General proponía la reunión de una Conferencia entre todos los partidos de Ruanda para lograr la conciliación nacional bajo la supervisión de Naciones Unidas (AG, 1960a, p.37).¹⁷¹ Una vez más, se recurría a los mismos mecanismos que habían fracasado en el pasado reciente: las mesas redondas, las conferencias de Reconciliación Nacional. La resolución era otro claro triunfo para UNAR producto del lobby en Nueva York y así fue vista por PARMEHUTU. A su vez, la resolución 1580 establecía la realización de un referéndum para decidir cuál sería el futuro del *mwami*.

Ambas resoluciones tenían reproches para Bélgica. Se le pedía que no utilizara el territorio como una base para acumular armas o fuerzas militares para fines externos o internos, en una

¹⁷¹ La resolución también creaba una Comisión para el seguimiento de la situación en Ruanda-Urundi y afirmaba la necesidad de mantener la unidad de ambos territorios.

clara alusión a la crisis congoleesa. A la vez, se le reprochaba el haber suspendido arbitrariamente los poderes del *mwami* y se le pedía que informara «en virtud de qué medidas le habían suspendido los poderes»; en este sentido, se la instaba a arbitrar todos los medios para permitir su vuelta al país y permitirle retomar sus funciones (AG, 1960b, p.38). Las Naciones Unidas cuestionaban a Bélgica y obstaculizaban el proyecto de los hutu.

Bélgica nuevamente intentó lavar su imagen internacional absolutamente dañada por su actuación en el Congo y por la violencia de Ruanda, aunque estos últimos, es verdad, sin casi repercusión internacional. Accedió a posponer las elecciones para septiembre, a realizar el referéndum sobre el rol de *mwami* y a convocar una conferencia de pacificación con los partidos políticos de Ruanda, que finalmente se realizaría en Ostende en enero de 1961. Asimismo, se mostró dispuesta a otorgar una amnistía a aquellos que no hubieran sido acusados de tortura o asesinato.

Pero la resolución de Naciones Unidas desencadenaría una reacción de PARMEHUTU que cambiaría la historia ruandesa. El 28 de enero de 1961, decenas de camiones transportando más de 3000 burgomaestres y miembros de consejos locales de PARMEHUTU llegaron a Gitarama para participar de un mitin político. Fueron acompañados por unas 20.000 personas que concurrieron espontáneamente. En un «improvisado» escenario tomó la palabra el ministro del interior del consejo provisional y luego de una larga diatriba contra la monarquía preguntó a la multitud:

¿Qué solución le daremos al problema de la monarquía? ¿Cuándo abandonaremos el reino de lo «provisorio»? Les incumbe a ustedes, burgomaestres y consejeros, representantes del pueblo ruandés, responder esas preguntas (cit. por Lemarchand, 1970, p.193).

Acto seguido, el presidente del Consejo Provisional Joseph Gitera anunció la abolición de la monarquía, del *kalinga* y todos

sus símbolos y la proclamación de la República democrática. Es decir, hicieron de facto lo que el *mwami* les había negado unos meses atrás. Posteriormente, se procedió a elegir las autoridades de la nueva República. La multitud eligió como presidente a Dominique Mbonyumutwa –aquel que desencadenara la rebelión hutu– y éste convocó a Kayibanda como 1er Ministro, quien en el mismo momento formó su gabinete. El golpe de estado de Gitarama se había consumado.

Ruanda había pasado de la monarquía a la república a partir de un mitin partidario que claramente había contado con el conocimiento y el apoyo de la administración belga, aunque esto fuera negado en repetidas ocasiones. Pero el mismo Logiest admitió que fue visitado por Kayibanda los días previos al golpe, que en aquella ocasión éste le había aseverado que necesitaba de su ayuda para concretizar lo que habían estado debatiendo en Gitarama, que eran los belgas los únicos en quienes podían confiar y que la parcialidad de la ONU dejaba el campo libre para reinstalar «el régimen de terror» tutsi.

Lo que me pedía hacer era, en suma, ayudarlo a cometer un acto de revuelta contra la tutela y contra la ONU. Yo estaba obviamente convencido que su ideal era la liberación de su pueblo. Lo había comprobado suficientemente en el pasado. Pero también era yo un agente de la Tutela...

No podía sin embargo... no estar de acuerdo con él. Sería bueno mostrarle a la ONU que estaba en el camino equivocado a causa de un anticolonialismo absurdo que no tenía ninguna justificación en el caso de Ruanda. Sería bueno mostrarle que el pueblo ruandés tenía la intención, contra viento y marea, de instalar un régimen democrático que estaba feliz de defender. Sería bueno mostrarle que ella [la ONU] fundaba sus opiniones sobre mentiras, que los feudales de UNAR no representaban más al país, y que era el pueblo el que había tomado el poder.

... Hubiera preferido que Kayibanda no hubiera venido, que no me hubiera dicho nada. No podía sostenerlo abiertamente en la revuelta... Decidí finalmente actuar como si nada me

hubiera dicho... Le prometí ayudarlo con la realización material de la asamblea: el transporte de los participantes, la construcción de una tribuna, la difusión de los discursos por alto-parlantes. Pero le hice prometer que nunca divulgaría nuestra entrevista (Logiest, 1984, pp.190-191)-

En síntesis, más allá de que Bélgica acatara formalmente las resoluciones de la ONU, Logiest pudo «mirar hacia otro lado» sabiendo que tendría respaldo para ello y que luego no le sería recriminado por las autoridades metropolitanas. En definitiva, venía usando sus poderes especiales para entregarle el control a los hutu y tenía el respaldo de Bruselas para ello. No pudiendo por las resoluciones de la ONU entregar el poder a los hutu, presentaron el golpe como una «decisión popular inevitable» tomada por los mismos hutu, cuando en realidad lo que la hizo posible fue la connivencia belga. La derrota de los hutu en las Naciones Unidas se transformó en victoria por el amparo de los belgas. El golpe de Gitarama demuestra asimismo cuán estrecha era la relación entre Guy Logiest y PARMEHUTU. Pero esta relación, también estaba sostenida más que nunca por Bruselas, quien desde la llegada al ministerio de Relaciones exteriores del conde d'Aspremont se inclinaba hacia los hutu sobre todo por oponerse a las acciones de Naciones Unidas en el Congo¹⁷².

Cuatro días después del golpe, la metrópoli reconoció las nuevas autoridades. Desde las Naciones Unidas una nueva resolución deploró que el gobierno de Bélgica «haya reconocido de facto en Ruanda órganos de gobierno que fueron creados por procedimientos irregulares e ilegales y que no pueden considerarse plenamente representativos de todos los sectores de la población, por no haberse celebrado elecciones libres y justas...» (AG, 1961, p.8).

¹⁷² Hay también que subrayar, que estos acontecimientos son paralelos a la desaparición y posterior asesinato de Patrice Lumumba; de una u otra forma, el conflicto congolés influía en las decisiones belgas sobre Ruanda.



Mapa 3.
Principales centros urbanos y áreas circundantes de Ruanda al momento del proceso de independencia.

El golpe de Gitarama consagró el monopolio político de PARMEHUTU en la política ruandesa. En las elecciones comunales de mediados de 1960, APROSOMA había conseguido un lugar en el consejo instalando a Gitera como presidente. Pero la nueva república surgida «de facto» pero reconocida por los belgas, dio lugar a un gobierno donde todo correspondía a PARMEHUTU. Esta tendencia se seguiría acentuando durante el camino a la independencia.

El golpe de Gitarama también tuvo repercusiones en UNAR: mientras el ala de los exiliados seguía sosteniendo el boicot, los miembros del partido que estaban en el país decidieron concurrir a las elecciones legislativas para la formación del parlamento que se habían programado para septiembre de 1961 junto con el referéndum sobre la monarquía.

Un enorme espiral de violencia se desató durante la campaña electoral. Enfrentamientos entre UNAR y PARMEHUTU se

dieron en diversas partes del país, al lado de choques entre PARMEHUTU y APROSOMA en el centro y sur, sumados a las incursiones de UNAR desde las fronteras. Nuevos refugiados y desplazados internos se contaron por decenas de miles. Las intimidaciones a los votantes por parte tanto de UNAR como de los burgomaestres hutu, sumados a amedrentamientos y amenazas de todo tipo también fueron moneda corriente. Paralelamente, arreciaron los arrestos políticos de miembros de UNAR.

Finalmente, las elecciones dieron un triunfo a PARMEHUTU por casi el 80% de los votos lo cual significaba contar con 35 asientos en la Asamblea Nacional sobre un total de 44 (Lemarchand, 1970, p.196); lo seguía UNAR que obtenía el 17%, mientras RADER y APROSOMA quedaban fuera de la escena política. El referéndum sobre el *mwami* rechazó la monarquía¹⁷³ y dio sustento legal a la República que había sido declarada de facto con el golpe de Gitarama. Poco después, la Asamblea Nacional recién formada eligió como presidente a Kayibanda. Bélgica y las Naciones Unidas reconocieron las elecciones y el nuevo gobierno. El ala interna de UNAR, también reconoció la república a cambio de dos ministerios en el gabinete.

¿Cuánto debe PARMEHUTU a la violencia? Mucho.

Hacia la independencia

Avalado por los resultados electorales, PARMEHUTU siguió su camino hacia el monopolio institucional. Hacia noviembre de 1961, APROSOMA, RADER Y UNAR formaron FRENTE COMUN, para denunciar el régimen «racista, racial y antidemocrático... Que deliberadamente intentaba aplastar a todos los partidos a través de la corrupción y la intimidación»; tal como

¹⁷³ La causa republicana obtuvo 1.006.339 votos contra 253.963 de la monarquía (Lemarchand, 1970, p.196).

sostuviera su portavoz: esta «forma de feudalismo... es peor que la antigua» (cit. por Lemarchand, 1970, p.189).

Con la «legalización» de la República, y habiéndose formado un nuevo gobierno que le garantizaba el control total de la situación, Kayibanda estaba listo para encarar el tema de la independencia. Para terminar con la tutela, había que negociar con las Naciones Unidas sabiendo que entre las condiciones estaría la inclusión de los tutsi en varias esferas de la vida nacional. El acuerdo de Nueva York firmado el 8 de febrero de 1962, aseguró a los tutsi dos ministerios —el de salud Pública y el de Ganadería— dos puestos de prefectos y subprefectos y algunas secretarías. El acuerdo también enfatizaba la necesidad de promover la reconciliación nacional y la vuelta de los refugiados, cuestiones muy escabrosas que quedarían sin resolución dentro del acuerdo, sujetas a la buena voluntad de Kayibanda y de UNAR.

Más allá de un intercambio de cartas enviadas entre el presidente de la República y el presidente de UNAR, estos temas clave para la paz y el futuro del nuevo estado nunca fueron encarados con seriedad¹⁷⁴. Si nos guiamos por las acciones y los discursos del presidente de Ruanda, podemos afirmar que no estaba en los planes de Kayibanda el retorno de los exiliados tutsi, ni se consideraba ninguna estrategia para intentar la reconciliación. De hecho, la concesión a las Naciones Unidas en el acuerdo de Nueva York no comprometía en nada su idea de implementar una República exclusivamente hutu. Aun así, dilató lo más posible la

¹⁷⁴ Frente al pedido de informes acerca de las medidas tendientes a la reconciliación y al retorno de los refugiados por parte de la Comisión, Kayibanda replicó que tristemente el problema no había sido resuelto mientras él se encontraba en la Conferencia de Addis Abeba, pero que podría informar sobre resultados positivos antes que la Comisión abandonara su visita. Por su parte, UNAR envió una nota al presidente con copia a la comisión en la que afirmaba que «las negociaciones entre su representante, el ministro de agricultura y asentamiento de tierras, y los representantes de UNAR, quienes iban a allanar el camino para la aplicación del Acuerdo, están en un punto muerto desde el 29 de marzo, cuando tuvo lugar la única consulta con su representante» (Naciones Unidas, 1062, p.33).

formación del «gobierno compartido». Recién en mayo de 1962, se implementó la asunción de los dos ministros de UNAR acordados en el encuentro de Nueva York. En ocasión de la aceptación por unanimidad de la Asamblea legislativa de los dos miembros tutsi, Michel Rwagasana, presidente de UNAR se expresaba así:

UNAR está satisfecho con este inicial paso positivo en el camino de la reconciliación nacional, una causa a la que UNAR se dedica enérgicamente en sincera colaboración con Su Excelencia el presidente de la República y su gobierno. De aquí en adelante, sr Presidente y miembros [de la Asamblea Legislativa], nuestro partido puede asegurarles que no escatimará esfuerzos para trabajar en el logro de un genuino entendimiento entre la mayoría y la oposición, que ahora, por haber entrado en el gobierno, puede no ser más considerada oposición sino más bien un compañero (Naciones Unidas, 1962b, p.152).

Por supuesto, el ala externa de UNAR no estuvo de acuerdo ni con estas palabras ni con la cooperación con el gobierno hutu y comenzó a articular una política de regreso a Ruanda por la fuerza. De aquí en adelante, ya no sólo se organizarían incursiones, sino que la intención era tomar regiones completas y avanzar hasta la capital para derrocar el gobierno. A estos tutsi, se los comenzó a denominar «*inyenzi*» –cucarachas– por sus ataques nocturnos, término que seguirá utilizándose hasta el genocidio de 1994. Los exiliados de UNAR y los miembros de PARME-HUTU terminaron pareciéndose: ambos eran supremacistas y no concebían ningún gobierno sin la exclusión del otro.

Así las cosas, el camino hacia la independencia estuvo acompañado de un aumento de las medidas represivas por parte de los militares belgas y los incipientes contingentes de soldados hutu, y del crecimiento de arrestos discrecionales¹⁷⁵. La violencia gene-

¹⁷⁵ Gitera fue puesto en prisión domiciliaria por integrar el frente común igual que Alexis Kagame, el historiador y recopilador de las tradiciones ruandesas.

ral también recrudesció. En marzo de 1962, un terrible raid de UNAR en Byumba terminó con una represalia de los hutu que desencadenaron una masacre genocida de tres noches de duración en la que las milicias hutu asesinaron entre 1000 y 3000 tutsis predominantemente hombres (Carney, 2014, p. 157), acción que se dio con la connivencia de los paracaidistas belgas y los soldados ruandeses.

Con el gobierno constituido y al menos una «fachada» de gobierno de coalición, la resolución 1743 de la Asamblea General fijó el 1ro de julio de 1962 como fecha final del Acuerdo de Administración Fiduciaria, es decir, como fecha de independencia para Ruanda-Urundi. Tal como se consignaba en la resolución, las Naciones Unidas estaban empeñadas en lograr la unidad política de ambos territorios para así, evitar la «balcanización». De una u otra forma, esta postura significaba privilegiar los límites impuestos por la colonización alemana por sobre el derecho de autodeterminación de los pueblos. La misma resolución creaba una Comisión para Ruanda y Burundi¹⁷⁶ con el fin de negociar con ambas partes la independencia bajo la forma de un solo estado.

Entre el 9 y el 19 de abril de 1962 se reunió la Conferencia de Addis Abeba¹⁷⁷, a la que concurren delegaciones de alto nivel de ambos territorios. Las constantes presiones y alegatos de Angie Brooks, presidente de la Comisión y de la conferencia, y del resto de los miembros de la Comisión, no pudieron hacer cambiar el parecer de ambas delegaciones que consideraron la conformación de un solo estado como una nueva forma de colonialismo demasiado fantástica como para merecer consideración (Naciones Unidas, 1962a, p.14). Kayibanda expuso en dicha conferen-

¹⁷⁶ La comisión estaba formada por cinco miembros y presidida por Angie Brooks, de Liberia. Por otra parte, la resolución 1744, pedía a la comisión para Ruanda-Urundi creada en la resolución 1743, que se encargue de liderar las conversaciones entorno a la suerte y el futuro del *mwami*.

¹⁷⁷ UNAR pidió a Naciones Unidas el poder concurrir, pero no fue autorizado.

cia que Ruanda no se oponía al principio de unificación siempre que esto se correspondiera con la real aspiración de ambos pueblos:

Esto, en el presente tiempo, es un ideal en el más nebuloso sentido del término. Más aún, el curso de la historia en estos dos países ha hecho poco para llevar este ideal cerca de la realidad... Antes de la colonización, Ruanda y Burundi eran dos países separados y constituidos... Bajo la ocupación belga, eran tratados como entidades separadas... Las últimas elecciones generales fueron conducidas por dos comisiones de Naciones Unidas diferentes. [...] El gobierno ruandés deploraría algo tan irreal como una forzada unión política y considera que es necesario tener en consideración las consecuencias de eventos que han dejado su marca en la historia de nuestros estados (Naciones Unidas, 1962b, pp.44-45).

Más allá de que Burundi tenía una conformación étnica similar a la de Ruanda, había llegado a las puertas de la independencia mucho más pacíficamente que su vecino, a partir de la consolidación de una monarquía constitucional defendida por el príncipe tutsi Louis Rwagasore y su partido UPRONA. Con esta realidad, tampoco estaban interesados en una unión con Ruanda:

Burundi aspira a su independencia como un estado soberano. Por ende, no contempla una unión federal con Ruanda. [...] Desde tiempo inmemorial, Ruanda y Burundi han sido estados separados, cada uno celoso de su propia soberanía. [...] La reciente evolución política de los dos estados ha sido diametralmente opuesta, la democratización ha hecho progresos en uno de ellos por métodos revolucionarios y en el otro por medios pacíficos. El resultado ha sido una mutua hostilidad que no deja espacio para ninguna esperanza de unión política en el futuro cercano.

Más aun, la presencia de refugiados de Ruanda por todo Burundi no puede sino proveer un argumento adicional contra la unión política.

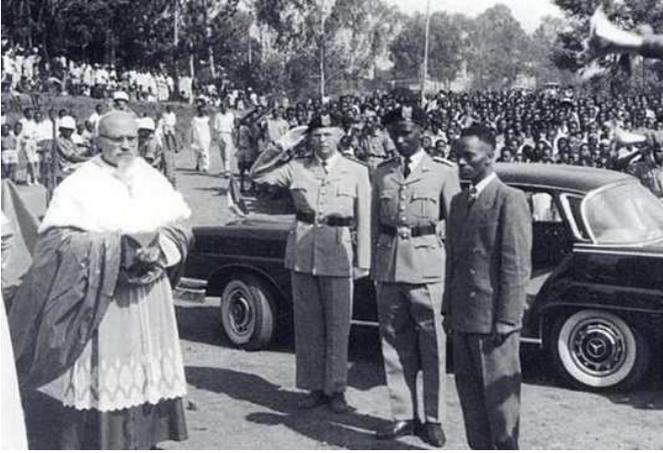
La elección de diferentes regímenes constitucionales ha simplemente creado una brecha entre los dos países que, desde el punto de vista político, es imposible de zanjar (Naciones Unidas, 1962b, pp.69-70).¹⁷⁸

Luego de instar a ambas delegaciones a «reconsiderar sus superficiales diferencias y a darse cuenta de la gran responsabilidad hacia la historia de cada estado que ellos estaban llamados a asumir», se les presentó el borrador de la constitución federal que había preparado la Comisión, que obviamente fue descartado por los representantes de ambos pueblos provocando un «profundo disgusto» de la comisión (Naciones Unidas, 1962a, p.19).

Más allá de haber acordado una unión económica entre Ruanda y Burundi, la Conferencia fue un fracaso rotundo para las Naciones Unidas. Es de señalar por un lado la tozudez de la comisión en insistir durante diez días con una fórmula que desde el inicio no era aceptada ni por Ruanda ni por Burundi. Por otro lado, vale la pena resaltar el sesgo civilizatorio de redactarles un borrador de constitución federal para forzar la aceptación, y la soberbia de apelar a la historia de ambos países, cuando si la Comisión hubiera tenido algún conocimiento del pasado de ambos estados hubiera sabido que lejos de estar unidos habían vivido siglos de separación y hasta de cierto enfrentamiento. Esto sin considerar que es difícil encontrar algún antecedente histórico a nivel internacional que pudiera servir como ejemplo «exitoso» de una federación que uniera dentro de un mismo estado una monarquía constitucional y una república. El miedo a la balcanización podía más que el sentido común.

Finalmente, el 1ro de julio de 1962 tanto Ruanda como Burundi festejaron la tan anhelada independencia como dos esta-

¹⁷⁸ Los argumentos de ambas delegaciones sobre las enormes consecuencias que tendría la coexistencia de una monarquía constitucional y una república bajo una forma política común, fue tildada de «superficial» por la presidente liberiana de la Comisión.



Perraudin y Kayibanda. 1ro de Julio d 1962.

Fuente: <https://francegenocidetutsi.org/PerraudinKayibanda.html.en>

dos separados y soberanos. Kayibanda saludó la independencia con referencias veladas hacia los tutsi, adscribiendo a Ruanda dentro del panafricanismo y del discurso decolonial.

Liberados de políticas tradicionales, liberados de los mitos feudales, despreciando las intrigas y los conformismos de una época convulsionada, hemos comprendido que el hombre feudal ha entendido mal los valores universales de la libertad, de paz, de lealtad, de cooperación, de bien común, que él mismo cavó el abismo hacia donde lo ha precipitado una Revolución que había insensatamente provocado [...]

Que no nos hagan la pregunta de a qué «bloque» pertenecerá la república Ruandesa. Nuestro bloque es África, es el Tercer Mundo; nuestros amigos son los estados europeos y todos los países realmente libres; los pueblos que están aún bajo el yugo colonial, feudal o que sufren apartheids son nuestros hermanos (Universidad Nacional de Ruanda, *s/f*, pp.26-27).¹⁷⁹

¹⁷⁹ En su alocución, Kayibanda agradeció efusivamente a Bélgica, a los alemanes, a la ONU, a Logiest, a PARMEHUTU y a los funcionarios de su gobierno.

El 24 de noviembre de 1962, la Asamblea Legislativa aprobaba la primera Constitución del país. El gobierno de coalición duraría sólo hasta 1963.

Epílogo

Ruanda iniciaba su vida independiente con graves problemas sin resolver. Uno de ellos era el de los exiliados y refugiados tutsi que para los tiempos de la emancipación ya rondaban los 50.000 en Burundi (Prunier, 1997, p.55), mientras que decenas de miles más se encontraban en Uganda, Tanzania y el Congo. El otro problema, vinculado con el anterior, era el ala extremista de UNAR que había decidido el regreso a Ruanda por la fuerza.

Precisamente desde Burundi, los extremistas de UNAR lanzaron al menos diez ataques entre 1962 y 1966. El de diciembre de 1963, logró ocupar la región de Bugesera, llegó a las puertas de Kigali y puso en jaque la República de Kayibanda. Este intento, desató el final del gobierno de coalición, ya que como represalia se expulsó a los miembros tutsi de la administración.

Al igual que antes de la independencia, cada uno de estos ataques desencadenaban represalias contra las familias tutsi que aún se encontraban en el país. Sólo el ataque de diciembre costó la vida de cerca de 10.000 tutsis por el simple hecho de serlo, con lo cual estas matanzas tendrían ya un sesgo genocida. Entre las víctimas, se contaron muchos tutsi moderados que habían sido protagonistas del camino hacia la independencia: uno de los ministros tutsi del gobierno de Kayibanda –Etienne Afrika–, el presidente de UNAR, su secretario General –Michael Rwasagaba–, el presidente de RADER-Bwanakweri –y su vicepresidente– Ndazaro.¹⁸⁰

¹⁸⁰ Las víctimas de la violencia hutu son difíciles de consignar. Tal como afirma Mamdani (2004) antes de la guerra civil las cifras rondaban entre 750 (la cifra oficial) y 5000. Pero los estudios que se hicieron luego del genocidio consignaron

De allí en más, la Primera República fue exclusivamente «hutu» con claros rasgos etnocráticos. No solo se mantuvieron las etiquetas étnicas, sino que se estableció un sistema de cuotas para todos los niveles de la vida ruandesa: en tanto los tutsi representaban el 9% de la población – cifra absolutamente discrecional, por cierto – sólo podían ocupar el 9% de los niveles administrativos, educacionales o empresariales.

Kayibanda hizo de la segregación, la persecución y la matanza de tutsis el único rasgo de su gobierno y hasta su esencia misma. También persiguió a los hutu opositores a su figura y a su partido. Listas negras circularon en los establecimientos educativos universitarios y secundarios, en bancos, oficinas y diferentes empleos privados y estatales: en ellas se incluían a los tutsi, a hijos de matrimonios mixtos y a aquellos que eran acusados de haber cambiado su identificación étnica. Pero más allá de la violencia, poco era lo que podía exhibir el gobierno hutu. La pobreza y el atraso continuaban intactas, aunque los privilegiados ahora fueran la élite hutu y no la tutsi.

Cada ataque de los tutsi desde el exterior fue utilizado para reafirmar la «solidaridad hutu», para consolidar el dominio hutu de la sociedad y el gobierno, y para eliminar todo vestigio de respeto a la autoridad tutsi. Desde el ataque de 1963, se armó todo un mito de la Revolución Hutu caracterizándola como una larga y valiente lucha contra las fuerzas de la opresión tutsi, que sirvió tanto de motor de cohesión como de identificación (Des Forges, 1999, p.40). Pero este «mito de la revolución» –en tanto mito – y la «unidad hutu» –*rwanda nyamwinshi*– que era su consecuencia, eran construcciones que tenían mucho de fantástico y terminaron siendo tan imaginarias como la hipótesis camítica.

entre 10.000 y 20.000 víctimas para este período. Catherine y David Newbury consignan 10.000 en los primeros cinco años de la independencia. Una investigación internacional entre 5000 y 8000 solo en la región de Gikongoro, una de las regiones de Ruanda más afectada por las represalias.

Sin embargo, se utilizaron como un elemento de cohesión, en una práctica que perdurará hasta el genocidio de 1994.

Bélgica apoyó al nuevo gobierno, pero poco a poco, su rol de ex metrópoli fue ocupado por Francia que acordó con la Ruanda independiente decenas de convenios de cooperación militar, cultural, económica y financiera, y paralelamente labró una alianza con los hutu que perdurará hasta el genocidio y determinará su involucramiento en esta vergüenza de la humanidad.

Kayibanda finalmente fue derrocado en 1973 por un golpe militar encabezado por Juvenal Habyarimana, el comandante en jefe del ejército ruandés. Era hutu, no tutsi. En el golpe primaron las rivalidades regionales y políticas entre los mismos hutu, en tanto ambos mandatarios eran de regiones diferentes: Kayibanda de Gitarama, en el centro, y Habyarimana de Ruhengeri, en el norte del país. Así como Kayibanda había favorecido a los hutu de su región, Habyarimana haría otro tanto con los de la suya durante su gobierno.

Kayibanda logró acabar con los ataques de los exiliados tutsi, pero ni él ni Habyarimana atenderían la cuestión de los refugiados y exiliados que superaban los 500.000 hacia la década del 80. Desde Uganda y sustentado por la diáspora tutsi europea y norteamericana, surgirá veinte años más tarde el Frente Patriótico Ruandés, que invadirá Ruanda en 1990 exigiendo el derecho al retorno.

La «etnicidad» en Ruanda fue utilizada por los tutsi más conservadores para defender sus privilegios y por los hutu de Kayibanda para obtener, conservar y monopolizar el poder. Pero la formación de estas identidades fue un proceso largo, que se dio durante siglos y que culminó en una «racialización» de una sociedad que históricamente había sido elitista. En efecto, la «conciencia de ser tutsi» es mucho más antigua que la «conciencia de la «condición» de hutu». Los tutsi se constituyeron como elite política y económica a partir del siglo XVII con un concepto elitista: no incluían dentro de ella a todos los tutsi sino solo a

ciertos clanes. Fue una identidad que en tiempos precoloniales estaba definida por el ganado y los privilegios, aunque los privilegios recayeran en sólo una minoría de ellos. Lejos de ser homogénea, las luchas intraclánicas y sus diferencias internas le quitaron cohesión, aunque pudiera retener tanto los privilegios como el poder. La colonización alemana y belga afianzaron su posición y les dieron el fundamento teórico que se acopló bien a sus aspiraciones de supremacía.

La conciencia de ser hutu se manifestará más tarde al compás de los procesos de exclusión que giraron en torno al ganado, la posesión de la tierra, la servidumbre y las oportunidades políticas y económicas. El mismo argumento europeo que encumbró a los tutsi hundió a los hutu en la inferioridad y en su destino de sujeción. A su tiempo, armará su propia retórica y sus propios mitos en torno a la exclusión y a la consecuente revolución.

Ambas identidades se volvieron «absolutos», excluyentes, supremacistas. La violencia fue el resultado de las tensiones entre ellas que habían crecido exponencialmente luego de años de explotación e intransigencia por parte de los tutsi, en actitudes que fueron justificadas y permitidas por los belgas. Cuando las identidades se vuelven «absolutos» pierden la dimensión de las diferencias internas que a veces son tan abismales que implican la falta de cohesión. La violencia, más en el caso de los hutu que en el de los tutsi, sirvió no solo para eliminar al «otro» sino también para eliminar el disenso interno. La manipulación de la identidad y la utilización de la violencia se pusieron entonces al servicio de objetivos de poder que para los tutsi significaba recuperarlo y para los hutu obtenerlo.

El elemento unificador de la sociedad era el *mwami*. Las políticas belgas minaron su poder y lo desacralizaron; pero, aun así, el soberano tenía el respeto de gran parte de la sociedad ruanesa en los tiempos de la independencia. Al optar por el bando tutsi y coartar las medidas de cambio, perdió ese cariz unificador y frente a la polarización identitaria cayó víctima del supremacis-

mo hutu. En este sentido, la independencia no sólo marcó el final del dominio europeo, sino que marcó el final de la esencia de Ruanda; de aquí en adelante –y hasta el presente– la historia del país no será más la «Historia de sus Reyes», sino la historia de sus identidades y sus enfrentamientos. En forma análoga, la colonización colaboró con el proceso de *Kuu_anda*, pero también significó su límite.

La colonización profundizó en Ruanda las diferencias identitarias incorporando el racismo a las diferencias existentes. Permitió y fomentó la violencia, y basó su dominación en lanzar a unos sobre otros. La Iglesia acompañó el proceso de colonización y descolonización siguiendo sus propios objetivos: primero la conversión y luego la oposición al comunismo. En este sentido, proveyeron las herramientas vitales para encumbrar a los tutsi – la hipótesis camítica –y luego para el crecimiento de los hutu– educación, trabajo en profesiones y oficios diversos, medios de comunicación para la difusión de las ideas. Nunca avaló la violencia y muchos de sus integrantes lucharon contra ella, a diferencia de lo que ocurrirá durante el genocidio.

De la mano de la descolonización, vino la intervención de las Naciones Unidas, y al igual que en otros escenarios, se trataron de aplicar recetas occidentales a sociedades que desconocían. La idea de universalizar la democracia mediante su imposición tuvo efectos adversos en Ruanda. En una sociedad fuertemente polarizada cuyos partidos políticos seguían las fracturas identitarias, las victorias electorales estaban determinadas por la mayoría demográfica. En Ruanda, la densidad poblacional hutu y tutsi era abrumadoramente desigual. En este contexto, la democracia dio a la identidad mayoritaria el poder para perseguir y excluir a la minoría imponiendo *de facto* un autoritarismo sin ningún tipo de contrapeso. La democracia terminó siendo la estrategia para la venganza de los hutu, a punto tal, que PARMEHUTU olvidó su programa socio económico y se abocó únicamente a la persecución de los tutsi y a la concentración del poder.

Y como ha sucedido en muchos casos, un mínimo atisbo de gobierno de coalición hizo considerar a las Naciones Unidas que ya estaban dadas las condiciones para la emancipación, con lo cual se lavó las manos y abandonó a los tutsi a su suerte. El accionar del bloque de Este tampoco fue del todo coherente: asumió el lado de los tutsi por su carácter de minoría perseguida y excluida, pero no reparó en el carácter supremacista de muchos de sus miembros, en su pasado y en sus proyecciones a futuro.

Ruanda es un estado pequeño, pero las diferencias regionales son marcadas, tal como hemos analizado en su recorrido histórico. Así como en el pasado había decenas de pequeños reinos, muchos de los cuales recién habían sido sometidos en el siglo XX, al momento de la independencia no todos reaccionaron igual. En las regiones del norte abrumadoramente hutu y con una larga historia de resistencia a la dominación, la persecución de los tutsi y las represalias hacia ellos fueron especialmente masivas. En el futuro se verá cómo esta región del norte marcará el devenir del país a partir del gobierno de Habyarimana y cómo la intención de monopolizar el poder llevará directamente al genocidio de la mano de su posición extremista hacia los tutsi.

En los procesos de colonización e independencia pueden encontrarse otros rasgos del futuro genocidio. La división en tajantes fracturas identitarias, la construcción de discursos excluyentes basados en el mito de la «conquista» y de la «unidad hutu» y la retórica de los *inyenzi* serán la base emocional que nutra los discursos del odio que sustentarán las masacres. Por otra parte, la división administrativa centralizada originaria de PAERMEHUTU y reforzada por el gobierno de Habyarimana permitirá la eficacia de su ejecución.

La falta de resolución de la cuestión de los refugiados fue clave para el futuro ruandés. La memoria colectiva fue mantenida entre los refugiados y los integrantes de la diáspora y una élite de ellos continuó trabajando activamente en pos del derecho al retorno. En este sentido, puede señalarse que la formación del Frente

Patriótico Ruandés, debe mucho a la ideología de UNAR y su carácter supremacista.

Entre las invenciones europeas y la mitología que avalaba la monarquía tenemos una versión distorsionada del pasado ruandés. Como afirmábamos en la introducción, las formaciones identitarias no permanecen estáticas a través del tiempo. La independencia encontró consolidadas y enfrentadas a ambas identidades y el mismo proceso ahondó las diferencias en tanto sus respectivas élites usaron la cuestión identitaria para canalizar sus ambiciones políticas. En este sentido, el conflicto hutu/tutsi, relegó a un segundo plano el panafricanismo e inclusive el nacionalismo que pueden encontrarse en otros casos de independencia continental en el marco de la descolonización.

Glosario de términos

Abanyiginia/Ngyiginia: clan real del que provenían los *mwami* del reino Nyiginia

Abega/bega: uno de los clanes ruandeses que más Reinas Madre proveyó a la monarquía ruandesa.

Amasambu: tierras para la agricultura trabajadas por los hutu a cambio de servicios a los diversos jefes, verdaderos poseedores de la tierra.

Batware: encargado de recolectar el impuesto a la corona

Igikingi: tierra otorgada por el rey a una persona para su usufructo y explotación. Con el tiempo, evolucionó a la tierra en posesión de tenedores de ganado que controlaban su uso para el pastoreo y para la agricultura asignándola a diversos arrendatarios.

Ibisingo: poemas reales. Formaban parte del corpus oficial de la tradición oral ruandesa.

Ibitekereezo: cuentos o narraciones históricas, transmitidos oralmente por narradores profesionales. Integran el corpus popular de la tradición oral ruandesa.

Ikoro: impuesto pagado a la corona

Inshongore: tutsis que, buscando posiciones de privilegio o cargos en la administración belga, terminaron aliándose con ellos o buscando su favor por oposición a la corona.

Intekereezo: comentarios esotéricos secretos a cargo de funcionarios reales a los jefes de tierras y a los jefes de pasturas por los hutu. El término luego se generalizó para designar a todos los impuestos y cánones que debían abonarse. En

tiempos coloniales, el término se utilizó para designar el trabajo no remunerado (forzoso) que el hutu estaba obligado a hacer para su patrón – y que podía incluir desde tareas domésticas hasta cualquier otra carga impuesta por el *shebujá*.

Karinga (Kalinga): tambor sagrado que aseguraba el reconocimiento a un hombre como *mwami*

Ntore: jóvenes que formaban parte del séquito real, con quienes el *mwami* compartía tiempo y diversiones. Tenían una formación cultural refinada y se preparaban especialmente para agradarlo.

Ubiru /biru/ abiiru: aquellos que estudiaban y aplicaban el código esotérico de la monarquía. Conocían todos los rituales de ascenso, ceremonias reales, etc.

Ubuhake: es el sistema de «sujeción» de los agricultores a un tutsi dueño de la tierra para poder trabajarla, a cambio de un canon en alimentos u otros servicios. En algunos casos el trato se cerraba con la entrega de una cabeza de ganado por parte del *shebujá*, el cual podía ser reclamado en determinadas circunstancias.

Ubukingi: tierras otorgadas a los regimientos militares para que a su vez fueran entregadas con características clientelísticas a migrantes instalados en el territorio

Uburetwa: originalmente era el impuesto o canon pagado inicialmente

Umuganura: ceremonia de los primeros frutos, tradición ruandesa centenaria muy esperada por el pueblo por su contacto con el *mwami*

Bibliografía

- Bizimana, S - Nkulikiyinka, J. B. (2018). *Le culte de Ryangombe au Rwanda. Étude démographique*. Bruxelles. Africa Museum.
- Carney, J.J. (2012). Beyond Tribalism: The Hutu-Tutsi Question and Catholic Rhetoric in Colonial Rwanda. *Journal of Religion in Africa*, 42(2), 172-202. doi: <https://doi.org/10.1163/157006612X646178>
- Carney, J.J. (2014). Rwanda before de genocide. Catholic politics and ethnic discourse in the late colonial era. Oxford University Press.
- Chrétien, J. P. (2003). *The Great Lakes of Africa. Two thousand years of history*. Urzone.
- Chabal, P., & Daloz, J. P. (2001). *África camina. El desorden como instrumento político*. Bellaterra.
- Chrétien, J.P (2015). Hutus et tutsis au Ruanda et au Burundi. En Amselle, J.L & M'Bokolo, E. *Au coeur de la ethnie*. [1ra Ed.1985]. La Découverte.
- Des Forges, A. (1995). Ideology of genocide. *Journal of Opinion, Rwanda*, 23(2), 44-47.
- Des Forges, A. (1999). *Leave none to tell the story*. USA. Library of Congress.
- Des Forges, A. (2011). *Defeat is the only bad news. Rwanda under Musinga*.
- Frank, Louis. (1921). Chambre de représentants. Rapport sur la administration belge des territoires occupés de l'est africain allemand, et specialement du Ruanda et de l'Urundi.

- Kagame, A. (1951). La poésie dynastique au Rwanda. I.R.S.A.C.
- Kagame, A. (1972). *Un Abregé de l'éthno- histoire du Rwanda*. Editorial universitaria de Ruanda.
- Lemarchand, R. (1970). Rwanda and Burundi. Pall Mall.
- Linden, I. (1977). *Church and Revolution in Rwanda*. Manchester University Press.
- Logiest, G. (1988). *Mission au Rwanda*. Bruxelles. Didier Hatier.
- Longman, T. (2010). *Christianity and genocide in Rwanda*. Cambridge University Press.
- Mamdani, M. (2001). *When victims become killers. Colonialism, nativism and genocide in Rwanda*. Princeton University Press.
- Nkaka, R & Mulinda, Ch. (2020). Sacred Kingship and Political Power in Ancient Rwanda. *Rwanda Journal of Social Sciences, Humanities and Business*. University of Rwanda. 1(1) ISSN 2708- 759X (Print); ISSN 2708-7603 (Online) Disponible en: <https://dx.doi.org/10.4314/rjsshb.v1i1.3>
- Newbury, D. (2001). Precolonial Burundi and Rwanda: Local Loyalties, Regional Royalties. *The International Journal of African Historical Studies*, 34(2), 255- 314.
- Newbury, C. (1988). The cohesion of the oppression. Clientship and ethnicity in Rwanda (1860-1960). Columbia University Press.
- Ogot, B.A. (1984). La región de los grandes Lagos. En: *Historia General de África. Tomo IV: África entre los siglos XII y XVI*. UNESCO.
- Paternostre de la Marieu, B. (1994). «Pour vous mes freres!» *Vie de Gregoire Kayibanda, premier president de Rwanda*. Tecqui.
- Reyntjens, Filip. (2004) Statut international et droit constitutionnel du Ruanda-Urundi. En: Lamy, E – De Clerck, L. (Eds). *L' order juridique colonial belge en Afrique Central. Elements d'histoire*. Bruxelles. Academie Royal des Sciences d' outre mer.

- Rudakemwa, F. (2005). L'évangélisation du Rwanda (1900-1959). L'Harmattan.
- Rusagara, F. (2009). Resilience of a nation. A history a military in Rwanda. Fountain Publishers.
- Rutayisire, P. (2009). Le remodelage de l'espace culturel rwandais par l'Eglise et la colonisation. *Revue d'histoire de la Shoa*. Rwanda. Quince ans apres. Penser et ecrire l'histoire du genocide des tutsis. N° 190. Janvier/Juin
- Seligman, C. G. (1939). *Races of Africa*. Thornton Butterworth.
- Vansina, J. (2000). Historical Tales (*Ibitekerezo*) and the history of Rwanda. *History in Africa*. 27, 375-414.
- Vansina, J. (2004). The antecedents of modern rwanda. The Nyigigya kingdom.
- Webster, J.B., Ogot, B.A, Chrétien, J.P. (2000). The Great Lakes Region (1500-1800). En: *General History of Africa. V: Africa from the sixteenth to the eighteenth century*. UNESCO.

Fuentes

- Asamblea General (1960a) Question de l'avenir de Rwanda-Urundi. A/15/1579
- Asamblea General (1960b) Question du mwami A/15/1980.
- Asamblea General (1961). Cuestión del porvenir de Rwanda-Urundi. A/15/1605.
- Asamblea General (1962a). Cuestión del provenir de Rwanda-urundi. A/16/1743
- Asamblea General (1962b) Cuestión del mwami. A/16/1744
- APROSOMA. (1959). Les dix commandements adressés aux Bahutu qui veulent se liberer du joug des Tutsi lors du meeting d'APROSOMA tenu a Ngoma, Astrida, le 27-09-1959.
- Bendantunguka, Vianney. (1958). *Introduction*. [Discourse] Reunion du Conseil Superieur du Pays.
- Bigirumwami, Aloys. (1958) Le problème des Batutsi, Bahutu et Batwa. 5/9/1958.
- Cabinet du Premier Ministre Patrice Lumumba. (1960) Lettre au président de l'UNAR.
- Conseil de la Societé de Nations. *Décision* 31 Aout 1923.
- Comite de l'étude de l'aspect social Muhutu-Mututsi. (1958) Premiere Seance 31 mars au 3 avril 1958. Disponible en: <https://docurwanda.com/aspect-social-muhutu-mututsi/>
- Comite de l'étude de l'aspect social Muhutu-Mututsi. (1958) Deuxieme seance 10 au 12 avril 1958. Disponible en: <https://docurwanda.com/aspect-social-muhutu-mututsi/>

- Comite de l'étude de l'aspect social Muhutu-Mututsi. (1958b)
Séance 9 d'avril 1958. Disponible en: <https://docurwanda.com/aspect-social-muhutu-mututsi/>
- Conseil Supérieur du Pays. Mise au point. (1957). En: Mission de visite de Nations Unies dans territoires sous tutelle de l'Afrique Orientale (1957) pp.546-554.
- CRISP. (1959) Guerre Civile au Rwanda. En: *Courrier hebdomadaire du CRISP*. N° 42, 15-24. DOI 10.3917/cris.042.0015
- Habyarimana, Joseph (Gitera) - Bendantunguka, Vianney, et al. (1957) Lettre au mwami Mutara III Ruhadigwa, mwami de Rwanda, Exposé des représentants bahutu et certains autres bahutu. 21 de octobre de 1957.
- Harroy, J.P- Rwanda politique.
- Kagame, A. (1959) Lettre confidentielle de l'Abbé Alexis Kagame à Mgr Perraudin. 27/7/1959.
- La Belgique Coloniale*. (1899). Janvier 11.
- Kayibanda, G. (1960) Zone hutu et zone tutsi dans une organisation confederative.
- Kayibanda, G et al. (1960) Prise de position du mouvement de l'émancipation hutu. En: *Jambere*, N° 5. 30 de junio.
- Manifeste des Bahutu. 24 mars 1957. En: Overdulve, C.M. *Rwanda, un peuple avec une histoire*. (1997) Paris. L'Harmattan, pp. 98-111.
- Murengeantwari, T. Commentaire. Disponible en: <https://francegenocidetutsi.org/1959-02-1959LettrePastoraledeMgrPerraudinpourlecareme.pdf>
- Naciones Unidas. (1950) Trusteeship Council. Conseil de tutelle. Rapport de la misión de visite des nations unies dans le territoire sous tutelle du Ruanda-Urundi sous administration belge. (T/217, et Add 1).

- Naciones Unidas (1957). Conseil de tutelle. Mission de visite des Nations Unies dans les territoires sous tutelle de l'Afrique Orientale. Rapport sur le Ruanda-Urundi. (T 1346)
- Naciones Unidas (1960a). Visiting Mission to trust territories in east Africa, 1960. Report on Rwanda-Urundi. (T 1538)
- Naciones Unidas (1960b) Visiting mission to Trust Territories of east Africa. Report on Rwanda-Urundi. T/1551.
- Naciones Unidas (1962a) Question on the future of Rwanda and Urundi. Report of the United Nations Commission for Ruanda-Urundi established under General Assembly Resolution 1743 (XVI). A/5126.
- Naciones Unidas (1962b) Question on the future of Rwanda and Urundi. Report of the United Nations Commission for Ruanda-Urundi established under General Assembly Resolution 1743 (XVI). A/5126 Add1.
- Ndazaro, Lazare (1959). «UNAR». En: Dialogue N° 183. Décembre 2007. Dossier. pp. 6-10.
- Padres Blancos. (1907) *Revue des Missions d'Afrique*. (Fragmentos seleccionados)
- Perroudin, A. (1959) Lettre Pastorale pour le carême de 1959.
- Perroudin, A. (1959b) *Aux Supérieurs et autres prêtres des Vicariats Apostoliques du Ruanda*. Nyundo et Kabgayi. 11/10/59.
- Perroudin, A – Bigirumwami, A. (1959) Déclaration des vicaires apostoliques du Rwanda sur Karinga. 29/8/1959.
- Perroudin, A – Bigirumwami, A. (1959b) Circulaire aux Supérieurs et aux autres prêtres des Vicariats apostoliques du Rwanda. 24/11/1959. En: Dialogue
- Perroudin, A – Bigirumwami, A (1959c) Aux Supérieurs et autres prêtres des Vicariats Apostoliques du Ruanda. Nyundo et Kabgayi, 11/10/1959.
- Rudipress, (1959) *Bulletin hebdomadaire de information*, Usumbura. N°144. 21 de novembre.

- RADER. (1959) Manifeste du Rassemblement Democratique Ruandais. Disponible en: <https://docurwanda.com/partis-politiques-au-rwanda/>
- Stanley, H.M. (1878) *Through the dark continent*. Vol I. Washington. Harper & Brothers.
- Séance II de l'étude de l'aspect social muhutu-mututsi (1958).
- UNAR (1959) Charte de fondation de l'UNAR. Disponible en: <https://docurwanda.com/partis-politiques-au-rwanda/>
- Sederi, Habyarimana, Sindiro, et al. (1957) Lettre au mwami.
- UNAR. (1959b) Rapport sur les émeutes au Rwanda. En: Nkundabagenzi, F. *Rwanda Politique. 1958-1960*. Paris. L'Harmatan, pp. 143-164.
- Université Nationale du Rwanda. (s/f) Le président du Rwanda vous parle. Discours prononcés par son Excellence Mr. Gr. Kayibanda. President de la Republique Rwandaise.

Ruanda, el país de las Mil Colinas, es un pequeño estado de África Central situado en la Región de los Grandes Lagos. Desde sus inicios, esta región fue un territorio densamente poblado, receptor de migraciones y asentamientos que determinaron la formación de diversos reinos que compitieron entre sí por el poder y la tierra. El reino Nyiginya, fundado hacia el siglo XVII y antecesor de la actual Ruanda, se fue consolidando como una de las unidades políticas más importantes, al mismo tiempo que, en su interior, se afianzaba la identidad tutsi y la condición de hutu.

En estas páginas se recorren los orígenes y las trayectorias identitarias de ambos grupos. Los tutsi habían concentrado el poder, la riqueza y los privilegios a partir de instituciones de servidumbre, y se enfrentaban entre sí en sangrientas intrigas. Y los hutu aglutinaban una enorme y heterogénea fracción de la población que esencialmente casi no poseía ganado ni detentaba posiciones de poder.

La llegada de los europeos en 1894 alteró el devenir de la historia del reino. Los alemanes consolidaron la monarquía impidiendo los levantamientos hutus y extendiendo su poder hacia regiones que aún eran independientes de ella. Bélgica, con la reorganización colonial de la primera posguerra, modificó sustancialmente las condiciones de vida: desacralizó la monarquía, reorganizó el territorio, elevó aún más a los tutsi, extremó las instituciones de servidumbre y relegó a los hutu a una condición miserable.

La autora analiza cómo las tensiones entre ambas identidades cristalizaron dos visiones distintas del proceso de descolonización: unos pedían democracia e independencia, los otros, monarquía y emancipación.

La Revolución hutu de 1959 y el golpe de Gitarama de 1961 dará el poder a los hutu por primera vez en su historia. Pero la independencia llegará en medio de una polarización sin precedentes y de violencia generalizada, una situación que no abandonará el territorio ruandés hasta la actualidad.

